HARLEQUIN®

BIANCA®

aventura, intriga, pasión



340 ptas. - Argentina: $2.70 - México: $9.00

Pecados del ayer

Alison Fraser

Pecados del ayer

Allison Fraser

Pecados del ayer (1997)
Título Original: Tainted love ()
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Bianca 904
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Fen Marchand y Clare

Argumento:

Clare sabía perfectamente con qué ojos la miraba Fen Marchand: su opinión estaba totalmente influida por el pasado de ella. Él necesitaba desesperadamente un ama de llaves y estaba decidido a contratar a Clare, a pesar de que no fuera lo que él buscaba. Fen nunca podría entender por qué ella hizo lo que había hecho… a menos que descubriese qué había hecho… a menos que descubriese que había sido por el bien de su pequeño hijo.

Capítulo 1

Era verano cuando Clare recuperó la libertad, pero de igual manera podría haber sido invierno. El sol no brillaba aquel día. Nada brillaba para ella. La habían acusado de ser una mujer fría y sin corazón y en eso se había convertido.

El día de la entrevista de trabajo era especialmente caluroso. En Oxford, los estudiantes de verano lucían bronceadas pieles bajo las blancas camisetas y las bermudas blancas. Sin embargo, Clare vestía de negro. Chaqueta negra. Falda negra. Zapatos bajos negros. La única nota de color era la camisa color crema. Deseaba parecer respetable y lo había conseguido hasta el extremo. No le importaba.

Sólo la necesidad la había empujado a presentarse a ese puesto. La visitante de la prisión, Louise Carlton, tenía un hermano que necesitaba una ama de llaves. Louise suponía que Clare era la persona ideal para ese puesto. Clare no lo creía así. E imaginaba que el hermano de Louise tampoco lo creería, pero Louise había insistido y concertado la entrevista para ella.

Llegó a la estación de autobuses, tomó el de las dos a Chipping Haycastle y se apeó en Oíd Corn Mili, como le habían dicho. Caminó unos trescientos metros hasta encontrarse con las puertas de hierro del consistente muro de piedra. *Woodside Hall,* aparecía grabado en la piedra.

Miró a través de la puerta y no vio más que un camino que desaparecía entre los árboles del bosque. Empujó las puertas. Le habían dicho que estarían abiertas.

No lo estaban. Tampoco había cadenas que las cerrasen y se preguntó si serían accionadas por control remoto. Volvió a empujar y cedieron un poco. Miró hacia abajo y observó que estaban atadas con un trozo de cuerda.

Se agachó para deshacer el nudo y oyó un sonido. Miró a su alrededor, pero no vio nada. Siguió desatando la cuerda y volvió a escuchar lo mismo. Esa vez no tuvo duda. Era el sonido de la risa de un niño y alcanzó a ver una cabeza que se escondía tras un arbusto.

—Hola —gritó Clare para advertir al niño que había sido descubierto.

No obtuvo respuesta, sólo el ruido de las ramas mientras alguien trataba de hacerse un hueco entre ellas.

Debía de tratarse, supuso Clare, del inefable Miles Marchand. Un niño muy dulce según su tía Louise. Clare se preguntó si atar las puertas con una cuerda era una característica de los niños dulces.

Le llevó casi diez minutos deshacer los interminables nudos. La siguiente trampa la estaba esperando tras la curva del camino. No pudo pasarle inadvertida. Un cable de acero levantado a unos centímetros del suelo y atado entre dos árboles a uno y otro lado del camino. Se suponía que ella debería tropezarse con él y caerse.

En lugar de eso, Clare saltó por encima y gritó:

—Lo siento. Demasiado obvio.

Esa vez ni siquiera el crujir de unas ramas obtuvo por respuesta, pero ella sabía que estaba siendo observada. Lo sintió así mientras hacía el resto del camino hasta la casa.

Se trataba de una mansión georgiana de tamaño considerable. Seis ventanas a lo largo y tres pisos de alto. Ella sabía que Louise era bastante adinerada. Parecía que su hermano también lo era.

Pasó delante de un Jaguar y de un Mercedes y se acercó a la sobria puerta de roble. Llamó al timbre y esperó. Y esperó. Y esperó. Supuso que nadie lo había oído y volvió a llamar otra vez. Cuando repitió la llamada por tercera vez decidió que tal vez el timbre no funcionaba.

Agarró el llamador de cabeza de león y éste se desprendió. Se preguntó cómo era posible que ese objeto tan pesado se hubiese desatornillado solo de la puerta. Luego, oyó de nuevo esa risa de niño por algún lado.

Estaba claro que al menos un miembro de la familia no deseaba la presencia de una ama de llaves en aquella casa. Ni siquiera ella misma estaba segura de querer aceptar el puesto en caso de tener la posibilidad. Ella no tenía mucha experiencia con niños. Sólo con Peter, y eso había sido hacía mucho tiempo. Tanto que casi podía pensar en él sin sentir dolor.

Sintió la mirada de ese otro niño mientras ella rodeaba la casa tratando de encontrar algún signo de vida. Oyó unas voces que provenían desde una ventana abierta y se acercó. Reconoció la voz femenina como la de Louise. La masculina supuso que pertenecía a Fenwick Marchand, el dueño de la casa.

Clare se acercó con intención de llamar a la ventana para anunciar su presencia, pero cuando iba a hacerlo, la voz del hombre la detuvo de inmediato.

—La verdad, Lou, no creo que esperes que le dé el puesto a esa

mujer —declaró él—. Una cosa es la caridad. Pídeme un donativo si quieres y lo tendrás. Pero si piensas que voy a dejar mi casa en manos de una… una… lo que sea.

—Es una mujer estupenda que lo ha pasado muy mal —replicó Louise Carlton en un dulce tono de voz que contrastaba claramente con el de su hermano—. Si supieras lo que le pasó…

—Claro que no lo sé —interrumpió Marchand de nuevo—. Porque te has negado a contármelo.

—Porque te harías una idea equivocada, Fen —continuó su hermana—. Y creo que es irrelevante la razón por la que fue encarcelada.

—Tal vez para ti. Pero no serás tú la que dejes tu casa al cuidado de una ladrona o drogadicta o una asesina.

Puede que incluso sea las tres cosas a la vez por lo que sé.

—Te lo he dicho. Ella era inocente —dijo Louise convencida.

Obtuvo una sola carcajada como respuesta.

Clare se mordió el labio. No podía ver a Marchand porque estaba sentado tras un sillón de respaldo muy alto. Pero veía a Louise Carlton, de pie frente a él, con aspecto preocupado mientras intentaba conseguir sacar lo mejor de su hermano.

Clare podría haberle dicho que no se molestase. El propietario de esa voz profunda y sarcástica no tenía nada bueno que ofrecer. Y Clare no sintió vergüenza por haber estado escuchando de ese modo tan indiscreto.

—Clare nunca ha hablado del caso conmigo —dijo Louise—. Jamás me ha pedido nada tampoco. Fui yo la que le sugerí este trabajo para ella, sabiendo que lo necesita y que tú necesitas un ama de llaves.

—La necesito, sí —asintió él—. Pero no estoy desesperado. Supón que le doy el trabajo. Y te pregunto, ¿quieres de verdad exponer a Miles a la influencia de esa mujer?

—Creo que ya es bastante indisciplinado —dijo Louise a la defensiva.

—Lo es, desde luego —replicó Fenwick—. Pero no creo que sea positivo que aprenda también a abrir puertas o a reventar cajas fuertes.

Esa vez Louise no respondió. Miró hacia otro lado y se sonrojó cuando su hermano mentó las cajas fuertes.

Él captó enseguida su reacción.

—Vaya, así que eso es lo que es. Una ladrona profesional.

—Por favor, no seas ridículo —dijo Louise antes de arruinar cualquier posibilidad que Clare hubiera tenido de optar por ese puesto—. Fue acusada de robar, entre otras cosas, pero…

—¿Entre otras cosas? —Fenwick no podía creer lo que oía—. ¿Cuántas cosas más?

Louise negó con la cabeza.

—Ya te lo he dicho. No tiene importancia. Tienes mi palabra de que está totalmente rehabilitada.

—¿De verdad? —preguntó sarcástico—. Pensé que habías dicho que era inocente.

—Lo es.

—Entonces no necesita rehabilitarse, ¿no?

—Yo… Deja de confundirme, Fen. Los dos conocemos tus juegos de palabras. Pero yo conozco a la gente mucho mejor que tú.

—Posiblemente —concedió él—. Al fin y al cabo, tú supiste enseguida que me había casado con una bruja.

—¡Fen! —le reprobó su hermana.

—¿Qué? No puedo llamarla bruja porque está muerta, ¿no es así?

—Bueno, sí… —admitió Louise.

—Llevaba llamándoselo mucho tiempo antes de que se despeñara por el barranco con su amante de turno —señaló—. No veo por qué tenemos que canonizarla ahora sólo porque está muerta.

—Tal vez no, pero tienes que tener cuidado. No sería bueno que Miles te escuchase.

—Miles estará demasiado ocupado —afirmó él—. Sabiendo que viene una nueva candidata para el puesto de ama de llaves estará sin duda tratando de deshacerse de la mujer. Créeme, sería un imprudente si le diese ese trabajo.

—¿Le hablaste al niño de Clare? —preguntó Louise enojada.

—Sí, le dije que venía —confirmó su hermano—. Pero no que era una ex convicta. Si lo hubiese hecho, Miles me habría pedido que la contratase.

—Y, ¿no vas a tener eso en cuenta?

—No, a menos que me vuelva loco de remate.

—Muy divertido —contestó Louise—. En fin, espero que al menos le concedas la entrevista.

—Supongo que debo hacerlo —dijo mientras consultaba apresuradamente su reloj—. Siempre suponiendo que ella no se

haya arrepentido. Ya pasan veinte minutos de la hora.

—Sí. Me pregunto dónde se habrá metido…

Louise recorrió la mirada hasta la ventana abierta, donde vio a Clare.

Clare pudo advertir su asombro primero y su sonrojo después. Pero su hermano no debió hacerlo puesto que continuó hablando.

—Bueno, si no se presenta pronto, ni siquiera pienso entrevistarla.

—Fen…

Su hermana intentó alertarlo de la presencia de Clare mientras lanzaba una mirada de disculpa a su amiga.

—No. Lo siento —continuó Fenwick a pesar de todo—. Si tu ladrona ni siquiera es capaz de llegar a tiempo…

—¡Fen!

Louise susurró su nombre enfurecida al mismo tiempo que señalaba con la cabeza hacia la ventana.

Él debió entenderlo por fin porque Clare vio su figura emerger desde detrás del sillón. Eso sucedió un segundo antes de que ella decidiera huir de aquel lugar. No salió corriendo literalmente, pero comenzó a caminar muy aprisa creyendo que nadie se molestaría en seguirla.

Estaba equivocada. Marchand no sólo la siguió, sino que cuando gritó a Clare que se detuviera y ella ignoró su orden, logró agarrarla del brazo sin problemas tras unas cuantas zancadas.

Forzada a mirarlo, Clare se encontró frente a frente con Fenwick Marchand por primera vez. Fue todo un choque.

Ella esperaba encontrarse con alguien aproximadamente de la edad de Louise, unos cincuenta años. Pero él estaba mucho más cerca de los cuarenta. También había imaginado que su rostro se correspondería con su voz fría y pomposa. No podía imaginarse que ese hombre alto, rubio y atractivo fuese un profesor de política de la universidad.

Él le correspondió a Clare con la misma mirada incrédula que ella le lanzaba. ¿Qué esperaba? ¿Una mujer con un número de serie estampado en la frente?

Clare apenas había cambiado durante los tres años de prisión. En aquellos momentos, con veintiséis años, aún conservaba la expresión de pilluda en su rostro que le hacía parecer aún más joven de lo que era. Y, aunque su abundante y largo pelo rojo había sido cortado sin compasión, el corte de niño aún enfatizaba más su

juventud. Pero Clare estaba demasiado delgada y su mirada era demasiado dura como para ser considerada una belleza.

Marchand no dejó de mirarla mientras sentía cómo ella trataba de zafarse de su brazo.

—No voy a disculparme —murmuró él.

—Nadie se lo ha pedido —respondió Clare en tono frío.

—No deberías haber estado espiando —continuó él—. Lo normal es entrar por la puerta delantera a la casa.

—Lo intenté —le respondió Clare—. ¡Mire!

Ella le mostró el llamador de cabeza de león que permanecía entre sus manos. Él lo miró sorprendido.

—¿De dónde ha sacado eso?

—De la puerta principal. Y no. Desde luego que no pretendía llevármelo a mi casa —contestó ella antes de que se le ocurriese a él tal cosa—. Cuando lo agarré se me quedó en la mano.

—Qué raro.

—No creo. Alguien lo ha desatornillado de su base.

—Ah —el rostro de Fenwick Marchand se iluminó cuando pareció comprenderlo todo—. Creo que puedo imaginar quién ha sido. Me aseguraré de que recibe su castigo.

—Por mí no se moleste —dijo Clare encogiéndose de hombros —. A mí también me ha servido de ayuda el truco.

—¿Qué quiere decir?

—Que no tendrá que concederme ninguna entrevista ahora —le explicó Clare—. Y yo no tendré que hacer ningún esfuerzo por impresionarlo. Le dejaré para que arregle las cosas con Louise.

Clare concluyó repentinamente y se habría marchado de allí inmediatamente si ese hombre no la hubiese estado agarrando con tanta fuerza.

—Deténgase —protestó él—. No puede irse de esta manera.

—¿Por qué no?

—Bueno… quiero decir… que ha venido para una entrevista, a pesar de todo —replicó demasiado indeciso para un profesor de universidad.

—Usted no está dispuesto a ofrecerme el trabajo, ¿no es así? —le retó Clare—. Así que no hay más que hablar.

De nuevo ella intentó marcharse y de nuevo él se lo impidió.

—Está consiguiendo que yo parezca un estúpido. Pero no lo soy.

—¿De verdad?

El tono de Clare sugería que no podía importarle menos lo que

él fuese o dejase de ser.

—Escuche, si fuese sólo por mí estaría encantado de darle una oportunidad, pero necesito a alguien que cuide también de mi hijo y, francamente…

—No está dispuesto a que yo le enseñe a reventar cajas fuertes —le interrumpió Clare—. Sí. Lo sé. Ya lo he oído.

—Iba a decir que me parece demasiado joven. Mi hermana me dijo que usted tenía unos treinta años.

—Tengo veintiséis —declaró Clare.

Él pareció sorprendido.

—No los aparenta.

—Puedo probarlo.

—No he querido decir que estuviese mintiendo… —suspiró al ver que esa mujer siempre estaba a la defensiva—. Simplemente… parece mucho más joven… Escuche, ¿por qué no vamos dentro y discutimos el asunto ante una taza de té?

Clare volvió a encogerse de hombros.

—¿Tiene eso algún sentido, señor Marchand? Usted ya ha expuesto sus opiniones muy claramente. Usted no va a emplear a una ex convicta y nadie va a culparle por ello. Si quiere que le diga la verdad, yo tampoco me emplearía a mí misma —admitió con sórdido humor.

Sorprendentemente, aquello hizo sonreír al hombre.

—Al menos es usted honesta.

—Eso no es lo que pensó el juez —continuó Clare en el mismo tono negro.

Su rostro reflejó la dureza que se había apoderado de ella durante tres largos años de prisión.

—Sí. Bien —continuó Marchand—. Mi hermana me dice que es usted inocente… ¿Lo es?

Su pregunta tan directa fue desconcertante, pero curiosamente hizo que a Clare empezase a gustarle algo más ese hombre. Aunque no lo bastante como para contarle la historia de su vida.

—Posiblemente —replicó aún en el mismo tono.

—Y, ¿posiblemente no? —dijo él arqueando una ceja—. Eso no me ayuda mucho, señorita… ¿Cuál es su nombre?

—Anderson.

—Señorita Anderson.

Él inclinó la cabeza como si acabasen de encontrarse. Luego, la agarró del brazo y la condujo despacio hacia la casa.

Él dejó de ejercer tanta presión sobre su brazo y Clare pensó que tenía la oportunidad de liberarse y salir corriendo. Pero no tenía ganas de más escenas. Ya había tenido suficiente por ese día.

Louise Carlton los estaba esperando en la puerta principal.

—Lo siento muchísimo, Clare —dijo la mujer a modo de disculpa—. No estoy segura de cuánto has escuchado, pero no debes tomarlo al pie de la letra. Fen es así. Pero la verdad es que no pensaba todas esas cosas, ¿verdad, Fen?

Su hermano la contradijo enseguida.

—Si no las hubiese pensado, no las habría dicho. Y no creo que sea necesario mentir a la señorita Anderson. Ella no es tonta… ¿O sí? —preguntó directamente a Clare.

—Intento no serlo —contestó ella secamente.

—Entonces, Lou —continuó él dirigiéndose a su hermana—, si pudieras llevarnos el té al estudio, hablaré allí con la señorita Anderson.

—Yo… sí, de acuerdo.

Los ojos de Louise miraban interrogantes a Clare tratando de saber qué estaba pasando. Clare abrió los brazos en un gesto que indicaba que no lo sabía antes de empezar a seguirle a él por el pasillo.

Su estudio era una habitación muy masculina, decorada en tonos oscuros y dominada por una enorme mesa de despacho con remaches de piel y cubierta de papeles. Él se sentó tras la mesa e invitó a Clare a sentarse en la silla frente a él. Ella lo hizo con desgana.

Fenwick Marchand se colocó unas gafas de pasta que tampoco le daban el toque de profesor que Clare esperaba. Parecía más bien un actor, un híbrido entre Robert Redford y Charles Dance. Clare pensó que le faltaba, desde luego, el encanto de ambos hombres.

Con el bolígrafo en la mano le preguntó:

—Entonces, ¿qué experiencia tiene de llevar una casa?

—No mucha —admitió—. Escuche, ya sé que me ha concedido esta entrevista porque se lo prometió a la señora Carlton, pero preferiría que no se molestase. Usted no desea contratar a una persona que ha estado en prisión. Yo lo acepto. En pocos minutos, podré tomar un tren que me lleve a Londres.

—Es usted muy obtusa, ¿verdad? —dijo él mientras se apoyaba en el respaldo de la silla—. ¿Dónde vive, en Londres?

Clare no veía la necesidad de la pregunta, pero respondió de

todos modos.

—En Kennington.

—¿En un piso?

—No. En una residencia… para ex convictos.

—¿Cómo es? —preguntó con innegable curiosidad.

—Un palacio —replicó ella irónica.

El hizo una mueca.

—¿No tiene ningún otro sitio donde ir? ¿Amigos? ¿Parientes?

Clare negó con la cabeza.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo allí?

—Desde que salí de la cárcel —le dijo—. Hace una semana.

—Y supuestamente podrá quedarse allí hasta que encuentre otra alternativa —concluyó él tajante.

Clare volvió a negar con la cabeza.

—Hay un límite de tres meses.

—Y, ¿qué pasa si no encuentra otro sitio?

Ella se encogió de hombros. Ni siquiera se había detenido a pensar en ello.

—Me las arreglaré —dijo a la defensiva.

Pero él no pensaba dejar pasar ese punto.

—No se las arreglará si termina en la calle. Sin trabajo. Sin casa. Es un círculo vicioso.

Los ojos de Clare lo miraron interrogantes. ¿Qué sabía él de eso?

—Sobreviviré —proclamó con la confianza de alguien que sí que había pasado ya por aquello.

—Supongo que sí. Una mujer guapa no necesita morir de hambre —dijo lanzándole una mirada de desprecio.

En otras circunstancias, hubiese parecido un cumplido, pero nunca en el tono que él empleó. El señor Fen Marchand no parecía tener una buena opinión de las mujeres.

Clare no quiso discutir ese punto y permaneció en silencio. No era ella la persona que tenía que intentar convencerlo de nada.

—Desde luego no parece muy ansiosa por conseguir este trabajo, señorita Anderson —continuó él con su habitual pomposidad—. De hecho, me ha dicho pocas cosas que puedan impresionarme… No tiene experiencia en llevar una casa e imagino que tampoco la tendrá en manejar a un terco niño de once años.

Clare negó con la cabeza una vez más.

—¿Sabía hacerlo la última ama de llaves que tuvo? —preguntó ella, que ya sabía la historia por Louise.

—Pues sí. Era una mujer viuda que había sacado adelante a tres hijos.

—Y, ¿cuánto tiempo duró con usted?

Clare ya sabía la respuesta.

—Yo… bueno… no creo que eso sea relevante —evitó tener decir que aquella mujer había durado tan sólo quince días—. Parece que tenía el corazón muy débil y encontró el trabajo de la casa más agotador de lo que había pensado en un principio.

«Seguro», pensó Clare. Imaginó las dos razones que precipitarían la marcha de la mujer. En primer lugar, los modales del Marchand senior y, segundo, las pesadas bromas del Marchand júnior.

—De cualquier manera, la señora Brown no es la cuestión —dijo él levantándose de la silla.

Clare asumió que la entrevista había terminado pero, cuando hizo ademán de levantarse, él le indicó con un gesto que permaneciese sentada.

—Sólo voy a ver qué ha sido del té.

Clare iba a decir que debía irse, pero él salió de la habitación antes de que ella pudiera abrir si quiera la boca. Un hombre brusco. Clare se preguntó si no debía terminar con esa situación saliendo por la ventana en ese instante.

Precisamente cuando estaba contemplando la ventana, una figura bloqueó su posible ruta de escape. Él permaneció allí delante durante un momento, mirándola, antes de decidirse a entrar.

—¿Dónde está mi viejo? —preguntó en un tono tan arrogante que su parentesco no podía ponerse en duda.

También era evidente su parecido. Tenía el mismo pelo rubio de su padre. La única diferencia entre los dos era el acento. Mientras que Fen Marchand hablaba con un inglés perfecto, Miles tenía un ligero toque americano.

—No tengo ni idea —contestó Clare.

Ella no tenía intención de comenzar una conversación con él.

El niño no pareció sorprendido. En lugar de eso, fue a sentarse a la silla de su padre.

—¿Te ha dado ya el trabajo?

Esa vez Clare no respondió sino que se limitó a mirarlo directamente a los ojos.

—¿No? Bueno, yo no lo aceptaría de ninguna manera —le advirtió el niño—. La paga es pequeña y mi padre es un jefe muy tacaño. Y, en cuanto a mí, no puedo evitarlo. Tengo una

personalidad trastornada.

—Me sorprende —contestó Clare en tono irónico.

—Debería tener un psicoanalista. Todos los chicos de Los Ángeles tienen un psicoanalista, pero mi padre es demasiado tacaño como para pagarme uno.

—¿De verdad?

Clare parecía menos que interesada en su información. No sentía ninguna simpatía hacia los pobres niños ricos. Nunca más.

Miles Marchand frunció el ceño ante su reacción. Estaba intentando sorprender, no aburrir a su audiencia.

Volvió a intentarlo.

—Así que, dígame, ¿le pone caliente?

—¿Qué? —Clare parpadeó sorprendida ante el giro de la conversación.

—Mi padre, ¿le pone caliente? —repitió pacientemente—. Así es como se dice en América. Significa que…

—Sé lo que significa y desde luego que no —negó Clare enojada por primera vez.

—Vale. Vale. Tranquila. Sólo estaba preguntando. Muchas mujeres lo hacen. La penúltima ama de llaves estaba loca por él.

—Y, ¿qué le hiciste? —Clare decidió que era el momento de ponerse a la defensiva con ese monstruo—. ¿Ranas en la cama? ¿Ratas muertas en su dormitorio?

—No seas tonta. Eso son tonterías de niños. Yo fui mucho más sutil.

—Ah, ¿sí? —Clare arqueó escéptica las cejas—. No me digas que pusiste todo tu empeño en mostrarte lo más desagradable que pudiste y eso fue suficiente. Bueno, yo que tú, no me molestaría en desplegar todo tu talento conmigo, niño.

—¿Por qué no?

—Bueno, aparte de que yo soy mucho más dura y mezquina de lo que tú puedas imaginarte, no es probable que tu padre vaya a darme el trabajo.

—¿Por qué no? —repitió el niño.

Clare estuvo tentada de decírselo. Pero estaba segura de que el niño estaría encantado de tener una auténtica criminal en la casa.

—No estoy lo suficientemente cualificada —se limitó a decir.

—Bueno, eso no es problema —replicó el niño con aire de superioridad—. Él está tan desesperado que aceptaría a cualquiera.

—Gracias —murmuró Clare.

Marchand regresó entonces al estudio con una bandeja.

—Miles, ¿qué estás haciendo aquí? —preguntó el padre.

—Nada.

El rostro del niño se tornó resentido mientras se apeaba de la silla de su padre.

—No habrá sido desagradable con usted, ¿verdad? —preguntó Marchand directamente a Clare.

Antes de que ella pudiera responder, el chico contestó.

—Sólo estaba charlando con ella… ¿verdad?

Clare asintió.

—Sobre su vida en América —añadió ella.

El chico le lanzó a Clare una mirada mitad de angustia, mitad amenazante, y ésta dibujó en sus labios una media sonrisa mientras lo miraba fijamente durante un rato.

El hombre miró alternativamente a uno y a otro tratando de captar los mensajes que se enviaban, pero fue incapaz de interpretarlos.

—Bueno, Miles, no he terminado de entrevistar a la señorita… eh… todavía. Tu tía te ha preparado té en la cocina.

—Vale —dijo el chico encogiéndose de hombros mientras miraba a Clare—. Supongo que te veré después.

Y salió de la habitación.

Clare se preguntó lo que había significado aquella mueca en la cara del niño. Nada bueno, suponía.

Marchand pareció encantado.

—Parece que le gustas —dijo casi maravillado.

—Yo no estaría tan segura.

Clare sospechaba que al chico no le gustaba nadie en aquel momento, ni siquiera él mismo. No sabía si estaba perturbado, pero desde luego se sentía confuso e infeliz.

—No, bueno… este niño puede ser un mal bicho —admitió Marchand.

Echó el té en las dos tazas y dejó que Clare se sirviera la leche y el azúcar.

Clare lo hizo mientras él continuaba hablando.

—Verá, Miles ha vivido una temporada muy difícil. Su madre… ella y yo nos separamos hace siete años. Miles estuvo conmigo durante los primeros tres años, luego se fue a vivir con ella… Ella murió en un accidente hace seis meses.

Marchand relató esa información con desgana y Clare advirtió

que había muchas cosas más que él no contaba. Pero ella no demostró curiosidad y no lo invitó a continuar. La verdad era que no quería saber nada de los problemas de Marchand. Ya tenía bastante con los suyos.

—Así que no es un niño muy fácil —concluyó Marchand—. Y necesita alguien que lo ayude. De todas formas, yo pasaré la mayor parte de mi tiempo en la casa hasta que llegue el otoño. Estoy intentando organizar actividades para el chico. Pero necesito un ama de llaves que cuide de él ocasionalmente y se ocupe de las tareas normales de una casa… ¿Alguna pregunta?

—No.

Clare no veía la necesidad de hacer ninguna pregunta. ¿Para qué si él no iba a darle el trabajo? Y, ¿por qué iba él a hacerlo?

—¿Ninguna? —él pareció molesto ante su falta de interés—. En ese caso, si me deja su dirección, le comunicaré por carta la decisión, señorita…

—De acuerdo.

Clare se levantó, dejó su taza de té a medias y sorprendió al señor Marchand cuando le ofreció la mano como despedida.

—La acompañaré fuera —dijo él.

—Muy bien.

Clare hubiese podido encontrar el camino de salida por sí misma, pero él salió tras ella.

Antes de llegar a la puerta de salida él preguntó:

—¿Cómo ha venido hasta aquí? ¿En coche?

—No. El tren y después el autobús —respondió Clare.

—En ese caso… —dijo mientras tomaba de la entrada un manojo de llaves—… la llevaré a Oxford.

—No tiene por qué hacerlo.

Clare decidió que no le gustaba especialmente Fenwick Marchand.

—Ya sé que no —respondió él—, pero lo haré de todos modos. Espere aquí mientras se lo digo a Louise.

Clare no iba a discutir si él quería llevarla en coche hasta casa. Se quedó esperando en la puerta preguntándose cuál de los dos sería su coche. El Jaguar o el Mercedes. Estaba apunto de apostar por el Jaguar cuando Marchand júnior reapareció.

—¿Por qué no se lo dijiste? —le preguntó a Clare con los ojos entornados.

—Decirle ¿qué?

—Que fui desagradable contigo.
—¿Lo fuiste? —Clare lo miró sorprendida—. No me había dado cuenta.
—Entonces es que debes conocer a gente muy desagradable —contestó el chico.
—Ni te lo imaginas —asintió ella.
Con sonrisa irónica, Clare recordó a sus compañeras durante los últimos tres años. Era verdad. Los modales no eran algo que abundase en la prisión de Marsh Green.
El chico sonrió también ligeramente antes de decir:
—Están discutiendo sobre ti en la cocina. Tía Lou y él.
—¿De verdad?
La respuesta de Clare no fue precisamente una invitación para que el chico continuara informándole.
Pero él no necesitaba invitación, disfrutaba con ello.
—Me dijeron que fuese a ver la televisión al salón, pero me quedé escuchando detrás de la puerta. Tía Lou dice que estás desesperada por conseguir este trabajo y que tiene que darte una oportunidad. Pero él dice que no le ha parecido que estuvieses tan desesperada y que una mujer con tus talentos tendrá otros proyectos más lu… lucra… tivos. Supongo que quería decir que eres demasiado elegante como para ser una simple ama de llaves.
Pero Clare podía interpretar otra cosa completamente distinta de sus palabras. Algo que no era tan halagador.
—Algo así —le murmuró al niño.
Luego le dijo que informase a su padre de que había decidido irse caminando.
Se marchó sin esperar una respuesta del chico, pero éste corrió hasta alcanzarla.
—¿Estás enfadada conmigo? —preguntó—. Pensé que querrías saber lo que estaban diciendo. Quiero decir, que si le dices a mi padre que estás desesperada, quizás cambie de opinión.
—Lo dudo.
Clare se preguntó si ese chico le hubiese llegado a gustar alguna vez, si le hubiesen dado la oportunidad.
—Puedes intentarlo —insistió el chico cuando llegaron a la verja.
Clare negó con la cabeza.
—No te preocupes, chico. Te evitaré el trabajo de asustarme —dijo con sonrisa irónica.

—Pero tú no te has asustado de mí, ¿verdad? —respondió Miles.

—No. ¿Debería?

—Las demás se asustaron. La señora Brown, la última mujer, le dijo a él que debería encerrarme en una casa de locos.

Clare no sabía si el chico exageraba, alardeaba o trataba de conseguir una opinión de Clare.

—¿Tú qué crees? —preguntó ella como respuesta.

El chico la miró un momento como para decidir si podía confiar en ella.

—A veces me asusto a mí mismo. Estoy tan enfadado que quiero herir a la gente. A él especialmente.

—¿A tu padre? A mí a veces me pasaba lo mismo.

—Y, ¿qué hacías?

Sus profundos ojos azules la miraban en busca de una respuesta.

Pero Clare no tenía una respuesta para dar. Toda la gente cercana a ella había muerto, y ella había enviado su furia contra el mundo. Pero ese chico aún tenía la oportunidad de salir de las sombras.

—Yo no soy nadie para dar consejos, chico —dijo por fin.

Clare se sintió culpable cuando observó su mirada hostil una vez más. Él se había sincerado por primera vez y, ¿qué había hecho ella? Darle la espalda.

Y lo hizo literalmente mientras abría la puerta de la verja y comenzaba a caminar por la carretera hacia Oíd Corn Mili. Pero no había llegado muy lejos cuando el Jaguar se detuvo junto a ella.

La ventanilla del conductor se bajó y la cabeza rubia del Marchand senior apareció al otro lado.

—Si intenta tomar el autobús, le diré que no pasará uno hasta dentro de un par de horas. Así que le sugiero que entre en el coche —dijo él con aire aburrido.

Eso echó atrás a Clare.

—Prefiero caminar, gracias —replicó.

Él arqueó las cejas.

—¿Veinte kilómetros? Debe de estar bromeando. No haría ni siquiera cinco. Pero, si insiste…

Él encendió el motor y puso la marcha esperando que Clare olvidase su orgullo y fuese inteligente.

Pero ella permaneció donde estaba hasta que él puso por fin el pie en el acelerador y se alejó por la carretera.

Clare se sintió triunfante hasta que llegó al cruce siguiente y vio

que efectivamente había veinte kilómetros hasta Oxford. Se preguntó si sería capaz de hacer ese camino con los zapatos nuevos que ya empezaban a apretarle.

Estuvo tentada de hacer autostop, pero no lo hizo. Un coche se detuvo frente a ella en ese momento.

—¿Vas a Oxford? —le preguntó un joven en un Morgan descapotable. Cuando ella asintió, él la invitó a llevarla.

—Sube.

Clare dudó un momento, pero no demasiado. El joven parecía seguro, aunque no su conducción.

Clare estaba en lo cierto. Conducía como un estúpido, hablaba como un loco, pero no hizo movimientos peligrosos. Ella se limitó a escuchar más o menos atentamente sus chistes malos, sufrió su risa y le agradeció amablemente que la llevase directamente hasta la estación.

No había terminado de despedirlo con la mano cuando un coche se detuvo frente a ella. Un Jaguar verde conducido por alguien que le resultaba familiar.

Ella se sorprendió tanto que esperó hasta que Fen Marchand salió del coche y, con cara de pocos amigos, se acercó hasta ella.

—Y, ¿quién era ése? —preguntó sin preámbulos—. ¿Un amigo suyo?

—Bueno, no… No era un amigo exactamente. Simplemente se ofreció a llevarme.

—Lo sé —contestó él—. La pregunta es ¿qué estaba imaginando él que le darías a cambio?

—Y… ¡Nada! Escuche, señor Marchand. No sé qué clase de mujer cree que soy…

—De las estúpidas —le interrumpió él—. Aparte de que ese tipo iba conduciendo como un maniaco todo el camino. ¿Sabe en cuántos lugares podría haberse desviado de la carretera principal? ¿Lo sabe?

Incapaz de liberarse de él, Clare le contestó.

—Dígamelo usted. Parece que es usted el que se dedica a ir detrás de la gente.

—Estaba esperándola en el aparcamiento del pub cuando de pronto decidió irse con un completo extraño. ¿Qué esperaba que hiciera? ¿Dejarla para que alguien la violase en alguna granja abandonada? —replicó brutalmente.

—En ese caso, es muy amable por preocuparse, pero yo sé

cuidar de mí misma.

—¡Seguro! Y no es amabilidad por mi parte, señorita Anderson. Simplemente he querido asegurarme. No me apetecía ser el sospechoso número uno si su conductor se decidía a asesinarla después del coito —declaró en un volumen demasiado alto.

Clare se puso colorada como un tomate, consciente de las miradas de la gente que pasaba alrededor.

—¿Podría hablar más bajo?

—¿Por qué? Imagino que le gusta que la gente la mire. Sobre todo los hombres jóvenes. Me pregunto si tal vez no he malinterpretado la situación. Tal vez era una pequeña aventura en una cuneta lo que estaba deseando encontrar…

—¿Por qué es…?

Clare le propinó una bofetada en la cara con la mano queje quedaba libre.

Él se puso las manos en la mejilla, sorprendido unos segundos.

—¡Bruja! —casi gritó antes de agarrarla de nuevo con más fuerza.

—¿Quiere que grite, profesor…? ¿Quiere?

Fenwick Marchand estaba lo suficientemente enfurecido como para no importarle. Él se acercó un paso más hacia ella y Clare abrió la boca dispuesta a gritar.

—De acuerdo —gruñó él—. Usted gana. No hagamos una estupidez.

—Vaya. Creo que usted no necesita ayuda para eso, profesor —contestó con una mirada de desdén que aumentó la furia de él.

—Entonces, no creo que tampoco quiera usted mi ayuda, señorita Anderson —replicó en un tono de hielo.

—Si se refiere al trabajo… ¡puede guardárselo!

Sabiendo que había quemado todas sus posibilidades. Clare comenzó a caminar entre la multitud que abarrotaba la calle en hora punta.

Se sintió bien. Triunfadora. Vencedora. Al menos hasta que tomó el tren. Luego tuvo tiempo para pensar, tiempo para calibrar el coste de otra derrota. Cierto, ni siquiera le habían dado la oportunidad. Él la había rechazado incluso antes de verla. Pero él no iba a ser el único. Poca gente estaría dispuesta a emplear a una ex convicta.

Y eso era ella. Clare Mary Anderson. Número 67904, Ala C, Prisión de H. M, Marsh Green, Sussex. Prisionera de categoría B.

Condenada por varios delitos.

Culpable de algunos, también.

Capítulo 2

—¡Louise! —exclamó Clare. Dio un paso atrás cuando vio a esa mujer junto a la puerta de su habitación en la residencia.

—Te he telefoneado —explicó Louise Carlton—. Pero no respondió nadie.

—Ya. El que está al cuidado de esto apenas viene por aquí —respondió Clare algo ausente.

No podía dejar de mirar con sorpresa a su visitante.

Habían pasado dos semanas desde la entrevista y no había vuelto a tener noticias de Fenwick Marchand ni de Louise hasta ese momento. Pero tampoco lo esperaba realmente. Había asumido que Marchand había ganado la batalla y que Louise se había puesto, como era de esperar, de parte de su hermano.

Pero ahí estaba Louise hablando amablemente con ella.

—Iba a haber venido la semana pasada, pero estuve con gripe… ¿Puedo pasar?

—Sí, por supuesto.

Clare abrió la puerta de la habitación y la invitó a pasar. Apartó de la única silla de la estancia una bolsa de plástico para que la mujer pudiera sentarse.

—Iba a escribirte una carta para pedirte disculpas… —continuó Clare.

—¿Disculpas?

Louise la miró sorprendida.

—Bueno, sé que te fallé.

Esa había sido la principal preocupación de Clare tras el fracaso de la entrevista. Louise le había dado una oportunidad y Clare había hecho lo imposible por estropearla.

—Al contrario —prosiguió Louise—. Soy yo la que debe pedirte disculpas. No sabía que mi hermano podía llegar a ser tan cerrado, aunque supongo que ya debería saberlo. Él nunca ha sido fácil de tratar, ni siquiera cuando era pequeño.

A Clare no le costaba creerlo, aunque no podía imaginar a Fen Marchand de niño.

—Fue un hijo tardío —le confesó Louise —y, por desgracia, nuestra madre murió poco después de nacer él. La educación de Fen se confió a distintas amas de llaves, antes de que nuestro padre lo

enviase interno al colegio a los ocho años.

Clare estaba asombrada ante las coincidencias en la vida de los dos Marchand.

—¿Miles está también interno en un colegio?

Louise negó con la cabeza.

—Fen lo ha educado en casa, pero no ha descartado la idea. Está a punto de perder la paciencia. Por eso es por lo que estoy aquí…

Clare frunció el ceño preguntándose a dónde quería Louise llegar. No pensaba que Marchand estuviese considerando darle el empleo.

Louise continuó.

—Voy a ser franca. La semana pasada contrató a otra ama de llaves cuando yo estuve enferma. Lo hizo a través de una agencia. Entonces…

Louise dudó antes de seguir hablando.

Clare no interpretó bien sus dudas.

—No importa, Louise. Yo sabía que él no iba a ofrecerme jamás ese trabajo. No me importa.

—Pero es que sí —insistió Louise—. Te está ofreciendo el puesto. Si lo aceptas… Porque no has tenido otra oferta, ¿verdad?

—Bueno, no, pero… —Clare había perdido el hilo de la conversación en alguna parte—, ¿no dices que ya ha contratado a otra persona?

—Había —le corrigió Louise—. Duró dos días. Me temo que a Miles no le gustaba mucho y, bueno… Tengo que decirte que metió una rana dentro de su cama. Muerta. Fue muy desagradable. Pero te aseguro que nunca antes había hecho una cosa así. Su comportamiento era incorrecto, cierto, pero nunca había pasado nada parecido. No sé de dónde habrá sacado esa idea.

Clare lo sabía. Ella recordaba haberlo sugerido.

—Fen se quedó helado —continuó Louise—. Y anunció a su pesar que Miles iría interno al colegio el próximo otoño, tanto si le gustaba como si no. Bueno, por supuesto que a Miles no le gusta la idea porque, desde entonces, está muy triste y no ha vuelto a hablar.

—Vaya.

Clare no pudo evitar sentir cierta simpatía por el muchacho.

—No es que culpe a Fen —añadió Louise—. ¿Qué otra cosa puede hacer? Él no puede trabajar y educar a Miles al mismo tiempo, y ya es demasiado tarde para tomarse un año sabático para

él, aunque lo ha intentado.

—¿De veras?

Clare no ocultó la sorpresa. Porque él era rico y con éxito Clare no podía imaginar a Fen Marchand en el rol de padre soltero luchando por sacar adelante a su hijo.

—Él no lo dice, pero yo sé que se siente culpable —confesó Louise—. Piensa que está fallando a Miles una vez más, pero, ¿qué podía haber hecho la primera vez?

—¿La primera vez? —repitió Clare automáticamente.

—Cuando Diana ganó la custodia de Miles —contestó Louise—. Fen te habló de su mujer, ¿no?

—La verdad es que no.

Clare no pensaba que Fen Marchand fuera un tipo dado a las confidencias. Su hermana, al parecer, no tenía la misma opinión.

—Se conocieron en Oxford. Diana estudiaba en la universidad mientras que Fen preparaba su doctorado. Era una belleza. De las que hacen volver la cabeza. Bastante inteligente también. Esa fue la primera y la última vez que Fen se dejó llevar por un impulso. Se casó con ella seis meses después de conocerla…

Louise hizo una pausa y movió la cabeza negativamente.

Clare permanecía en silencio, incapaz de visualizar a Fen Marchand actuando impulsivamente.

—Desafortunadamente Miles nació un año después —añadió Louise—. Y la maternidad era algo para lo que Diana no estaba preparada. Miles tenía apenas un mes cuando ella desapareció para irse de crucero con su millonario padre. Dejó a Miles y a Fen solos. Ese fue el comienzo de un comportamiento que se repitió durante los cinco años siguientes. Hasta que ella se marchó definitivamente.

—Pero ella luchó por la custodia de Miles —replicó Clare.

—Sólo porque su padre le insistía —reveló Louise—. Era un hombre hecho a sí mismo y deseaba un heredero varón que se hiciera cargo de su empresa de electrónica. Él pagó todos los gastos legales e, increíblemente, algún estúpido juez decidió que Miles estaría mejor con su madre. Así que, después de pasar ocho años de su vida en Woodside, el chico se encontró de pronto viviendo en Kensigton con su abuelo.

—¿No con su madre?

Clare estaba un poco perdida.

—Oficialmente sí… Pero para entonces Diana estaba siguiendo a su última conquista por todo el mundo. Fen veía al niño en las

visitas concertadas. Fue un infierno para él. Veía cómo el viejo Derwent estaba arruinando a Miles de la misma manera que antes había hecho con Diana, pero poco podía hacer contra ello. Pero el desastre llegó después. Derwent murió y Diana se quedó con la custodia del chico. Ella habría mandado a Miles con Fen, pero el viejo dejó el grueso de su fortuna en fideicomiso al niño. De esa manera, donde él chico fuese allí iría su fortuna.

—Así que se quedó con él —concluyó Clare.

Lamentaba que ese niño hubiese estado en medio de aquella batalla.

Louise asintió.

—Fen estaba destrozado. Sabía que Diana no sería capaz de educar al niño e inmediatamente luchó por la custodia. Diana respondió llevándose al niño fuera del país.

—¿A América?

—Vía Australia y Sudamérica. Diana pasó seis meses saltando de país en país con Miles como exceso de equipaje. Fen trató de localizarla desesperadamente el tiempo suficiente como para lograr una orden judicial de búsqueda, lo que la forzó a regresar a Gran Bretaña.

Una vez más, Clare se sorprendió. En su breve encuentro pensó que Fen Marchand era indiferente hacia su hijo.

Louise le leyó el pensamiento y continuó.

—Ellos estaban muy unidos. Miles y su padre. Pero los años que pasaron separados hicieron un daño irreparable. Miles siente que su padre le falló, y sospecho que Fen siente lo mismo. Él quiere recuperar ese tiempo, pero teme maleducarlo en el proceso… Y eso me lleva al motivo de mi visita. Como Miles odia la idea del internado, Fen le preguntó qué le gustaría hacer. Y no te puedes imaginar lo que contestó.

Clare podía imaginarlo, pero se resistía a creerlo.

—Bueno… —Louise no disimuló la satisfacción que sentía—. Parece que Miles te tomó cariño, Clare. Ha prometido que si tú te encargas de ellos y de la casa, se comportará mejor que nunca. ¿Puedes creerlo?

La mujer sonrió como si hubiera ocurrido un milagro.

Clare no lo veía de ese modo. Si ella había ejercido algún tipo de atractivo sobre el chico, se debía a algo pasajero y momentáneo y basado en conclusiones erróneas. Él la vio como a una compañera de viaje, en contra del resto del mundo. Clare no podía negar que

eso fuera cierto, pero eso no le hacía ser la candidata ideal para el puesto de Mary Poppins.

—¿Cómo reaccionó el profesor? —preguntó Clare.

—Bueno… se sorprendió bastante —admitió Louise—. Pero ahora no le desagrada la idea.

Clare sonrió ligeramente imaginando cuánto se habría sorprendido Marchand.

—¿Qué idea?

—La de que seas el ama de llaves.

Clare aún no podía comprenderlo. ¿Marchand iba a darle el trabajo sólo para complacer a su hijo?

—Él piensa que no fue justo contigo el día de la entrevista. Y ahora está preparado para darte un mes de prueba. ¿Qué te parece?

La sonrisa de la mujer evidenciaba su deseo de que Clare aceptase y agradeciese la oportunidad.

Porque le gustaba Louise Carlton, Clare se forzó a sonreír como respuesta. Pero se preguntó cómo era posible que esa mujer hubiese llegado a los cincuenta y tantos años permaneciendo tan inocente. ¿Es que no se daba cuenta de que Marchand pretendía contratarla sólo hasta que el niño se cansara de ella? Cuando eso ocurriese, Clare estaría en la calle antes de que se cumpliese el mes de prueba.

—Tendrás tu propio espacio en la casa —continuó Clare tratando de persuadirla—. Con ducha, cocina y televisión. Y un salario de ocho mil libras anuales más las comidas.

—¡Ocho mil libras!

Clare quedó sorprendida por la cantidad.

Louise lo interpretó mal.

—Sí, a mí no me parece mucho tampoco, pero al menos no tendrás gastos de mantenimiento —apuntó.

—Está bien —le aseguró Clare rápidamente—. Es mucho más de lo que yo esperaba, al no tener ninguna experiencia…

—Bueno, no te preocupes. Fen puede permitírselo. Él tiene unos ingresos considerables, aparte de su sueldo como profesor.

—¿De verdad?

A Clare no le chocó demasiado aquello. Aunque la casa no era excesivamente grande ni ostentosa, allí se respiraba un ambiente elegante. Woodside Hall sugería dinero. Dinero rancio, si Clare no estaba demasiado equivocada.

—¿Cuándo quiere que empiece? —le preguntó a Louise.

—En cuanto puedas. De momento estoy yo al cuidado, pero esta

misma semana tengo que volver a Londres. Hay muchas cosas que debería haber hecho, pero como estuve enferma…

—Trabajas demasiado.

Clare tenía alguna idea de los trabajos voluntarios que Louise desempeñaba por sus conversaciones con ella en la cárcel.

También recordaba que ella no había sido muy entusiasta de sus visitas al principio, pero había llegado a gustarle y a respetar a Louise Carlton. Se daba cuenta de que estaba haciendo un acto de fe al sugerirle a ella ese trabajo.

—Puedo empezar inmediatamente —declaró decidida y sonriente—. Sólo tengo que recoger mis cosas.

—¿Estás segura? Te llevaré hasta allí en cuanto hagas las maletas.

—De acuerdo. Pero sólo tengo una maleta. Puedo irme en tren.

—¿Una sólo?

Louise la miró preocupada mientras la joven comenzaba a guardar sus posesiones en una sencilla maleta.

—Pero, niña, necesitarás algo más de ropa. Haremos unas compras en el camino.

Clare negó con la cabeza.

—No tengo dinero.

—¡Eso no importa! Es cosa mía.

Clare volvió a rechazar el ofrecimiento.

—Muchas gracias, pero esperaré hasta que cobre mi primera paga para comprar cosas.

—Clare —declaró la mujer—, por favor deja que te compre algo. Yo puedo permitírmelo y me encanta que una joven pueda comprarse ropa nueva.

—Es muy amable por su parte, pero preferiría que no fuera así. Lo único que necesitaré será un delantal o una bata para las tareas domésticas. Y seguro que hay alguna en la casa.

—Posiblemente, pero teniendo en cuenta las amas de llaves que ha tenido Fen, cualquier prenda te estará enorme.

Louise observó divertida la figura delgada de Clare.

Ella se encogió de hombros. Sabía cuál era su aspecto, delgada hasta el extremo, con aspecto masculino más que femenino. En otros tiempos le hubiese importado. Cuando era una adolescente y se miraba al espejo, vestida para atraer la mirada de algún chico en particular o de todos a la vez. Y, ¿a dónde le había conducido tanto entusiasmo y tanta esperanza al creer que su aspecto le iba a

conseguir algo bueno?

—Me gustaría que me dejases ayudarte… ayudarte de verdad —dijo Louise.

—Ya lo has hecho. Me has conseguido este trabajo.

—No me refiero a eso. Yo esperaba que te abrieses un poco a mí. Que me contases cosas sobre ti.

Louise alargó el brazo para alcanzar el de Clare. Era sólo un gesto de compasión y comprensión, pero Clare tuvo que hacer un esfuerzo por no rechazar la gentil mano. Ella no quería abrirse. Quería permanecer como estaba, cerrada, a salvo de los recuerdos y de los sentimientos.

—Tú sabes por qué estuve en prisión —respondió Clare antes de seguir empaquetando.

Louise Carlton apartó la mano reconociendo el rechazo. Pero era perseverante.

—Sí, lo sé. Simplemente me cuesta creer que hicieses tal cosa. Por eso no se lo he dicho a Fen todavía…

—Pero, ¿y si me pregunta? Seguro que querrá saber por qué estuve en la cárcel.

—Sí, bueno… Le dije que te habían acusado de robar —admitió Louise—. Pero eso es todo. Creo que debemos esperar para contarle el resto.

—Si tú lo dices…

Clare le dejó la decisión a Louise, ya que no le quedaba otra alternativa. Ambas sabían muy bien que si su hermano averiguase la verdad, pondría a Clare en la calle.

Así que Louise Carlton la llevó hasta Oxford aquella tarde. Clare sabía que su estancia en Woodside Hall sería breve, así que no tendría la complicación añadida de confesar la verdad.

—Fen se sorprenderá cuando te vea —le dijo Louise cuando llegaron finalmente a la parte exterior de la mansión georgiana.

La gran puerta de roble se abrió en cuanto se apearon del coche. Fen Marchand apareció en el umbral ignorando la sonrisa a modo de saludo que Louise le lanzaba. Sólo miraba a Clare.

Decir que le sorprendió no era más que un eufemismo. Conmocionado o, posiblemente, horrorizado era una palabra más adecuada, pensó Clare.

—Bueno, querido hermano —fue Louise la que habló primero—. ¿Vas a quedarte ahí mirando a la pobre chica o vas a darle la bienvenida a Woodside Hall?

Durante un largo momento pareció que Fen Marchand iba a permanecer en esa misma posición para siempre, inmóvil. Luego miró a su hermana y se aproximó hasta Clare.

Había llevado un traje oscuro en su primer encuentro, pero aquel día él vestía un polo y unos pantalones informales. Alto y musculoso, parecía más un atleta que un profesor de universidad, pero su tono de voz y sus modales eran los habitualmente fríos de un intelectual.

—Señorita Anderson —dijo él formalmente—. Supongo que mi hermana le habrá informado sobre los términos y las condiciones y todo lo demás.

—Sí… Gracias.

Clare contestó en el mismo tono neutral.

—Muy bien —continuó él—. Podrá empezar mañana… si es posible.

—Sí, perfecto.

—Bien, entonces le enseñaré su habitación. ¿Ha traído equipaje?

Clare asintió.

—Está en el maletero.

Louise, que había mantenido la distancia entre ellos, se acercó con las llaves.

—Toma, Fen. Mete tú la maleta de Clare mientras yo le enseño el ático donde vas a exilada. Vamos.

Sonrió invitando así a Clare a seguirla dentro de la casa.

Clare lo hizo con cierto reparo. Aunque Fen Marchand había estado correcto con ella, se trataba sólo de una fachada. Ella no había olvidado el último encuentro en la estación de tren, y él tampoco.

Clare sentía sus ojos fijos en su espalda mientras entraba a la casa. Y, a pesar del caluroso día, ella sintió un escalofrío antes de seguir a Louise por la ancha escalera hasta el primer piso. Pasaron una serie de habitaciones, doblaron una esquina hacia otro largo pasillo y se dirigieron hacia la última puerta del fondo que conducía hasta otra escalera mucho más estrecha.

Clare empezó a tener visiones de polvo y oscuridad, con una cama pequeña y, quizás, si tenía suerte, una vela para poder leer. Pero debía de haber leído demasiadas novelas en la biblioteca de la prisión. Se sorprendió mucho cuando llegaron a su destino.

No era tanto una habitación sino casi todo un piso, con una sala de estar en una parte y un dormitorio con ducha en el otro. El

mobiliario era de pino, el suelo de madera barnizado cubierto de alfombras y había un gran sofá de terciopelo azul. Era una estancia luminosa y con calefacción.

—Me temo que hay que escalar un poco para llegar —dio Louise a modo de disculpa cuando Clare se quedó mirando la habitación.

—Yo no esperaba… algo así.

La inseguridad de Clare demostró sin reparos que estaba encantada con el lugar. Después de la cárcel y la residencia, aquello le parecía irreal.

—Sí, bueno, el único problema es que no hay baño —dijo Louise todavía tratando de disculparse—. Tendrás que bajar para eso. Es un inconveniente algo engorroso, lo sé, pero al menos tendrás privacidad en este lugar.

—Es absolutamente maravilloso —aseguró Clare sonriente—. No esperaba un lugar tan acogedor.

Louise también sonrió.

—Bueno, me alegro de que te guste. Esta era la parte donde vivía el servicio en los tiempos de gloria. Era un sitio oscuro y deprimente. Pero Fen lo reformó cuando mi hijo Gerry vino a estudiar a Oxford. Me parece que desde entonces nadie lo ha usado.

Clare frunció el ceño preguntándose si había entendido correctamente.

—¿Y las otras amas de llaves? ¿No se alojaban aquí?

Louise pareció algo avergonzada un instante.

—Bueno, no. La mayoría vivían fuera, u ocupaban un par de habitaciones en el primer piso… Pero Fen pensó que tal vez tú preferirías quedarte aquí arriba.

La voz dubitativa de Louise hizo dudar a Clare de que esos fueran los motivos reales de su hermano.

Ella estaba segura de que a Fen Marchand no podían importarle menos sus preferencias. Parecía más bien que era su propia privacidad lo que trataba de proteger. Abrir su hogar a una ex convicta quizás le había hecho decidir aislarla lo más posible del resto de los habitantes de la casa.

Bueno, a Clare no le importaba. Ella limpiaría la casa y prepararía sus comidas lo más eficientemente que pudiera, y cuando no estuviese trabajando, se mantendría apartada. No deseaba convertirse en parte de la familia. Además de que Marchand no le gustaba, ella opinaba que ninguna ama de llaves podía pretender eso.

Recordó a su propia madre. Ella trabajó para lord Abbotsford durante quince años y su señora se refería a ella como si fuera de su propia familia. Pero, aunque Clare no era más que una niña entonces, ya sabía que aquello no eran más que palabras. Palabras vacías. Sólo un modo de ganarse la lealtad total de Mary Anderson. Cuando su madre enfermó de cáncer de estómago las ayudas de los Holstead brillaron por su ausencia.

Clare torció el gesto con esos recuerdos y esa expresión de amargura fue captada por Fen Marchand, que entraba en ese momento. Él debió de preguntarse qué estaría pensando, elucubrando…

Louise se volvió a mirarlo.

—Has tenido una buena idea, Fen. A Clare le encanta esto, ¿verdad, Clare?

—Sí.

Ella contestó como se le pedía, pero su tono volvió a ser frío.

No era sorprendente que Fen Marchand pareciese escéptico.

—Debo decir que es capaz de disimular su entusiasmo muy bien, señorita Anderson —murmuró él sarcástico.

Ella intentó contenerse. No podía olvidar que él era su jefe.

Fue Louise la que habló.

—No seas así, Fen. No querrás asustar a Clare antes de que haya empezado siquiera, ¿no?

Por la expresión de su rostro, Clare sospechó que eso era exactamente lo que Fen Marchand pretendía. Cuando sus ojos se encontraron, ella rechazó desviar la mirada.

—No creo que la señorita Anderson se asuste tan fácilmente.

—Puede que no… —Louise ni siquiera se percató de la hostilidad entre ambos—. Pero al menos podías ser más agradable. Clare no está acostumbrada a tu sentido del humor, y si se lo tomase al pie de la letra, ¿cómo quedarías tú?

Su hermano contestó en el mismo tono de siempre.

—Sin ama de llaves, supongo.

—Exactamente —Louise había llegado a donde quería—. Y tú sabes que no puedes permitírtelo, Fen. Así que intenta ser un poco amable, ¿en?

La expresión de Marchand decía todo lo contrario, pero Louise tomó su silencio como asentimiento.

—Bien. Entonces arreglado —anunció optimista—. Ahora tengo que irme. Voy a una misión esta tarde a la que no puedo dejar de ir.

Clare… si tienes algún problema, llámame.
—Gracias.
Clare sonrió a sabiendas de cuál sería su mayor problema.
—Supongo —dijo su hermano —que ese consejo no lo extiendes a mí.
Louise soltó una pequeña carcajada.
—Querido Fen, la última vez que me pediste consejo sobre algo tenías cinco años. No puedo creer que vayas a empezar a necesitarlos ahora.
—Nunca se sabe.
Él sonrió un breve instante, pero sólo para su hermana. La sonrisa no se hizo extensiva cuando miró a Clare.
Una vez más, Clare sostuvo su mirada, diciéndole con los ojos que ella había entendido. Sabía que estaría allí bajo supervisión y que seguramente no sería por mucho tiempo.
—Bueno, ya sabes el número —replicó Louise sonriendo a ambos por última vez—. Quiero hablar primero con Miles antes de irme. Tú quédate para contarle a Clare cuáles son sus obligaciones.
Comenzó a bajar las escaleras, dejando a Fen Marchand y a Clare enviándose hostiles miradas.
Fue él quien rompió el fuego mientras depositaba la maleta de Clare sobre la cama.
—Si me da la dirección, pediré que le traigan el resto.
—¿El resto de qué?
—Del equipaje.
Ella negó con la cabeza.
—No hay más. Eso es todo.
Él abrió los ojos sorprendido.
—Es de las que viaja ligero. ¿O es que no piensa quedarse mucho tiempo?
—Eso depende de usted, señor Marchand—replicó ella fríamente —. Yo he traído todas mis posesiones y he renunciado a la habitación de la residencia.
—En ese caso —replicó él —intentaremos que esto funcione. Primero necesitamos cumplir una serie de reglas.
—¿Sí?
Clare esperó que él continuara, suponiendo que sería él quien iba a dictar esas reglas.
—Bien. Usted no fuma, espero.
—No.

—Bien. Yo no puedo soportar el olor a tabaco… ¿Bebe?

—¿Bebo?

—Alcohol —añadió él algo impaciente—. En caso de que beba, ¿cuánto?

Clare arqueó las cejas. Desde luego era de los que iba al grano sin rodeos.

—No he tomado una gota en tres años —contestó con absoluta sinceridad.

Él no parecía impresionado.

—Bueno, acabo de enterarme de cuánto tiempo estuvo en la cárcel —contestó secamente—. Pero, ¿y antes? ¿Su crimen estuvo relacionado con el alcohol?

—No. No tengo problemas con la bebida, si es eso lo que pregunta… Tampoco tomo drogas —contestó antes de que él le planteara más preguntas de ese tipo.

Preguntas que ella no estaba capacitada para responder sinceramente.

—No fuma. No bebe. No toma drogas. Entonces, ¿hay algún vicio que esté dispuesta a admitir? —preguntó él en un tono que la advertía de que no estaba dispuesto a creerse las cosas al pie de la letra.

Clare se encogió de hombros. Ella no iba a decirle el vicio que la había conducido a la cárcel. Su amor ciego y obsesivo por John Holstead, el hijo y heredero del quinto condado de Abbotsford.

—¿Y los hombres? ¿Tiene algún novio?

Fen Marchand arqueó los labios como si imaginara que cualquier novio que ella hubiera elegido sería alguien también sospechoso e infame.

Fue demasiado para Clare, que llevaba rato tratando de mantener el control.

—Si lo tengo, no creo que sea de su incumbencia, señor Marchand.

Él se sorprendió de la respuesta. Era evidente que pensaba que hablar claro era un derecho reservado sólo para él.

—Al contrario —dijo él—. Empezaría a ser mi problema si intentase que ese novio la visitara aquí. En mi casa.

—Bien, no lo tengo —declaró de pronto para zanjar la cuestión.

Clare no sentía la necesidad de ir más lejos y declarar que no habría novio, ni entonces ni más tarde. Ella había amado sólo a un hombre. Lo había adorado desde los nueve años, se humilló por él

más veces de las que podía recordar, hizo el amor con él en graneros y en coches y, por encima de todo, se enamoró hasta un grado extremadamente insano.

—Bien. Porque yo valoro mi intimidad y no me gustaría que fuera invadida por algún extraño que se quedara a dormir en el ático. Supongo que me entiende, señorita Anderson.

Clare asintió y se guardó su opinión. No estaba dispuesta a perder ese trabajo antes de haber empezado. Antes tenía algo que probarse a sí misma.

—De acuerdo. Podrá empezar mañana por la mañana. Haciendo el desayuno —anunció de pronto mientras se dirigía hacia la puerta —. Sabe cocinar, supongo.

—Algo.

Ella le dio la respuesta que pensaba que la pregunta merecía.

El rostro de Fen Marchand se ensombreció una vez más, pero no dijo nada. Ahí estaba él, dando una oportunidad a uno de los sin esperanza de su hermana y recibiendo tan poca gratitud a cambio.

Clare cada vez sentía más desagrado hacia ese hombre.

Pero tenía que hacer un esfuerzo, se dijo a sí misma, al menos intentar ser amable. El ama de llaves que él deseaba. Pensó en su madre de nuevo. «Sí, señora. No, señora. Por supuesto señora». Durante todos esos años ¿cuántas veces habría deseado su madre decir: «váyase al diablo, señora»?

Posiblemente muchas, pero las circunstancias le habían hecho depender de los Holstead. Ella era niñera de otra familia cuando conoció al padre de Clare, Tom Anderson. Él trabajaba en los establos de Lord Abbotsford. Tras un breve cortejo, se casaron y los Holstead les proporcionaron una de las casas de la propiedad. Clare nació un año más tarde y, pocos meses después de su nacimiento, su padre se mató en un accidente montando a caballo. Lord Abbotsford no les ofreció ninguna compensación económica, pero tan «bondadoso» era su corazón que permitió que Mary Anderson permaneciese en la casa a cambio de que ayudase con los niños.

Los Holstead tenían dos hijos, Sarah y John. Sarah era dos años mayor que Clare, pero ambas jugaron juntas hasta que Sarah se marchó interna al colegio a los once años. Johnny era cinco años mayor y un completo tirano con las dos chicas.

Su madre pasó a la condición de ama de llaves. Clare siguió creciendo apartada de los chicos de la casa. En pocas ocasiones Sarah o John volvían a casa y, cuando lo hacían, era normalmente

acompañados de amigos y la trataban de modo distante.

Clare se sentía herida, pero comprendía. Ella podía tener el mismo acento que esos chicos, podía vestir con ropas similares, pero entre ellos se levantaba un abismo.

Fue distinto tiempo después, cuando Clare se convirtió en una joven bonita de pelo cobrizo y cuello de cisne; de cuerpo sinuoso y cara de ángel, ojos verdes inmensos y mejillas pronunciadas. Entonces uno de los hijos, Holstead volvió a tomar conciencia de su existencia, solo que entonces no se comportó como un tirano.

Clare detuvo la corriente de sus pensamientos. Ella no iba a volver a pasar por eso de nuevo. Ya había llorado bastante por Johnny. Y no iba a llorar de nuevo, ni por él ni por ningún otro hombre.

Se dedicó a desempaquetar. No le llevó mucho tiempo. Sus ropas cabían en una esquina del armario. Clare se miró en el espejo interior e hizo una mueca. Aún parecía joven, demasiado, después de pasar tres años encerrada, pero su encanto había desaparecido. Estaba demasiado delgada, como una joven anoréxica. Recordó su aspecto el verano que cumplió diecisiete, recordó cómo se sintió, y por un instante lamentó la pérdida de su belleza. Aunque pensó que ese don había resultado una maldición, en lugar de un regalo, tal y como se había desarrollado su vida.

Cerró la puerta del armario y se asustó cuando se dio cuenta de que no estaba sola.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó a Miles Marchand.

El niño estaba allí de pie, espiándola.

Se encogió de hombros.

—Nada. ¿Por qué no iba a estar aquí?

—Porque es mi habitación y tú no puedes entrar sin invitación. ¿De acuerdo?

Clare no estaba bromeando y lo miró de un modo que no dejaba lugar a dudas.

—Vale —murmuró Miles—. Pero no tienes que estar así conmigo. Fui yo el que te conseguí el trabajo. Él no quería emplearte. Dijo que eras demasiado joven. Pero a mí no me lo pareces tanto.

—Gracias. ¿Quieres sentarte? Ella también lo hizo.

Miles tardó en aceptar la invitación, pero al fin tomó asiento sobre el sofá de terciopelo azul. Quería demostrar que le estaba haciendo un favor.

—¿Sabes nadar? —preguntó él tras un minuto de silencio.
—Sí.
—¿Bien?
—Bastante.
—¿Sabes jugar a los bolos?
—No.
El chico pareció decepcionado. Ella había fallado en eso.
—Supongo que no sabes montar a caballo —dijo el chico con desdén.
—De hecho —respondió Clare —sí que sé. Él la miró incrédulo, del mismo modo en que lo hacía su padre.
—Me refiero a un caballo de verdad. No un pony ni nada de eso.
—Un caballo de verdad —repitió ella.
—Yo tuve un caballo —anunció el niño—. Una yegua baya.
—¿Cómo se llamaba?
—Flash. La llamamos así porque era muy rápida. Muy rápida. Su padre fue ganador de un Derby —declaró orgulloso.
Era el turno de Clare para mostrarse escéptica. Hecho que no pasó indiferente para el chico.
—No me crees, ¿verdad? Pero es verdad. Mi abuelo me la compró. Pero ella la vendió.
—¿Tu madre? —supuso Clare.
Él asintió.
—Después de que el abuelo muriera, ella vendió todo lo que pudo, casas, coches, cuadros, muchas cosas. Para poder seguir a Ricky por todo el mundo.
—¿Ricky?
—Su novio Ricardo —contestó con desdén—. Era un jugador de polo argentino. Cuando perdía un partido, solía pegar a sus caballos.
—¿Te hizo daño a ti?
—A veces me gritaba. No me importaba. Lo hacía en español y yo sólo hablo un poco… Pero no debería haber pegado a sus caballos.
—No.
—Es igual. Ya está muerto.
—¿Cómo?
Clare no creía haber entendido.
—Murió en un accidente de coche —relató Miles—. Con mi madre.

—Vaya. Debes echarla mucho de menos.

El chico negó con la cabeza inmediatamente.

—No. ¿Por qué? Ella no me quería.

Clare asintió.

—Estoy segura de que sí, Miles. A veces los mayores están demasiado ocupados con sus propias vidas, pero eso no significa…

—¿Tú qué sabes? —la cortó Miles de pronto—. ¡Sólo eres una sirviente!

Lo dijo como si fuese el peor insulto del mundo. Pero Clare no se ofendió. Se dio cuenta de que el chico se había arrepentido de sus palabras desde el mismo momento en que las pronunció, pero no sabía cómo dar marcha atrás. En lugar de eso, se levantó y se marchó corriendo.

Clare le oyó bajar las escaleras de dos en dos y suspiró. No le había costado mucho molestar a Miles, y eso que había sido él quien le había conseguido el trabajo. Pero, ¿tanto deseaba ese puesto Clare como para estar a expensas de un niño de once años?

La respuesta era no, pero esa tampoco era la pregunta correcta. Tal vez ella no quisiese el trabajo, pero lo necesitaba. Al menos hasta que encontrase otra cosa.

Tal vez debería poner un anuncio en el periódico ofreciéndose para cualquier cosa.

Si los Marchand, el mayor y el pequeño, se conformaban con que hiciese la comida y arreglase la casa sin esperar más de ella, se sentiría feliz allí. Trabajaría duro en sus obligaciones y, cuando no, se retiraría a su santuario en el ático.

Miró de nuevo la habitación. Estaba muy bien amueblada, era confortable, sin adornos innecesarios. No había nada demasiado valioso, pero tampoco barato ni desagradable. El hijo de Louise tuvo mucha suerte por tener un lugar como aquél donde estudiar.

Clare se estiró en la cama y, como en la cárcel, dejó volar su imaginación.

Imaginó lo diferente que sería todo si ella hubiese ido a estudiar a Oxford, si hubiese conseguido un título que sería el pasaporte para una nueva vida. No hubiera sido tan difícil. En el colegio la consideraban como una alumna brillante. Siempre con las mejores notas… excepto el año en que Johnny Holstead fue expulsado de la universidad. Entonces tiró sus estudios por la ventana, y también su sentido común.

No podía creer que entonces hubiese sido tan inconsciente.

Renunciar a un futuro por unas pocas palabras de amor y un verano de encuentros furtivos. Él jamás la sacó a pasear, nunca le mostró su mundo y, sin embargo, ella había renunciado a su propia vida por él, creyendo sus promesas vacías.

Su compromiso fue anunciado en el periódico, el catorce de septiembre. Clare lo recordaba con precisión porque ella murió en parte aquel día. La foto de los dos acompañaba el texto. El hijo del conde de Abbotsford, John, se casaba con la hija de un duque, lady Elizabeth Beaumaris.

Clare se resistió a creerlo al principio. Era ella la que debía aparecer en la foto a su lado, sonriendo radiante. No esa aburrida niña rica.

Johnny estuvo de acuerdo en eso cuando le dijo que tenía que casarse con la hija del duque. El amor era una cosa, el dinero otra. Y las fortunas en declive de los Holstead requerían tomar una esposa rica. Siempre había sido así entre las clases adineradas. Pero eso no tenía que afectar a su relación, le explicó él, esperando convencido que Clare aceptase el papel de amante.

Él no tenía ni idea hasta qué punto había destrozado la vida de Clare y ella no se quedó demasiado tiempo allí para contárselo. Clare abandonó la escuela y su casa y se marchó a Brighton, donde encontró trabajo en un hotel. Cinco meses después, perdió el trabajo y se vio forzada a buscar refugio en un albergue para los necesitados. Siempre mantuvo el contacto con su madre, pero no se atrevió a volver a casa jamás.

Su dieciocho cumpleaños llegó y pasó sin celebración, no como la boda de Johnny, que había salido en todos los periódicos. Aquello finalmente destruyó su sueño. Hasta entonces había esperado que Johnny rompiese su compromiso y fuese a buscarla, su verdadero amor. Pero aquellas cosas sólo ocurrían en las novelas. En la vida real, ellos se casaban con las herederas y vivían con mucha fortuna para siempre.

Clare tenía veintidós años cuando regresó a Abbotsford Hall. Su madre había caído enferma, la primera etapa de un cáncer que acabaría con su vida. Volvió para cuidar de ella. No tenía otra posibilidad, pero su regreso fue un error. Suponía que Johnny la ignoraría. En lugar de eso, tuvo lugar una reacción de sucesos en cadena que terminaron en tragedia para los Holstead y la cárcel para ella.

Pero estaba tratando de empezar de nuevo, y todo iba a ser

diferente. Ella ni quería ni necesitaba relaciones personales. La prisión le había enseñado a sobrevivir sin esos lujos. Y Clare lo prefería así. Jamás se enamoraría de nuevo, ni tendría un hijo, ni echaría su vida a perder… por ningún hombre.

Nada en la vida merecía tanto dolor.

Capítulo 3

—Eh… Buenos días. Fen Marchand la saludó sorprendido cuando se encontraron en el pasillo. Ella completamente vestida, él envuelto en una bata y poco más de ropa.

—Buenos días —contestó ella.

Clare lo miró sin ruborizarse.

—Acabo de despertar a Miles —declaró él—. Bajaremos a las ocho en punto.

—Sí, señor —ella lo tomó como una orden—. ¿Quiere que le cocine algo o prefiere desayuno continental?

—Prepare algo caliente, pero no demasiado pesado. Huevos revueltos estará bien, y café y tostadas.

—Muy bien, señor.

Clare le contestó con absoluta amabilidad y lo dejó observándola mientras ella bajaba las escaleras.

Obviamente, él no esperaba que ella supiese comportarse como una eficiente ama de llaves, pero Clare tenía bastante idea de cómo hacerlo. Había observado interminables veces la expresión seria de su madre mientras se dirigía a los Holstead, quienes la respondían con su habitual rudeza. Entonces entendía por qué. Si quería mantener ese trabajo era tan importante mostrarse discreta como ser eficiente.

Dispuesta a ello se dirigió hacia la cocina. Estaba en la parte trasera de la casa. Era bonita, moderna, llena de armarios y de todos los electrodomésticos imaginables. Como no vio la cocina en su primera visita, Clare se temía una habitación antigua, con superficies difíciles de limpiar y un lugar en el que, en definitiva, resultaría difícil trabajar.

El único problema que de momento tuvo fue tratar de ajustarse el delantal de algodón blanco que encontró colgado detrás de la puerta. Amenazaba con darle varias vueltas a la cintura. Decidió no abrocharse los botones y se limitó a anudarse el cinturón. Resultaba algo ridícula con la vestimenta, pero no le importaba.

Le resultó sencillo preparar el desayuno y estuvo listo cuando los Marchand, padre e hijo, aparecieron en la cocina.

Clare no esperaba que ellos se sentaran allí.

—Lo siento. He puesto la mesa en el comedor.

Fue Miles quien le lanzó una mirada crítica.

—Nunca desayunamos allí.

—Lo siento —repitió Clare—. Si me dan uno o dos minutos, traeré todo aquí.

—Debería habérselo dicho —dijo Fen Marchand levantándose de la mesa—. Desayunaremos allí. Vamos, Miles.

El chico se tomó su tiempo antes de obedecer y miró a Clare con aire de suficiencia.

Sin tiempo para preocuparse por ello, Clare se concentró en terminar los huevos revueltos y en guardarlos en una fuente para que se mantuviesen calientes. Antes les había llevado al salón dos vasos de zumo, el té y las tostadas. Los Marchand estaban dando buena cuenta de ello cuando Clare apareció. Sirvió los huevos. Había cantidad suficiente para ambos, pero aun así el chico protestó.

—¿Esto es todo lo que hay? Tengo mucha hambre.

—Prepararé más —dijo Clare resignada a la descortesía del niño.

Pero su padre intercedió.

—No, no hará más. Miles, pide disculpas.

—¿Por qué?

—Ya lo sabes. Elige. O te disculpas o te vas a tu habitación.

Hablaba muy seriamente. El chico hizo un gesto de resentimiento mientras miraba enfurecido a Clare.

—¡Discúlpate! —insistió su padre.

—Bueno, no importa —dijo ella.

Clare no deseaba batallas abiertas entre ellos por su presencia. Y, antes de que Fen Marchand pudiera hacer más engorroso el problema, Clare escapó a la cocina.

Estaba preparando otra tanda de tostadas cuando Miles entró cinco minutos más tarde. No dijo nada, pero permaneció junto a la puerta con aspecto taciturno.

Era un chico muy guapo, con el mismo pelo rubio y bonitas facciones que su padre. También tenía los ojos de los Marchand. Eran de un penetrante azul que podían parecer bien honestos, en el caso de Louise, o fríos. Tal era el caso de su hermano Fenwick. En Miles esos ojos eran ventanas de su atormentada alma, ojos que la seguían mientras ella se movía por la cocina.

—¿Quieres algo, Miles? —preguntó Clare.

Eso le dio pie al muchacho para hablar.

—Él dice que debo disculparme.

Clare no se sorprendió.

—¿Quieres hacerlo?

—No —respondió el chico.

—Bueno, no lo hagas —contestó ella en el mismo tono indiferente.

Clare se dirigió hacia la puerta con las tostadas, pero el chico se interpuso en su camino.

—Se lo dirás a él.

Clare negó con la cabeza.

—¿Por qué iba a hacerlo? Tú sólo ya te metes en bastantes problemas. No creo que necesites mi ayuda.

—Es él. Está siempre encima de mí.

Tal vez era cierto, pero Clare no iba a ponerse de parte de ninguno. No deseaba inmiscuirse.

—Ése es tu problema, Miles —dijo más displicentemente de lo que esperaba.

Él pareció dolido un segundo.

—Mi padre tenía razón. Tú no eres una buena influencia para mí.

Clare se sonrojó.

—¿Eso te dijo él?

—Sí… algo así.

Parecía que el chico no estaba diciendo toda la verdad.

—¿Se lo dijo a tu tía?

Él asintió.

—Yo los oí. Antes de deshacerme de la última mujer. Tía Lou lo persuadió para que te diese otra oportunidad. Pero él no quería.

Clare se encogió de hombros.

—¿Saben ellos que te dedicas a escuchar detrás de las puertas como hobby?

—¿Por qué? ¿Vas a decírselo?

—Vaya. Parece que hemos llegado al mismo punto. ¿Por qué no llegamos a un acuerdo? Yo no me interpongo en tu camino y tú tampoco en el mío. ¿De acuerdo?

Ella esperó pacientemente a que le dejara el paso libre.

Él lo hizo poco convencido.

Clare lo dejó pensativo mientras ella entraba al salón con la bandeja de tostadas en la mano. El hombre estaba entretenido leyendo el periódico y Clare esperaba poder desaparecer enseguida.

No tuvo suerte.

—¿Ha ido Miles a verla?

—Sí —confirmó, al tiempo que colocaba algunos platos sucios en la bandeja.

—¿Y?

El se quitó las gafas y posó sus ojos fríos sobre ella.

—Dijo que usted quería que él se disculpase —replicó ella—. Pero no era necesario.

—Creo que soy yo el que debe decidir eso. De todas formas, si ha pedido disculpas, dejaremos así la cuestión.

Respuesta pomposa que puso a Clare en su lugar.

—Sí, señor. ¿Necesita algo más, señor?

—Sí. No. ¿Qué lleva puesto?

—Una bata… señor—respondió.

—Sí, bueno, no parece que sea de su talla, ¿no? Parece una lavandera.

Lo que pensó entonces Clare no podría escribirse. Se preguntó si se esforzaba por mostrarse tan maleducado o le salía sin esfuerzo.

—Tome —dijo él sacando unos billetes de su cartera—. Cómprese algo más presentable.

Clare no tenía otra posibilidad que aceptar el dinero.

—¿Qué sugiere el señor?

—No lo sé. Lo que sea, con tal que sea de su talla.

—Muy bien, señor.

Clare hizo ademán de irse.

—¡Y ya puede dejar esa cantinela! —exclamó él malhumorado.

Clare se volvió sorprendida.

—¿Señor?

—Sí, señor, no, señor. Ya basta de tanto señor. Tal vez eso le gustase al guardia que la custodiaba en la prisión, pero a mí me parece repelente… Así que, ¿cree que será capaz de demostrar amabilidad sin tanto servilismo, señorita…?

—Anderson —replicó ella—. Lo intentaré.

—¡Hágalo!

Y Fen Marchand volvió a dedicar su atención al periódico.

Clare salió de la habitación y se encontró a Miles sentado a la mesa de la cocina tomando un plato de cereales mientras leía un tebeo.

La miró de modo acusador.

—Apuesto a que se lo dijiste.

—¿Cuánto?

Él chico pareció confundido.

—¿Cuánto qué?

—¿Cuánto apuestas? ¿La paga de una semana? ¿La de dos?

—Eso quiere decir que no se lo has dicho —concluyó él, aún sospechando.

Clare asintió.

—Él asumió que lo habías hecho. Yo no lo desilusioné.

—Gracias —murmuró inesperadamente el niño.

Ella le devolvió una ligera sonrisa antes de volver su atención hacia los platos. Había un lavavajillas que podría hacer las cosas más fáciles, si es que alguna vez ella hubiese utilizado uno.

Estaba Clare mirando los mandos de la máquina cuando Miles apareció a su lado.

—Es muy fácil —dijo con aire de superioridad—. Tienes que poner el detergente y colocarlos en las bandejas, mirar el nivel de sal y darle al botón.

Clare frunció el ceño.

—¿Cómo controlas el nivel de sal?

—¿Ves esa marca bajo la bandeja? Si está verde, es que no tienes que poner sal —le explicó.

—No veo ninguna marca verde.

—Bueno, eso es porque necesita sal.

—Ya veo.

Asintió mientras se dirigía hacia un armario. Volvió al instante con una bolsa de sal de cocina en la mano.

Aquello divirtió bastante al muchacho.

—No. Esa sal, no. ¿Es que no sabes nada?

—Parece que no —concedió Clare—. Quizás te gustaría devolverme el favor y enseñarme.

—Vale.

El chico buscó en el armario bajo el fregadero y apareció con una bolsa de sal especial. Giró la tapadera y echó una buena cantidad antes de cerrarla de nuevo.

—Una de las mujeres anteriores tampoco tenía ni idea. Yo le dije que tenía que echar arena y le traje una poca del jardín. ¿Quieres creer que lo usó así? —le contó divertido.

—Debería estar loca si te creyó —contestó ella secamente.

Se preguntaba si no la estaría engañando a ella también.

—Está bien —el niño pareció entender—. Esto lo estoy haciendo por ti. Como dijiste, favor por favor.

—Es un alivio. ¿Qué pasó con la arena?

—Bueno, no mucho. La máquina se estropeó, por supuesto, y tuvo que venir un fontanero. Pero la vieja cara de caballo estaba demasiado avergonzada como para decirle a papá que había puesto arena en el interior.

—La vieja cara de caballo —repitió Clare arqueando las cejas—. No parece una agradable manera de referirse a alguien.

—Bueno. Ella no era muy agradable —dijo en tono defensivo—. Deberías haber escuchado algunas de las cosas que me llamaba cuando estaba cargada.

—¿Cargada?

—Borracha —le explicó con naturalidad—. Bebía todo el tiempo.

Clare lo miró escéptica. Tenía la sensación de que Miles Marchand no solía decir habitualmente la verdad.

Pero el chico insistió.

—¡Bebía! —dijo mientras tomaba a Clare del brazo y la llevaba hasta la despensa—. Guardaba una botella allí. Dentro de uno de los recipientes de barro de la estantería de arriba. Te apuesto a que está allí aún.

El chico señaló el estante del que estaba hablando e instó a Clare a que lo comprobase.

Ella lo hizo con desgana, preguntándose qué truco la estaría esperando. El primer recipiente estaba vacío, el segundo lleno de lentejas. Se los enseñó a Miles, pero él insistió en que mirara un tercero.

Y así fue. El tercer recipiente contenía una botella de ginebra con un pequeño vaso dosificador.

Clare sostenía la botella entre las manos mientras felicitaba a Miles cuando una tos seca les advirtió de que no estaban solos. En algún momento, Fenwick Marchand había aparecido en la despensa.

Miró alternativamente al uno y al otro, y luego a la botella de ginebra.

—¿No es un poco temprano para una fiesta?

—Yo… nosotros… No es lo que parece —balbuceó Clare.

—No. Yo puedo explicarlo —advirtió Miles.

—No será necesario, Miles —respondió su padre en un sorprendente tono tranquilo—. ¿Estás preparado? Pensaba que iríamos a Oxford esta mañana.

—Yo… tengo que ir por mi dinero.

El chico parecía aliviado ante el cambio de conversación.

—Entonces, te esperaré en el coche —dijo el padre.

El hombre se apartó de la puerta para dejar pasar al chico.

Miles escapó aliviado y Clare no lo culpó. Ella deseaba hacer lo mismo. En lugar de eso, permaneció en pie sobre la pequeña escalera con la botella entre las manos.

—Sé lo que debe de estar pensando —dijo cuando los fríos ojos azules del hombre se clavaron en ella—. Pero esto no es mío.

—No me diga que se lo ha encontrado de repente —dijo arqueando las cejas.

—Así es —asintió ella—. Verá, estaba buscando unos… guisantes y Miles pensó que podrían estar aquí. Pero encontramos esta botella de… ginebra. Dios sabe quién la habrá puesto aquí.

—Pero no es suya —concluyó él en el mismo tono tranquilo.

Ella negó con la cabeza.

—Como le dije, yo no bebo. Y, aunque lo hiciera, no me gusta la ginebra… Aunque no creo que me crea —concluyó, más resignada que enfurecida.

—Pero la creo.

—¿Me cree?

—La creo.

—Pero, ¿por qué?

A Clare le parecía imposible.

—Una de las últimas amas de llaves era una entusiasta del peppermint —le explicó él—. Eso normalmente significa que, o a la persona le gusta el sabor de la menta, o lo que le gusta es el sabor de otra cosa. La despedí cuando descubrí qué era. Posiblemente Miles le estaba enseñando a usted el lugar donde esa mujer escondía sus bebidas.

Clare estaba visiblemente aliviada. Pensó que iba a pedirle que hiciera las maletas en aquel mismo momento.

Él pareció leerle la mente.

—Yo creo en el principio de inocencia hasta que se demuestra lo contrario, señorita… Es cierto que tengo ciertos reparos sobre la conveniencia de que usted ocupe este puesto, pero no pienso dedicarme a buscar una excusa para despedirla. ¿Entendido?

—Sí, se…señor Marchand.

—Bien.

Él asintió, se dio la vuelta y se marchó.

Clare se sentó sobre la parte superior de la escalera y soltó el

aire que había estado manteniendo en los pulmones. Desde luego, ella creyó que todo había acabado. Sin embargo, la situación le había hecho pensar si tal vez había juzgado mal a Fen Marchand.

Consideró la posibilidad un momento, antes de desterrar la idea. Aunque fuese justo, no confiaba en que tuviese muchas más virtudes.

Pasó un mes y nada hizo cambiar las opiniones de Clare. Él solo la hablaba lo necesario. Sus saludos y despedidas eran meras muestras de cortesía. Entre el desayuno y la cena no tenían prácticamente ningún contacto.

Era al niño a quien Clare veía más. Cuando no salía con su padre, se pasaba el rato en la cocina, aburrido o incansable, algunos días agradable, otros arisco y más difícil. Era obvio que el niño deseaba atención y afecto, pero ella era incapaz de darlo. Además, ¿de qué serviría cualquier tipo de lazo afectivo, cuando ella sólo pasaría una breve temporada con el niño?

De hecho, ella esperaba en cualquier momento que Fenwick Marchand le anunciase que prescindía de sus servicios. Una tal Señora Hailey, de una empresa de servicio doméstico, había telefoneado varias veces mientras él estuvo fuera y rechazó dejar un mensaje. Era obvio que él estaba intentando encontrar otra ama de llaves.

Por eso no le sorprendió que un día, después del desayuno, él le pidiera que fuese a su estudio. Estaba resignada. No iba a hacer una escena cuando la despidiera.

—Por favor, siéntese.

Ella lo hizo y esperó.

Él se tomó su tiempo. Parecía algo incómodo mientras buscaba entre los papeles de su escritorio. Se aclaró la garganta antes de empezar por fin.

—Se habrá dado cuenta de que su período de prueba para el puesto ya ha pasado.

—Sí, lo sé —decidió ponérselo fácil—. Si me dejase una semana para hacer algunas gestiones… y le estaría muy agradecida si me diese referencias.

—¿Referencias? —repitió él.

—No pretendo que mienta sobre mi pasado. Pero podría decir que trabajé bien… suponiendo que a usted le haya parecido así.

Él arqueó las cejas por encima de las anchas gafas de pasta.

—Está preparada para irse así, ¿sin más?

¿Qué esperaba? ¿Lágrimas?

—No creo que sirva de mucho discutir, ¿no? Si usted ha tomado la decisión, no va a cambiarla.

—Creo que tal vez estemos hablando de cosas diferentes, señorita…

Una vez más había olvidado su apellido. Clare suponía que no le habría merecido la pena incluirlo en su memoria.

—Anderson —concluyó Clare algo irritada—. Y creo que no. Soy realista. Siempre supe que usted buscaría a otra persona. ¿Cuándo empezará ella?

—¿Quién?

—La nueva ama de llaves de la agencia.

—Vamos a aclararnos. ¿Usted cree que he empleado a otra persona a sus espaldas?

—Si es así como lo quiere decir.

—Me doy cuenta, señorita… Anderson de que usted estará acostumbrada a ese tipo de comportamiento en los hombres con los que se relacionara habitualmente. Pero mi código ético es bastante diferente. Le dije que le daría una oportunidad y se la he dado. No se me ha ocurrido, en ningún momento, reemplazarla.

—Ah, ¿sí? —le retó ella—. Entonces, ¿qué pasa con la señora Hailey de la agencia de servicio doméstico? Supongo que llamaba sólo para charlar del tiempo.

—Si me llama la señora Hailey o no, no es de su incumbencia —le informó cortante—. Pero sepa que ella me buscó otra ama de llaves porque pensaba que yo aún necesitaba una. Le conté que el puesto estaba ocupado, pero que contactaría con ella en caso de que se quedase vacante.

—Ah.

Clare se sentía algo avergonzada.

—De hecho —continuó él—, estoy satisfecho de su trabajo y pretendía ofrecerle un contrato permanente. Desafortunadamente, parece que usted está dispuesta a abandonar el puesto, lo cual me hace reconsiderar mi decisión —anunció.

El corazón de Clare casi se detuvo cuando se dio cuenta de lo que había hecho. Se había despedido ella sola.

—Cuando me pidió que viniera al despacho —dijo ella tratando de excusarse—, pensé… bueno, pensé que era por eso. Quiero decir, usted nunca me ha dicho que estuviera contento con mi trabajo. Yo

suponía…

—Demasiado, al parecer. Si me permite un consejo, señorita Anderson, para futuros trabajos, le recomendaría que adoptase una actitud más… conciliadora.

—¿Qué quiere decir? —Clare respondió de un modo bastante poco conciliador—. Lo he hecho lo mejor que he podido. He preparado las comidas, he limpiado la casa, y me he mantenido apartada de usted. Eso era lo que quería, ¿no es así?

—Sí —contestó irritado—. Pero, ¿tiene que parecer tan obvio que lamenta cada minuto que ha pasado aquí?

—No lo lamento.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿por qué tengo la impresión de que pronto estará en prisión de nuevo repartiendo sacas de correspondencia?

—Ya no se hace eso —respondió ella aún resentida.

—No, claro. Ahora se hacen sesiones de terapia y carreras universitarias a distancia.

Sus comentarios no ayudaban a mejorar el humor de Clare. Era cierto que ella había tenido la oportunidad de estudiar en prisión y había conseguido buenas notas. Pero eso no la hacía olvidar las celdas claustrofóbicas, la mala comida o la falta de libertad. Eso no curaba el aburrimiento, ni la protegía de otras mujeres más violentas. Y, por supuesto, tampoco ayudaba a sus expectativas de trabajo. Una ex presidiaría era siempre una ex presidiaría; con estudios o sin ellos.

—Tiene razón. Fueron casi como unas vacaciones en un campamento —dijo sarcástica, abandonada ya cualquier esperanza de mantener su puesto de trabajo—. No se imagina lo divertido que fue. Todas las chicas juntas, en agradable compañía, contando nuestras vidas fascinantes. Aprendí muchísimo sobre robos en tiendas, tráfico de drogas y prostitución. No creería cómo…

—De acuerdo, es suficiente —la cortó bruscamente—. Supongo que la cárcel no ayuda a construir un buen carácter. Pero eso no cambia la cuestión. Si quiere conseguir un trabajo y mantenerlo, tendrá que mejorar su actitud.

Su tono fue algo paternalista.

—Sí. Muy bien. ¿Me dará referencias o no?

Él ni siquiera se paró a pensarlo.

—No.

—Vale. No pienso rogarle.

Clare se levantó y se dirigió hacia la puerta.

Él se levantó y cruzó con rapidez el despacho antes de que ella tuviera tiempo de abrir la puerta.

Tomó a Clare de los brazos para prevenir la posibilidad de que lo abofetease. No se había olvidado tampoco del incidente en la estación de tren.

—¡Déjeme ir!

—¿Ir a dónde? No parece darse cuenta de que soy su única oportunidad y se ha encargado de estropearlo todo.

Le dolían los brazos a Clare mientras trataba de zafarse de él.

—¡No se dé tanta importancia! Puedo apañármelas bien sin usted y sin su trabajo.

—¿De verdad? ¿Cómo? Dígamelo. Sin ninguna referencia.

—Yo… ¡No es su problema!

Clare volvió a intentar liberarse sin éxito.

Él la puso contra la puerta.

—Yo le diré cómo. No se las apañará de ninguna manera. Seguirá dando con la puerta en las narices a cualquiera que intente ayudarla, hasta que un día se dé cuenta de que no hay más puertas que se abran para usted. Entonces se encontrará en la calle, vendiendo lo único que le quedará, su cuerpo.

—¡Eso es mentira! —negó Clare furiosa—. Yo nunca haría eso. Antes me moriría.

—Cree que no, pero el instinto humano está preparado para sobrevivir. Se morirá por dentro, eso sí, cada vez que un hombre la toque y reciba placer de usted. Y sabrá que eso se lo debe a su terrible orgullo. Pero aun así, seguirá viviendo, comiendo y durmiendo, hasta el día siguiente, que será igual al anterior.

Él no tenía razón. No podía tenerla. Ella no era así. Pero la sola idea la hacía temblar. Porque, ¿qué haría cuando saliese por esa puerta?

—Escuche —dijo él ya más calmado—. No tiene que irse así. Cuando le dije que no le daría referencias, era porque no tenía intención de despedirla.

—Pero… No lo entiendo.

—Quiero que se quede —dijo claramente.

—No puede ser. ¿Por qué? Mi actitud…

—Apesta —dijo él con brutal franqueza—. Pero sus comidas no. Ni la limpieza. Y es la primera ama de llaves que ha sido capaz de soportar a Miles. Así que lo cierto es que nos necesitamos el uno al otro.

—Yo no… —empezó a decir Clare antes de darse cuenta de que el orgullo iba a darle más problemas. Decidió admitir el hecho—. Me he ajustado bien al trabajo, así que estoy preparada para quedarme.

—Bien.

Él asintió. Luego se dio cuenta de que aún la tenía sujeta por los brazos y la soltó. La había agarrado con fuerza y las marcas de sus dedos quedaron perfectamente visibles en la piel de Clare.

—Lo siento. No quería hacerle daño —añadió cuando lo observó.

—Está bien.

—Está muy delgada. ¿Come bien?

—¿Qué?

—Nunca la he visto comer. No estará anoréxica, ¿verdad?

—No, claro que no. Simplemente no tengo mucho apetito.

—Ah —no pareció impresionado por la explicación—. Tal vez debería comer con nosotros… Sí. Eso será lo mejor.

—No hay ninguna necesidad —contestó ella con rapidez.

—No importa. Yo lo prefiero así.

Clare lo tomó como una despedida y salió de inmediato por la puerta.

Regresó a la cocina donde Miles seguía leyendo un tebeo sobre la mesa. Ella debía parecer algo nerviosa porque el niño preguntó:

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Sí, sí pasa. Pareces preocupada. Él no te ha despedido, ¿verdad?

—No. Debes saber que me ha ofrecido un contrato permanente.

El chico sonrió antes de hacer una mueca de disgusto. Clare sabía que no debía tomarlo al pie de la letra. El chico siempre ponía caras raras.

—De todas formas pareces enferma. Te apuesto a que estabas deseando que te dieran la paga para largarte de este agujero.

Clare lo miró reprobando sus palabras, pero no dijo nada. Esperaba que alguna vez Miles dejase de intentar asombrarla.

—De todas formas —añadió el chico—, tú vas a tener suerte muy pronto.

—¿Suerte? —preguntó Fen Marchand que apareció en la cocina en ese momento—. ¿Suerte en qué?

—En nada —contestaron ambos al unísono.

Miles decidió huir de allí.

—Voy por mi sombrero de montar.

Escapó dejando a Clare a solas con su padre.

—Parece una conspiración —comentó Fen Marchand.

—¿Qué?

—Usted y mi hijo —explicó—. Cuando llego yo, parece que siempre se me oculta algo.

—No sé a lo que se refiere —dijo simulando ignorancia.

—Me sorprende. Pensaba que era bastante inteligente —dijo con ironía.

Clare apretó los dientes. Nadie había logrado nunca irritarla tanto como ese hombre.

—Suerte, ¿en el amor quizás? —sugirió él.

—¿Usted cree que yo discuto mi vida amorosa con un niño de once años?

—No. Pero eso no le vale a Miles. Supongo que se habrá dado cuenta de que mi hijo está bastante interesado en los asuntos de los adultos. Su madre se encargó bien de ello.

La última frase la dijo en un tono furioso que hizo estremecer a Clare. Ella pensaba que ese hombre no tenía emociones. Pero en momentos como ese, sentía que una persona muy diferente vivía bajo su fría fachada.

Había amado a su esposa y la odiaba. Era así de sencillo. ¿O no?

—De todas formas —continuó—, le agradecería que no fomentase su… precocidad.

—¡No se preocupe! ¡Sé cuál es mi lugar!

—¿Su lugar? ¿Se refiere a ser una humilde servidora?

—Si quiere llamarlo así.

Él soltó una breve carcajada.

—Mi querida señorita… —de nuevo había olvidado su apellido —. Humilde sería la última palabra con la que la describiría.

Clare lo miró ofendida. Con un gesto divertido en el rostro, Fen Marchand se dio la vuelta y se marchó.

Clare se quedó preguntándose cuánto tiempo podría soportar trabajar para ese hombre. Se imaginaba huyendo de allí, dejando que los Marchand se las apañasen solos. Eso le borraría la sonrisa irónica de la cara al señor durante al menos unos días. Entonces, ¿qué la detenía?

Recordó su reunión con Fenwick y las cosas que él dijo. Trabajar para él era su mejor opción. ¿Quién más la solicitaría? ¿A dónde

podría ir si se marchaba de allí?

Clare no encontró alternativas. Si dejaba ese trabajo, se vería abocada a vivir en la calle.

Decidió que debía empezar a aceptar la realidad. De momento, ese trabajo la mantenía alejada de la calle, y su orgullo era un lujo que no podía permitirse. Tal vez era duro admitirlo, y difícil de aceptar, pero la verdad era que necesitaba a Fenwick Marchand mucho más de lo que él la necesitaba a ella.

Capítulo 4

Aceptar su propia vulnerabilidad no hizo que su opinión sobre Fenwick Marchand cambiase. Por eso se alegró cuando él se llevó a Miles a pasar el día a una escuela de montar a caballo.

Clare pasó la mañana limpiando la casa, se preparó un sándwich y subió a su habitación para dedicar la tarde a la lectura, como siempre hacía.

Cuando empezó a pensar que debería bajar para preparar la cena oyó que alguien llamaba levemente a la puerta de su dormitorio.

—¿Sí?

Supuso que sería Miles.

Lo era. El Miles más feliz que Clare había visto nunca.

—Pasa —le invitó Clare al ver que el chico dudaba un momento.

No necesitó decírselo otra vez y, muy sonriente, Miles se dejó caer sobre la cama.

—¿Qué tal ha ido? —dijo Clare sonriendo.

—¡Fantástico! —declaró casi gritando—. Pensé que sería aburrido, como las clases o algo así. Pero no. Tenías que haber visto esos caballos. ¡Y los saltos que daban! ¡Guau!

Miles reprodujo los saltos de obstáculos con sus propias manos.

Clare sospechó que estaría exagerando, pero le agradó ver al chico tan contento. Había desaparecido el niño arisco y malhumorado que vagaba por la casa. Ante ella, tenía a un típico niño de once años, lleno de energía y entusiasmo.

Clare lo escuchó mientras le relataba su día. Al parecer, tras los caballos, se tomó una pizza en la ciudad y le compraron un nuevo par de zapatillas de deporte. Se percató de que la mayoría de sus frases empezaban por «papá». Y también advirtió la diferencia de su acento. Más inglés que americano. No era la primera vez que Clare imaginaba que su acento del otro lado del Atlántico era deliberado. Después de todo, ¿cuánto tiempo había pasado en Los Angeles? ¿Unos pocos meses, según Louise?

—El instructor dijo que puedo ser un buen jinete —dijo volviendo a recordar al mejor momento del día—. Sólo que, de momento, no he podido practicar mucho.

—Creía que habías tenido un caballo cuando vivías con tu

abuelo.

—Sí —asintió—. Pero mi abuelo estaba siempre demasiado ocupado como para llevarme a los establos… Aunque, al menos, él me quería.

Clare podría haber dejado así el asunto. Después de todo, Fen Marchand le había informado de que no deseaba que ella interviniera. Pero, por alguna razón, no pudo evitarlo.

—Tu padre también te quería.

Clare habló por lo que le había contado Louise.

Pero Miles lo negó.

—No, él no —contestó el niño, enfadado con ella, con su padre, con el mundo—. Él sabía que yo odiaba Londres, pero no vino para llevarme a casa.

Era algo muy simple para el chico.

—Las cosas a veces no siempre salen como queremos, Miles —dijo Clare escogiendo con cuidado las palabras—. Tu padre quería que siguieses viviendo con él, pero tu madre y tu abuelo también te querían. Así que, al final, tuvo que decidir un juez… Tu padre tuvo que aceptar su decisión. Si no lo hubiese hecho, lo habrían llevado a la cárcel.

Miles se quedó mirándola. Aquello era obviamente nuevo para el chico. Clare se preguntó si no habría cometido un gran error contándoselo. No quería herirlo más aún.

—¿Eso es verdad? —preguntó Miles—. ¿Obligaron a mi padre a que me dejase?

—Bueno, el juez lo hizo.

Clare no deseaba transmitir el resentimiento del padre a la madre y al abuelo del niño.

—Todos te querían, así que alguien tuvo que decidir.

—Y, ¿por qué no me preguntaron a mí?

Miles intentaba poner sentido a todo aquello, al complicado mundo de los adultos.

—No lo sé —admitió Clare—. Supongo que porque sólo tenías ocho años.

—Ah. Los mayores creen que lo saben todo, pero en realidad no saben nada… Excepto tú, Clare. Tú eres distinta —concluyó.

Clare sonrió y negó con la cabeza.

—No, Miles. Yo sólo soy un ama de llaves —le recordó a él y a sí misma mientras consultaba el reloj—. Un ama de llaves muy tardona.

Se puso la bata sobre la ropa, se lavó la cara y se cepilló el pelo ligeramente.

Miles la observó en silencio antes de seguirla escaleras abajo.

—¿Nunca llevas maquillaje?

Ella movió la cabeza. Clare nunca se había maquillado demasiado, ni siquiera antes de ir a prisión. Y en ese lugar había abandonado completamente el hábito.

—Mi madre sí.

—Bueno… —Clare intentó buscar algo positivo que decir —… quizás era normal en el caso de tu madre. Apuesto a que era una mujer muy guapa.

Él se encogió de hombros.

—Supongo.

Era obvio que el chico tenía pocos recuerdos positivos de su madre; pero tampoco era de extrañar.

Una vez abajo, Miles desapareció por el jardín mientras que ella se dirigió a la cocina.

Se dedicó a preparar *goulash* húngaro para cenar, un plato que era capaz de hacer con los ojos cerrados. Mientras tanto, repasó los acontecimientos de aquel día. Supuso que la jornada no podría haber transcurrido de mejor manera: había conseguido el puesto fijo. Pero, en lugar de sentirse satisfecha, la entristecía pensar en el futuro del niño.

La mente de Clare voló hasta su propio pasado. Ella también se había sentido de niña poco querida. Se recordó a los diecisiete años, asustada, embarazada. Y recordó a su madre, práctica, activa. Clare acudió a ella en busca de ayuda, y Mary Anderson la escuchó resignada, en silencio, sin sorprenderse.

—Has sido una estúpida —le dijo—, pero yo me haré cargo de eso.

Su tono no fue amable precisamente, pero Clare sintió alivio. Todo iba a ir bien. Su madre cuidaría de ella.

Sólo dos días después Clare se dio cuenta de lo que su madre quiso decir exactamente. Fue cuando le entregó unos cientos de libras y el nombre y la dirección de una clínica en Londres. Entonces, Clare supo que no era de ella de quien se iba a encargar su madre precisamente.

Lloró durante toda la noche, hizo la maleta y tiró la dirección de la clínica.

Mantuvo el contacto con su madre, enviándole fotografías de

Peter desde que nació, pero ella no la invitó jamás a volver a casa. No, hasta que su madre estuvo en la fase terminal del cáncer y decidió que no quería morir sola. Incluso entonces, apenas hizo caso de Peter, el nieto que no debería haber tenido nunca.

—Puedo devolverte parte del dinero —le dijo Clare refiriéndose a las libras con las que se había marchado de casa.

—No habrías pensado que eran mías, ¿verdad?

—¿De dónde las sacaste? —preguntó Clare aún sin comprender.

Su madre le lanzó una leve, amarga sonrisa.

—De alguien que deseaba ese nieto menos que yo aún.

A Clare le llevó un rato caer en la cuenta.

—¿Él o ella?

—El señor —admitió Mary Anderson—. Ella es católica, o al menos lo era.

Esa vez Clare lo entendió más rápidamente. Su madre había evitado a lady Abbotsford porque no estaba segura de que su conciencia religiosa le hubiese permitido pagar esa cuenta.

—¿Y Johnny? ¿Lo sabe él? —preguntó Clare.

Su madre negó con la cabeza.

Se encontró a Johnny el segundo día de su vuelta. Ella volvía de la tienda del pueblo cuando él la adelantó en su coche deportivo. Cuando la reconoció por el espejo retrovisor frenó en seco y esperó a que ella llegara hasta él.

—Mucho tiempo sin vernos —dijo a modo de saludo mientras buscaba con la mirada algún cambio en su cuerpo—. Sigues tan guapa como siempre, pelirroja.

Casi se le paró el corazón a Clare al escuchar su voz.

—¡No me llames así!

—¿Por qué no? —dijo desplegando su oscura y poderosa sonrisa —. No pensarás me había olvidado de ti, ¿verdad?

Aquella mirada intensa sobre ella le hizo recordar el asombroso poder de atracción que ejercía sobre ella. Clare luchó por mantener la cordura, pero acabó aceptando el viaje que él le ofrecía.

Peter, de cuatro años, seguía donde ella lo había dejado, haciendo hoyos en el jardín de la casa de su madre. La puerta de la verja estaba cerrada y su madre observaba al chico desde el porche.

—¿De quién es ese niño? —preguntó Johnny.

—Mío —admitió Clare.

—Vaya. Y yo creyendo que me serías fiel.

—¿Por qué? Tú no lo fuiste.

—Técnicamente, no —concedió—. No podía negarme a cumplir con mis obligaciones conyugales. Aunque eso significase cerrar los ojos y pensar en ti.

Clare rió. Él siempre conseguía hacerla reír. Pero, esa vez, ella era capaz de reconocer sus encantadoras mentiras.

—Me pregunto si lady Elizabeth sabe cuánto sufres.

Él se encogió de hombros.

—No lo creo. Pasa demasiado tiempo en las pistas de esquí como para darse cuenta. De hecho, hemos llegado a un acuerdo. Como ella no puede esquiar en Buckinghamshire y la vida nocturna en Klosters es muy limitada, hemos aceptado una dura separación.

—¿De verdad? —Clare no estaba segura de creerlo, pero le importaba poco—. La gente no tiene ni idea de cuánto sufren las clases altas.

—Te has convertido en una mujer muy dura.

—Puedes estar seguro.

Por supuesto que él no lo creyó y, cada dos días, Clare recibía su llamada. Ella se veía capaz de resistirse, pero temía las complicaciones que se avecinarían si él descubriese que Peter era su hijo.

Su madre murió unas semanas más tarde. Sufría mucho y la muerte resultó más bien una liberación. La enterraron junto al marido, muerto más de veinte años antes.

Los Holstead acudieron en masa al funeral. El señor no abrió la boca, por supuesto. Pero lady Abbotsford pronunció unas palabras de consuelo e insistió en que Clare podía quedarse con la casa hasta que encontrase algún lugar donde vivir.

Sarah, la hermana de Johnny, fue la más amable. Se había casado con un abogado y vivía en un condado cercano. Ella recordó la niñez transcurrida junto a la madre de Clare, a la que describió como amable y cariñosa. Realmente, fue el trabajar toda su vida junto a los Holstead lo que la había convertido en una amargada.

Clare no pretendía quedarse mucho en la casa de su madre, pero encontrar alojamiento alternativo parecía bastante difícil. En Brighton, había compartido un piso con otra madre soltera mientras trabajaba por las noches como recepcionista en un hotel, pero tuvo que renunciar tanto al trabajo como al piso cuando regresó a su casa para cuidar de su madre. Y principios de diciembre no era la mejor época para ponerse a buscar trabajo.

Al final, se quedó en la casa durante las navidades, y fue entonces cuando Johnny comenzó a visitarla con asiduidad. Ella trataba de no hacerle caso, pero él no desistía. Tal vez Clare no puso demasiado empeño. Estaba sola y sus visitas eran un consuelo para Peter y para ella.

Por supuesto que él quería acostarse con ella, pero Clare se resistió. Ya no era la estúpida adolescente de diecisiete años. Sabía muy bien que él se estaba limitando a jugar a las casitas con ella y con Peter.

Y estaba en lo cierto. En febrero, Johnny regresó a Londres y no volvió a verlo hasta la primavera siguiente.

Ella seguía por entonces en la casa, pero su vida había dado un grave giro. Peter cayó enfermo, un extraño y grave desorden de la sangre, cuya única posibilidad de curación estaba en América. Clare se rebajó y habló con lord Abbotsford, pero él se negó a pagar por un nieto que él jamás habría reconocido. Así que, cuando Johnny regresó para Semana Santa, ella lo buscó.

Se lo dijo directamente. Peter era su hijo. Su hijo se moría. Necesitaba dinero.

Johnny se quedó estupefacto y no supo qué decir. Al principio, Clare suponía que negaría la paternidad, pero no lo hizo. Se limitó a sentarse, con la cabeza entre las manos, a pensar en lo que había hecho con su vida.

Clare no sintió lástima. Todo su amor era para Peter. Ella repitió la cantidad de dinero que necesitaba, treinta mil libras, algo ridículo para los Holstead.

Cuando Johnny dijo que no tenía ese dinero, ella lo abofeteó. Algo muy desagradable que no hizo reaccionar a Johnny.

Pasaron quince días hasta que volvió a verlo. Esa vez se mostró nervioso y excitado. Dijo que quería ayudar, pero sólo si ella lo ayudaba también a él. Iba a conseguir el dinero vendiendo uno de los caballos de carreras de los establos de los Holstead. Ella tenía que acompañarlo a él y al comprador para recoger el dinero. Luego, ambos viajarían a Londres donde, en nombre de Johnny, Clare pagaría una deuda de juego por él. Entonces, ella podría quedarse con la otra parte del dinero.

Parecía un plan innecesariamente elaborado, pero la situación de Peter no le dejaba alternativa. Fue mucho después cuando se preguntó cómo pudo ser tan inocente.

No pudo evitar las lágrimas recordando la cadena de

acontecimientos que acaecieron después. Apartó las lágrimas y se dio la vuelta. Allí estaba Fenwick Marchand de pie junto a la puerta.

—¿Algo va mal? —preguntó él.

—¿Mal? Yo… ¿por qué iba a ir algo mal?

—Dígamelo usted —la instó, a sabiendas de que Clare estaba a punto de romper a llorar.

Ella negó con la cabeza.

—Nada. Estaba pelando cebollas.

—¿De veras? —dijo él mirando al objeto que Clare sostenía entre las manos—. No es que sepa mucho de cocina, pero a mí eso me parece más bien una patata.

El sarcasmo ayudó a Clare a recobrar la compostura. Si alguna vez se sentía tentada a llorar en el hombro de alguien, ciertamente, ese alguien nunca sería Fenwick Marchand.

—Antes. Las he pelado antes.

Él se encogió de hombros.

—¿Sabe dónde está Miles?

—En su cabaña, creo —luego Clare dudó un momento—. Escuche, yo…

—¿Sí?

Clare pensaba que debía contarle la charla que había mantenido con Miles a cerca de la custodia, pero temía la reacción de ese hombre.

Él podría considerarlo como una interferencia en su vida personal y con razón. Había sobrepasado los límites de su trabajo.

—Nada. No es importante.

—Escuche, si hay algo que le preocupa, por favor, dígamelo. Me doy cuenta de que está muy… sola viviendo aquí.

—No importa —insistió Clare.

—Muy bien. La veré en la cena.

Eso le recordó a Clare que él había sugerido unas horas antes que ella cenase junto a ellos. Ella no quería, desde luego, y esperando que él lo hubiese olvidado, puso sólo dos platos sobre la mesa del salón.

No lo había olvidado. Cuando sirvió la carne y dejó la verdura para que ellos mismos se sirviesen, él dijo:

—Supongo que recordará que le sugerí que cenase con nosotros.

—Yo…

Clare trató de encontrar una excusa, pero la mirada de Miles era

aprobatoria.

—Ponga otro servicio —añadió Marchand insistente.

Clare debería haber protestado, pero estaba demasiado cansada. Había pasado el día luchando contra sus recuerdos. Seguro que sería capaz de sobrevivir a una cena. Al día siguiente encontraría la excusa adecuada.

Colocó su plato frente al de Miles, quien sonrió abiertamente.

Clare se sentó y trató lo mejor que pudo de parecer invisible.

Al principio pareció que eso funcionaba. Aún de buen humor, Miles siguió charlando animadamente con su padre sobre la tarde transcurrida en la escuela de hípica. Le sorprendió saber que Fen Marchand entendía bastante sobre caballos. Aunque había unos cuantos establos detrás de Woodside Hall, estaban desocupados y tan limpios que parecía que allí no había habido nunca ningún caballo.

—Esto debe de ser muy aburrido para usted —dijo de pronto Fen Marchand tratando de incluirla a ella en la conversación.

—¿Perdón?

Clare no esperaba tal consideración.

—Tanto hablar de caballos —añadió.

—No, yo… no me importa —respondió.

Miles decidió hablar por ella.

—Clare montaba a caballo cuando era pequeña. Ella limpiaba los establos de esa gente y ellos le permitían montar a cambio.

—¿De verdad? —Fen Marchand parecía sorprendido—. La había tomado por una persona de ciudad. ¿Dónde fue eso?

—En el condado de Buckingham —admitió Clare.

—¿Dónde está eso? —preguntó Miles.

—Lo sabrías si hubieses estudiado el mapa del Reino Unido que te di —dijo su padre.

—Al norte de Londres —respondió Clare.

—El condado junto al nuestro —apuntó Fen Marchand—. ¿Dónde exactamente?

—Al sur.

No era una descripción muy exacta y la mirada del señor Marchand reveló tal hecho.

Pero no siguió preguntando.

—En ese caso, si alguna vez desea visitar a su familia, puedo dejarle un coche.

Clare no ocultó su sorpresa.

—¿El Jaguar?

Él sonrió levemente a sabiendas de que Clare bromeaba.

—Hay un Volkswagen Golf en uno de los garajes. Lo guardo para las emergencias y para el uso de las amas de llaves que no tienen su propio medio de transporte.

Clare llevaba viviendo en aquel lugar un mes y él jamás había mencionado el susodicho coche. Estaba claro que, al menos hasta entonces, Marchand no se fiaba de ella. Tal vez temía que Clare huyese de allí con el automóvil.

Supuso que era comprensible. Después de todo, ¿por qué confiar en una ladrona?

Mantuvieron sus miradas y Clare se preguntó si ya confiaría plenamente en ella. ¿O la estaría probando? Su mirada azul no expresaba nada, pero en sus labios Fen Marchand dibujó una leve sonrisa. Ella fue la primera en desviar la mirada, consciente de la intimidad que suponía el contacto visual.

—Entonces, ¿lo utilizará? —preguntó él.

—Vamos —la animó Miles—. Si lo usaras, podrías llevarme a nadar.

—Lo siento —dijo ella dirigiéndose al niño—. Pero no tengo carnet.

—¿No sabe conducir? —preguntó el hombre asombrado.

Eso no era exactamente lo que ella había dicho, pero no trató de corregirle.

—No es un crimen, ¿verdad?

—Bueno, no… Claro que no. Es que parece que todos los jóvenes saben conducir en estos días.

¿Los jóvenes? ¿Era así como la veía a ella? Clare deseaba sentirse aún muy joven.

—Estuve muy ocupada aprendiendo otras cosas.

Clare se refería a buscar un trabajo para poder mantener a su hijo, pero en cuanto pronunció esas palabras supo cómo él iba a interpretarlas.

Fue Miles el que habló.

—¿Qué cosas?

Por un instante estuvo tentada de decirlo. Robar, abrir cajas fuertes. Eso era lo que su padre estaba pensando.

Pero el hombre decidió hablar por ella.

—Clare quiere decir que estuvo en la universidad, estudiando ciencias domésticas. ¿No es así?

Él deseaba que ella asintiese y que no revelase su verdadero pasado.

Pero Miles lo contradijo.

—No. Clare no ha ido a la universidad. Ella me lo dijo.

—¿De verdad? —dijo él mirando a Clare de modo acusador—. Parece, señorita Anderson, que tiene usted más intimidad con mi hijo que yo mismo…

—Clare —dijo Miles dirigiéndose a su padre.

—¿Qué?

Su padre no sabía a qué se refería.

—Clare. Así es como se llama. Señorita Anderson suena muy…

Miles se detuvo para tratar de encontrar la palabra correcta.

«Pomposo», era la que Clare hubiera empleado, pero no creía que el niño tuviera esa palabra en su vocabulario.

—Sí, puede ser —dijo su padre algo impaciente—. Muy bien, Clare. A todos nos vendría bien que pudieses conducir. Yo arreglaré lo de las clases.

Así de sencillo, pensó Clare. Sin siquiera consultarle a ella.

—No podría pagarlas —afirmó Clare, sin recordar que acababa de recibir el primer sueldo.

Ella pretendía ahorrar todo el dinero para cuando sus servicios no fuesen requeridos en aquella casa.

—Yo pagaré, por supuesto —dijo él.

—No, gracias —dijo Clare tratando de no parecer descortés.

Se levantó y comenzó a recoger los platos.

Esperaba que todos hubiesen olvidado e! tema cuando volvió con el postre. Así le pareció porque, cuando regresó, Fenwick Marchand estaba interrogando a su hijo sobre las capitales de Europa.

Tras la cena, Miles se fue a su habitación y Clare sirvió el café en la mesa pequeña junto al sofá.

—Sólo has traído una taza —señaló Fen—. Siéntate y yo te traeré otra.

Clare lo miró asombrada. No esperaba que su presencia en la cena incluyese también el café posterior.

—Yo…

Buscó una excusa, pero él ya estaba de camino hacia la cocina.

Volvió con la otra taza. Clare aún permanecía de pie. Él la invitó a sentarse en un cómodo sillón y vertió el café en las tazas.

—¿Leche? —preguntó él.

—Sí, gracias.

—¿Azúcar?

—No… gracias —murmuró Clare.

Fen le tendió su café y entonces ella se sentó al borde del sillón. Se preguntaba cómo escapar de allí. Todo aquello le parecía demasiado igualitario como para gustarle.

—En cuanto a las clases de conducir —empezó él mientras tomaba asiento en el sofá frente a ella.

—No puedo permitírmelas, de verdad.

—Lo comprendo —concedió—. Pero, ¿tampoco vas a aceptar que yo las pague?

—No. Gracias.

—Entonces la solución está clara —concluyó en tono seco.

Clare frunció el ceño. Tal vez estaría claro para él, pero no para ella.

—Yo necesito un ama de llaves que sepa conducir —continuó en el mismo tono frío que dejó helada a Clare.

¡Entonces fue obvio! Ella le había dado una buena excusa para despedirla. Adiós, señorita Anderson. Aquel había sido un día muy largo. La oferta de un contrato permanente por la mañana, el despido por la tarde.

Los pensamientos no le permitieron escuchar las palabras de Fen Marchand.

—¿Perdón? —murmuró Clare.

—He dicho que yo le daré las clases.

—¿Clases? ¿De qué?

—De conducir, por supuesto.

Clare continuó mirándolo algo atontada. ¿Es que estaba hablando en serio?

—Yo enseñé a mi sobrino Gerry, el hijo de Lou —dijo a modo de credencial—. Y no creo que seas peor que él. Ese chico pensaba que era un corredor de fórmula uno.

—Yo…eh…

Clare no sabía cómo responder a su oferta. Parecía muy generosa.

—No estoy segura de que sea una buena idea —dijo finalmente.

—¿Porque cree que terminaremos tirándonos los trastos a la cabeza?

—No… bueno… quizás sí —admitió.

—Es posible —afirmó él—. Pero al menos debemos darnos una

oportunidad.

—Yo… De acuerdo.

Clare se arrepintió nada más pronunciar esas palabras.

Se tomó el café en un segundo y luego se excusó para retirarse a la cocina.

En los días siguientes, no pudo quitarse las clases de conducir de la cabeza. Las temía, aunque no sabía exactamente por qué. ¿El mal humor de Fen? En realidad sólo le había visto perder la paciencia aquel día en la estación de tren. ¿Su arrogancia? Para ser justos, cuando ella lo había observado enseñando a Miles, le había parecido sorprendentemente paciente y tolerante. Entonces, ¿qué era lo que temía?

Lo averiguaría en la primera clase. Clase de la que él no dio aviso con demasiado tiempo. Después de dejar a Miles en la escuela de montar, regresó para anunciarle que empezaba la primera clase.

—¿Está seguro? Todavía no he empezado a hacer la comida.

Clare dio la mejor excusa que pudo encontrar.

—Olvida la comida… Te veré fuera en diez minutos.

No teniendo más remedio, Clare hizo lo que se le ordenó.

Fen Marchand ya estaba allí, dentro del Volkswagen Golf. Para alivio de Clare, ella se sentó en el asiento del pasajero.

—Hay una pista de aterrizaje abandonada al oeste de Oxford —relató él—. Supongo que será mejor que empecemos allí.

—De acuerdo.

Clare no estaba dispuesta a discutir.

Permaneció en silencio mientras él conducía hacia Oxford y trató de que no le traicionasen los nervios. Deseaba haber pagado sus propias clases.

—Ya hemos llegado —dijo cuando atravesaron unas puertas que anunciaban la escuela de aviación de Byfield Sutton.

En la distancia se veían hangares de aeropuerto, todos muy deteriorados. Debían de llevar bastante tiempo abandonados.

—¿Está seguro de que podemos pasar aquí? —preguntó Clare preocupada.

Él se encogió de hombros.

—Probablemente no. Pero no creo que nadie nos vea… Así que, puedes volver a intentarlo.

—¿Cómo?

—Inventar otra excusa —afirmó él.

Clare hizo una mueca. No le gustaba que le adivinasen la jugada, y menos con tanta facilidad.

Él sonrió para sí mismo mientras llevaba el coche hasta la pista. Había hierbas y algunas plantas sobre el pavimento, pero la superficie estaba bastante practicable.

—Bueno, vamos a cambiarnos de sitio. Yo me bajaré.

A desgana, Clare pasó por encima de la caja de cambios y se sentó frente al volante. Se convenció de que no estaba nerviosa. Tenía algo de experiencia en la conducción, pero era Fen Marchand quien la preocupaba, no las clases.

Esperaba que él la tratase como a una descerebrada, pero no fue así. Le mostró dónde estaba cada pedal dando precisos consejos e instrucciones. No se mostró paternalista en ningún momento, lo que le hizo advertir a Clare que no conocía verdaderamente a Fen Marchand.

—¿Lo has entendido? —preguntó él por fin.

Ella sintió.

—Eso creo.

—De acuerdo, ¿lista para el despegue?

—Sí.

Clare se miró los pies para asegurarse de que los tenía en el sitio correcto. Por un instante, sufrió una crisis de confianza y se quedó en blanco. Si él hubiese expresado en ese momento impaciencia, Clare hubiese perdido los nervios probablemente. Pero no hizo ningún comentario, lo que permitió a Clare concentrarse en los mandos.

Había conducido anteriormente, pero no lo suficiente como para hacerlo de una manera natural. A pesar de ello, puso el coche en movimiento de manera suave y hasta cambió de marcha sin que él se lo pidiera. Fen le dijo que se detuviera.

—Eso ha estado muy bien para ser la primera vez.

—No demasiado. Ya había conducido antes.

—Pensé que habías dicho…

—Que no tenía el carnet, y no lo tengo. Pero he conducido un par de veces.

—Ya veo —dijo él tensando la voz.

—¡No! ¡No lo cree! Piensa que he aprendido conduciendo de modo ilegal, ¿no es así? Pero no es cierto, aunque no espero que me crea.

Él mantuvo la mirada de Clare.

—Entonces, ¿cómo aprendiste?

Él aún parecía sospechar. No la creía. Pero, ¿es que eso era tan sorprendente? Todo lo que él sabía de ella era que había sido una delincuente.

—Tenía un amigo —se decidió a contar—, que vivía en una finca… con sus propias carreteras interiores. Él me dejó conducir su coche un par de veces.

A Clare no le gustaba hablar de Johnny en aquel período de su vida.

—¿Qué tipo de coche?

Clare se mostró algo irritada. ¿Qué más daba qué tipo de coche era?

—No lo sé.

No pensaba admitir que había conducido un Morgan V8, el juguete caro de un joven malcriado.

En su tiempo, a Clare le pareció algo romántico y divertido conducir con la capota bajada dejando que la brisa alborotase su cabello pelirrojo. Pero siempre lo hicieron durante la noche o al amanecer, siempre alejados de la casa, nunca cuando podrían ser sorprendidos por la familia. La verdad era que había sido un juguete fácil y barato para Johnny.

Sus pensamientos amargos se reflejaron en su rostro.

—¿Qué pasa? ¿Malos recuerdos?

A Clare le pareció que hablaba en un tono compasivo y ella no deseaba eso. Lo miró con desprecio.

—Métase en su asuntos, profesor —dijo él mismo mientras sonreía—. Es que tienes una cara muy expresiva cuando no ejerces tanto control sobre ella, eso es todo.

—¡Cállese! —dijo Clare antes de poder evitarlo.

Entonces fue él el sorprendido, pero enseguida rió ante la insolencia.

—¿No me digas que somos iguales? —sugirió él—. Supongo que sí.

El sonrió ante la idea y Clare no pudo evitar sonreír también.

Pero su sonrisa se desvaneció enseguida y el corazón se olvidó de latir unos segundos. Fue entonces cuando se dio cuenta de lo que temía. No las clases. No el conducir. No el genio del profesor. Ni su furia. Sino esa repentina e innegable consciencia de él como hombre.

Un hombre guapo. Un hombre que muchas mujeres

considerarían muy atractivo.

Era humillante descubrir que ella no era una excepción.

—¿Tal vez deberíamos irnos a casa ahora? —preguntó Clare, enfadada consigo misma y con él.

—¿Te refieres a volver a la casa?

Clare se odió por ese desliz de la lengua.

Woodside Hall no era su casa. Era sólo un lugar. El lugar que ella limpiaba.

—¿Crees que estás preparada para conducir por la carretera principal? Eso no era lo que ella había querido decir. Y él lo sabía de sobra.

—Quizás será mejor dar unas vueltas por el aeropuerto antes, ¿no? —continuó con ironía.

Clare no tenía opción. Puso el coche en marcha, pero esa vez de forma brusca.

—Lo siento —dio automáticamente.

—No te preocupes. Relájate —dijo él en un tono más amable del que ella se merecía—. Practica unas cuantas arrancadas y luego conduce un poco.

Él se recostó en el asiento y la dejó hacer sin darle apenas instrucciones. En alguna ocasión, Clare tuvo problemas, pero gracias a la actitud tranquila de Fen Marchand supo salir airosa del caso.

Tenía que admitirlo. Era un profesor magnífico. Ella lo suponía arrogante y sin embargo le inspiraba mucha confianza.

Cuando ella se hizo con el mecanismo de la conducción, él sugirió que practicase mirar a los espejos como si estuviesen en una carretera transitada.

—Estupendo. ¿Te parece que lo dejemos por hoy? Lo has hecho muy bien.

—Gracias.

Clare se sintió halagada, a pesar de todo.

Para su alivio, volvieron a cambiarse de asiento. Clare no se sentía preparada para conducir por la carretera aún.

Ella supuso que se dirigirían hacia la casa, hasta que se dio cuenta de que estaban conduciendo en dirección a Oxford.

—¿Vamos a recoger a Miles? —preguntó Clare.

—Después. Primero he pensado que podríamos comer en un pub… No tenemos tiempo de volver a Woodside.

—Ah.

Clare no podía objetar nada.

Él se desvió de la carretera principal y condujo a través de carreteras comarcales más estrechas hasta que llegaron a un lugar público llamado Bargee's Rest. Estaba muy bien situado junto al canal de Oxford.

Pasaron al restaurante que se encontraba al fondo. Se trataba de una especie de invernadero de cristal con vistas al canal. Era un lugar precioso para comer en un soleado día de agosto.

Clare hubiera deseado ir mejor vestida, pero cuando el camarero los acompañó hasta la mesa, puso observar que los comensales vestían de modo bastante informal.

La gente, al parecer de vacaciones, reía y parecían distraídos en sus mesas. Pero, a pesar del ambiente relajado, Clare no se sentía especialmente cómoda.

Intentó recordar la última vez que había salido a comer con un hombre y se dio cuenta de que nunca lo había hecho. Johnny no la había llevado a ninguna parte durante el día. Y después de Johnny, sólo hubo Peter y mucho trabajo.

Y allí estaba ella, a los veintiséis años, en su primera cita, comiendo con el hombre más atractivo del restaurante. Aunque a aquello no se le podía llamar exactamente una cita, porque Clare estaba allí sólo porque él no podía dejarla en la puerta mientras comía.

Capítulo 5

Al principio Clare se refugió tras la carta del menú y pidió una ensalada cuando el camarero regresó.

—La comida es muy sencilla —dijo Fen quizás tratando de entablar conversación—. Pero está muy buena.

—Supongo que mi cocina le resultará mucho más sencilla todavía.

Clare sabía que no era una maestra en los fogones.

Él hizo un gesto negativo.

—Habiendo probado la estricta dieta de un internado, cualquier otra cosa me parece incluso exótica… Y, créeme, hacía mucho tiempo que no comía tan bien como en este mes pasado.

—Gracias —Clare sonrió incapaz de resistirse a tan entusiasta cumplido, aunque sólo fuera sobre su comida—. ¿Lo pasó bien en el internado?

Ella suponía que diría que sí, pero él soltó una sonora carcajada.

—¡No, Dios mío! Sólo un masoquista disfrutaría en los colegios donde yo estudié.

—¿Por qué? ¿Qué tenían de malo?

La curiosidad de Clare iba en aumento.

—¡Todo! En fin, el centro donde estudié preparatorio se basaba en el principio de «quien bien te quiere te hará llorar». Mi padre pagaba increíbles mensualidades a un centro donde todos vestían como si acabasen de salir de una novela de Charles Dickens, y donde la estupidez y la extorsión eran materias obligatorias.

—¿Gente con sombreros de copa y cuellos rígidos?

—Algo así. Espero que no utilices esta información en contra mía, ¿de acuerdo?

—Lo intentaré —contestó irónica.

Clare se quedó una vez más en silencio. Pensaba qué haría conmoverse a Fen Marchand. La mayor parte de los hombres que acudían a ese tipo de escuelas solían jactarse de ello. Clare creía recordar que el sistema de escuelas privadas había dado la mayoría de los ministros del país.

—¿Es allí donde va a ir Miles?

Ella sabía que era tradición que los hijos estudiasen en el mismo centro que los padres.

—¡Antes muerto! Ni siquiera el comportamiento horrible de Miles se merece tal destino. Y, aunque te parezca extraño, Miles lleva un tiempo bastante mejor… Desde que llegaste, de hecho.

Clare lo miró sin saber si la estaba acusando o felicitando.

—Yo no sé hacer milagros.

—¿No? —la conversación se tornó seria de pronto—. Desde que llegaste, se ha comportado al menos civilizadamente y está mucho más entusiasmado con las cosas.

—Bueno, no creo que eso tenga nada que ver conmigo.

—No te entiendo. Es como si no quisieras que la gente pensara bien de ti.

Él la estudió desde el otro lado de la mesa. Clare se sintió como un raro espécimen difícil de clasificar.

—Simplemente no quiero que la gente cuente conmigo —replicó.

—¿Es eso una especie de advertencia?

Clare se limitó a encogerse de hombros. Podía entenderlo como quisiera.

Fen Marchand estuvo a punto de empezar una discusión, pero lo pensó mejor y se dedicó a charlar de otros temas menos comprometedores.

Era sorprendente la facilidad de conversación entre ellos siempre que dejaban de lado las cuestiones personales. Hablaron de lo divertido que sería un viaje de vacaciones por los canales, sin televisión, y terminaron debatiendo la influencia de ésta en la violencia de la sociedad. Charlaron de las libertades civiles y de política y, aunque el último tema era la especialidad de Fen, no se mostró arrogante ni aburrido en el tratamiento de la cuestión.

—¿Ha pensado alguna vez en meterse en política? —preguntó Clare asombrada por sus dotes de oratoria.

—Pensaba que me dedicaba a ello —bromeó—. ¿O te refieres a partidos políticos, elecciones al parlamento y todo eso?

Clare asintió.

—Sí. ¿Por qué no? Estoy segura de que tiene el suficiente…

—¿Ego? —sugirió él con una sonrisa.

—Carisma.

—Bueno, gracias, pero me temo que me faltan otras credenciales… como ambición, o el suficiente interés público, por no mencionar mi carencia de convicciones políticas —confesó.

—No lo entiendo. Seguro que debe tener convicciones. La

política es su especialidad.

—Y por eso exactamente debo permanecer neutral. No creo que deba tratar de influir sobre las opiniones de mentes jóvenes e influenciables.

—Pero tendrá sus opiniones.

—Posiblemente, pero ninguna tan fuerte que desee compartirla con nadie.

Clare no estaba segura de si estaba bromeando o no. Para ser un hombre formal, con una respetable posición, profesor de una de las más importantes universidades del país, parecía tomarse poco en serio a sí mismo. Clare tuvo que admitir que era una cualidad que le gustó.

Tras la política, se dedicaron a observar a la gente y tratar de averiguar sus profesiones.

—Profesor —sugirió Clare para un hombre de unos cuarenta años que trataba de organizar a sus cuatro hijos.

—Demasiados hijos. Los profesores no suelen tener tantos, si es que pueden evitarlo. Yo me inclinaría a pensar que es médico de familia. Ellos sienten cierta compulsión a procrear.

—¿Y el hombre del otro barco? —le retó ante semejantes poderes de adivinación.

—Bueno… Un corredor de bolsa, seguro.

—¿Cómo lo sabe?

—Por el teléfono móvil que le asoma del bolsillo de atrás —contestó riendo.

—¡Me está tomando el pelo! ¿Cómo puede verlo si no lleva las gafas puestas?

—¿Y? También llevo lentes de contacto.

—Ah.

Clare miró sus ojos como para verificar el hecho, pero después le hubiese gustado no haberlo hecho. Normalmente sus ojos azules le parecían muy fríos, pero aquel día le parecieron cálidos y se puso ligeramente colorada.

Él sonrió como si le hubiese leído el pensamiento.

—¡Mira! —en ese momento el hombre del barco se puso a hablar por el teléfono móvil—. Probablemente estará preguntando por la evolución de algunos valores. Es una especie de adicción. Mi sobrino Gerry es igual.

—¿El hijo de Louise?

—¿Lo conoces?

—No. La señora Carlton dijo que estaba en Nueva York.

—Durante un año —confirmó Fen—. Supongo que eso está bien. Por lo que yo recuerdo, tú serías su tipo.

—¿Su tipo?

—Delgada, de piernas largas, pelirroja.

—Y, ¿cuál es el suyo? —preguntó Clare arrepintiéndose inmediatamente de la cuestión.

—¿Mi tipo? —dijo poniéndose falsamente serio—. De joven, tenía preferencia por las chicas femeninas y dulces. Pero me casé con una y todas mis ilusiones se vinieron abajo. Hoy supongo que prefiero una mujer profesional y fuerte que no finja ser de otro modo… No estoy seguro de si tú entras dentro de ese esquema.

—Bueno, no puedo decir que ser ama de llaves me catalogue como una profesional —respondió dejando clara la posición tan distinta de ambos.

—No. ¿Qué harías si tuvieses oportunidad?

—Creo que estropeé todas las oportunidades que tuve para hacer algo de provecho.

—¿Por qué? ¿Por tener que ir a prisión?

—¡Shh!

—Nadie me ha oído —le aseguró Fen—. Y, aunque así fuera, no creo que tú seas de las que piden disculpas por su pasado.

—¡No! Pero eso no significa que quiera que se entere todo el mundo.

—Me parece justo. Dime, ¿qué harías si tuvieras la oportunidad?

—No lo sé. Estudiar, supongo.

—¿Estudiar? ¿Estudiar qué?

—Literatura inglesa del siglo dieciocho.

Clare había pasado la mayor parte de su tiempo libre leyendo esas obras.

A él debió parecerle algo pretencioso, pues soltó una sonora carcajada. Cuando observó la reacción de Clare, se quedó muy serio.

—Lo siento. Es que no esperaba eso.

Por supuesto, pensó Clare. Supondría quizás que apenas sabría leer.

—No debería haberme reído —se disculpó de nuevo.

—¿Por qué no? No era más que una broma, profesor —contestó Clare muy seria.

—¿Ah, sí?

—¿Qué otra cosa podría ser? —ella rió con desprecio para demostrarlo y se levantó—. Perdone, tengo que ir al lavabo.

—Clare —él la tomó del brazo cuando pasó delante de él y ella se detuvo—. A veces soy un estúpido insensible.

—Yo… yo…

Él la soltó y Clare se fue sin decir nada.

—Tú eres la estúpida —se dijo frente al espejo cuando observó que sus mejillas seguían encendidas de emoción.

Era culpa suya. El no hacía más que intentar una conversación. Eso era todo. ¿Por qué no iba a reírse si ella le revelaba su sueño imposible? Ella no tendría jamás la oportunidad de estudiar, y menos estudiar algo tan poco práctico.

Cuando regresó a la mesa, no quedaba ni rastro de la joven que había reído durante la comida. Rechazó su oferta de tomar café. Él se dio cuenta de que las cosas habían cambiado y pidió la cuenta, que pagó con una tarjeta de crédito. Ella permaneció en silencio mientras él firmaba.

—Gracias por la comida, profesor —dijo con marcada amabilidad.

Él movió la cabeza; no quería su gratitud. Pareció cómo si él fuese a decir algo más, con una expresión de irritación y duda en su rostro, pero ella se levantó dispuesta a marcharse. Fen hizo lo mismo y Clare caminó delante de él en dirección al coche.

Apenas intercambiaron palabra mientras iban recoger a Miles. Clare sentía una mezcla de emociones. Por una parte deseaba que la comida no hubiese acabado nunca. Durante un rato se sintió como cualquier otra mujer disfrutando de la compañía de un hombre inteligente y atractivo. Por un rato se olvidó de su pasado y de sus respectivas posiciones sociales y de su determinación de no involucrarse. Pero sólo había sido eso, un rato, un breve interludio de la realidad.

Tenía que mantener la distancia. Esa frase se la repitió a sí misma miles de veces durante los días siguientes. Pero era imposible. El problema era el mismo Fen Marchand. Cuando ella se olvidaba a propósito de poner un plato más en la mesa, él se limitaba, sin decir nada, a levantarse y a colocarlo él mismo. Y, durante la comida, a pesar de que ella trataba de permanecer ausente, él insistía en incluirla en sus conversaciones con Miles.

Las clases de conducir también continuaron. Tras obtener la licencia provisional, él la dejó conducir por la carretera pública.

Salían casi todos los días, con Miles sentado en la parte de atrás. Era difícil negarse a esas clases. Él le estaba haciendo un favor y ella deseaba aprender. También era un buen profesor, así que, ¿por qué negarse?

¿Es que era tan terrible que estuviese empezando a disfrutar el trabajo con los Marchand? ¿Que estuviese empezando a sentirse un poco feliz después de tantos años de infelicidad? Si le estaba empezando a gustar tanto el padre como el hijo, tampoco era tan importante. Ella ya no era una adolescente. Ni una descerebrada. No iba a perder la cabeza por un hombre que apenas era capaz de recordar su apellido y que a veces la miraba como si no supiese quién era en absoluto.

Ella tenía a veces el mismo problema con él. Fen Marchand tenía muchos rostros distintos. Cuando se mostraba divertido y locuaz no podía imaginarlo como profesor de ciencias políticas. Pero había libros en la biblioteca que probaban ese hecho. Ella les había echado una ojeada un día que él salió. Tras leer algo de uno de ellos, Clare determinó que el profesor Marchand era un hombre muy culto, aunque no sintiese la necesidad de impresionar a los demás. Por tanto, no debía de ser tan arrogante como Clare pensaba.

Ni tampoco un esnob. Era simplemente que varias generaciones con dinero habían alejado a su familia de la vida cotidiana. Cuando Clare le dijo que necesitaba ir al supermercado para llenar la despensa, él pareció algo asombrado.

—He ido a comprar al pueblo —explicó Clare—. Y para la carne y la verdura está bien, pero los demás productos están demasiado caros y no hay mucha variedad.

—Ah. Bueno, por supuesto. Te llevaré mañana… Habrá uno o dos supermercados en Oxford, supongo.

Clare pensó si estaría bromeando. Llevaba viviendo a las afueras de Oxford casi toda la vida. ¿Es que nunca había ido a un supermercado?

Parecía que no.

—Llamaré a Lou. Supongo que ella sabrá dónde hay uno… ¿Te parece bien después de comer?

—Sí, bien.

Estaba claro que no había estado en ninguno. Cuando la llevó al día siguiente, tuvieron que localizar el supermercado con la ayuda de las explicaciones de su hermana. Clare suponía que él se

limitaría a esperarla en el coche o que volvería a recogerla más tarde. Pero no. Cerró el Jaguar y Miles y él la siguieron hasta la tienda. Clare no pudo evitar sonreír cuando él agarró el carro como si se tratase de un marido dispuesto y la siguió unos pasos más atrás.

Ella había preparado una lista y hubiese terminado enseguida de haber estado sola, pero Miles pasó mucho tiempo eligiendo los dulces y buscando revistas de ordenador. Su padre no era más rápido. Descubrió un departamento de vinos y licores y pasó media hora estudiando las etiquetas antes de seleccionar algunas para su bodega. Clare decidió buscar sus cosas mientras ellos se dedicaban a lo suyo.

Se encontraron en las cajas. Con el vino de Fen, el mejor y más caro de todo el supermercado, la cuenta fue astronómica. Pero él ni siquiera parpadeó.

Después, tomaron un café en un restaurante. Fen guardó la cola mientras Miles y ella buscaban sitio. Miles enseguida se dedicó a mirar una de sus revistas. Ni siquiera levantó la vista cuando su padre regresó con la coca cola. Fen miró a Clare.

—Mi hijo es un adicto a los ordenadores.

—Hay peores maneras de pasar el tiempo —dijo Clare en defensa del chico.

—¿De verdad? —preguntó él escéptico—. ¿No crees que hemos criado una generación de monstruos?

Él obviamente sí lo pensaba.

—¡Lo ves! —dijo Miles a Clare—. Te lo dije.

—¿Te dijo qué? —preguntó Fen dirigiéndose a ella.

Ella miró a Miles disgustada por ponerla en esa situación. Pero el chico decidió marcharse al lavabo en ese mismo momento. Fen la miraba esperando una respuesta.

—Bueno, nada. Sólo que Miles me dijo que nunca le compraría un ordenador porque piensa que son el instrumento que mata la civilización.

Él sonrió ante semejante expresión, pero no lo negó.

—Parece que tú no estás de acuerdo.

—Me parece una postura un poco extrema.

—Probablemente —asintió él para sorpresa de Clare—. Pero la relación de Miles con su ordenador era también extrema.

—¿En qué sentido? —preguntó Clare con curiosidad.

—Miles vivió en Los Ángeles durante unos nueve meses. Su

madre lo instaló a él, a una criada y al ordenador en un piso. Luego, desapareció de su vida. El ordenador se convirtió en casi su única compañía.

—Dios mío, debió de sentirse muy solo.

—Solo y otras muchas cosas. Al principio apenas me hablaba. Tuve que separarlo del ordenador y el chico sufrió prácticamente un síndrome de abstinencia…. Le llevó meses recuperarse. De hecho, parece que ha avanzado un poco desde que llegaste.

Fen la miró con gratitud.

Clare se sintió bien. Pero su lado perverso le hacía ver que eran las reacciones de Miles las que conseguían que ese hombre la aceptase. Probablemente, en el fondo, él aún desconfiaba.

—Así que —continuó Fen—, no es que me oponga a los ordenadores. Son prácticos y no van a desaparecer. Miles tiene una aptitud innata para trabajar con ellos. Pero no quiero que alimente su obsesión.

—Siempre podría limitarle el tiempo. Podría ponerlo en el salón por ejemplo, en lugar de su dormitorio, y fijar períodos de utilización.

—Supongo.

Pareció que estaba considerando la cuestión, pero cuando Miles apareció, Fen no dijo nada.

Fue más tarde, durante la cena, cuando él volvió a sacar el tema. Miles se iba ya a su habitación cuando su padre lo llamó.

—Es tu cumpleaños la semana que viene —dijo Fen—. ¿Debo suponer que un ordenador es todavía lo que más deseas?

Miles asintió, pero no demostró alegría. No esperaba que fuese a comprárselo.

—Bueno, tu amiga Clare… me ha convencido. Siempre que, por supuesto, no interfiera en tus estudios, que no estés con él más de una hora al día, y que no utilices esos juegos tan violentos.

—No lo haré. Lo prometo —dijo el chico sonriendo de oreja a oreja—. Gracias, papá.

Pero fue a Clare a quien le propinó un impulsivo y breve beso en la mejilla.

—Gracias, Clare. Eres estupenda.

Clare se asombró del gesto, pero enseguida sonrió al chico agradecida.

Se dispuso a recoger los platos algo azorada por la situación. Se dirigió a la cocina con Fen Marchand detrás portando algunos

platos. Ella lo ignoró, pero sintió su mirada sobre ella mientras preparaba el café. Preparó una bandeja para una sola persona.

—Tómate uno conmigo —propuso él.

—No, gracias. Ha sido un día muy largo y estoy cansada.

—De acuerdo. Me serviré yo mismo —murmuró enojado.

Agarró la bandeja y se dirigió hacia el salón.

Clare pensó que había gente que no se conformaba con nada. No podía creer que le preocupase estar en su compañía o no. Más tarde, ya en el ático, Clare pensó lo similares que eran sus solitarias vidas.

Desde que ella había llegado, Fen no había recibido ni una visita, ni invitados a cenar, ni novias. Ella suponía que esa, quizás, había sido su elección y se preguntaba si su desastroso matrimonio lo había transformado en un solitario.

Pero fue distinto la noche siguiente. Fen le pidió que cenara con Miles mientras él salía.

—¿Dónde ha ido? —preguntó el chico mientras cenaban en la cocina.

—No lo sé.

—¿No le preguntaste?

—No —replicó.

A veces Miles olvidaba que ella no era más que una sirviente en la casa, no un miembro de la familia.

—¡No! —exclamó Miles—. Te apuesto algo a que es ella otra vez.

—¿Ella?

—La profesora Millar. Su novia. Es catedrática de historia. ¡Super aburrida!

—¡Miles!

—Bueno, es que lo es —insistió—. Espera a que la conozcas.

Clare no estaba segura de querer conocer a la novia de Fen Marchand. Y tampoco quiso saber por qué sentía ese vacío en el estómago.

Tenía que dejar de ser tan estúpida. Debería haber pensado que alguien tan atractivo físicamente como Fen Marchand tendría una novia. ¿Por qué tenía que importarle a ella?

—Estoy segura de que es muy amable.

—¿Has visto *101 Dálmatas!* Pues ella consigue que Cruella de Ville parezca Mary Poppins.

—¡Miles!

Clare asumió que el chico estaba celoso porque esa mujer

tuviese parte de la atención de su padre.

Pero estaba claro que Fen Marchand podía verse con quien le pareciera bien. No era de su incumbencia.

—¡Claro! Para ti es fácil porque ella no va a ser tu madrastra… Ojalá se hubiese quedado en América.

¿América? Eso explicaba las cosas, pensó Clare. Explicaba por qué nadie la había mencionado. Ella habría estado allí por un tiempo. Bueno, no era su problema.

Pero Clare siguió haciendo cabalas y esperando que el profesor volviera. Sólo que él no lo hizo, y ella se durmió viendo las horas pasar en el reloj.

Se despertó a medianoche con el sonido de un coche. Supuso que era Fen que volvía, pero el coche salía de la casa. Saltó de la cama y miró por la ventana a tiempo sólo para ver unas luces que se alejaban.

No podía ser Fen. Él se había llevado su propio coche y no estaba aparcado fuera. ¿Quién más podía ser?

Ladrones. La idea surgió de repente, pero la rechazó de inmediato.

Desde luego, sólo le faltaría eso. La única noche que él salía fuera y robaban la casa. No era difícil saber quién sería la principal sospechosa.

Decidió meterse en la cama. Si robaban la plata de la familia, o las primeras ediciones de libros, o lo que fuera, ¿quería ser ella la primera en descubrir el asunto? Se imaginó llamando a la policía, que dudaría de ella y la arrestarían. No, gracias.

Lo más inteligente era volver a la cama. Pero Clare no era precisamente avispada en los momentos precisos; la obligación la empujaba a hacer otra cosa.

Se puso la gabardina encima del pijama a modo de bata y bajó las escaleras del ático. Antes de seguir, comprobó que Miles estuviese bien y lo encontró durmiendo plácidamente. Bajó la escalera principal y se dirigió hacia la puerta de entrada. Las luces estaban encendidas, y así era como las había dejado ella. No había signos de que hubiesen forzado la puerta. Además, los cerrojos estaban echados. Alguien había entrado en la casa.

Se quedó helada cuando oyó una voz a su espalda.

—¿Vas a alguna parte?

No necesitaba volverse para reconocer al dueño de esa voz. Pero lo hizo de todos modos porque no tenía elección.

Encontró a Fenwick Marchand de pie junto a la puerta del salón y con una copa en la mano.

La miró y se fijó en el pijama rosa que le asomaba bajo la gabardina.

—¿No deberías haberte vestido primero? —preguntó en tono sarcástico—. ¿O es que ese es el modelo apropiado para tu cita?

—¿Mi cita? —repitió Clare.

—Un encuentro. Una visita —explicó antes de soltar una carcajada.

Clare lo miró pasmada. No lo había visto nunca en ese estado.

—¿Cree que iba a encontrarme con alguien?

—Bueno, no creo que vayas a hacer jogging vestida de ese modo —respondió él.

—Yo… No es lo que parece.

—¿De verdad? Sorpréndeme, entonces.

Clare sabía que eso era una invitación para contarle la verdad, pero el argumento de que temía que hubiesen entrado ladrones le pareció demasiado absurdo en ese momento. Debería pensar otra cosa qué decir para justificar qué hacía a esas horas por la casa.

Marchand se quedó en silencio esperando, antes de desaparecer dentro del salón.

Clare estaba desconcertada. No sabía qué hacer. Lo siguió al salón. Fen estaba de pie frente al bar sirviéndose otra copa.

Debió de sentir su presencia puesto que preguntó sin volverse:

—¿Quieres una?

Fen Marchand señaló una botella de whisky casi vacía. Aquella misma mañana, cuando Clare hizo la limpieza, estaba casi llena.

—No, gracias.

—Ah, claro. Se me olvidaba que no bebes. Y que no fumas. ¿Qué haces entonces?

—Nada.

—¿Nada? —dijo dirigiendo su mirada al pijama que sobresalía de la gabardina—. Bueno, no es que sea un modelo muy seductor, pero supongo que a él no le importará.

—Y, ¿se puede saber quién imagina que es ese «él»? —respondió Clare irritada—. ¿El lechero? ¿El cartero? ¿O el de la basura? Porque son los únicos hombres con los que me he cruzado en el último mes.

—¿Ah, sí? Imagino que en tu, digamos colorido pasado, habrás tenido uno o dos amantes.

Clare se puso roja de ira. Estaba claro que él la veía como a una mujerzuela. Quizás a todos los hombres les ocurriría lo mismo, sólo por el hecho de que había estado en prisión. La mirada de Marchand era el modo en que ella imaginaba que los hombres miraban a las prostitutas.

Los ojos verdes de Clare demostraron su desprecio hacia él.

—Entonces, dime, ¿cuántos,? ¿Cinco? ¿Diez? ¿Veinte? ¿O no los recuerdas a todos?

—¿Por qué…?

Clare levantó la mano y él la detuvo justo antes de producirse el contacto.

—No, no. Con una vez tuve bastante —dijo manteniéndola agarrada por la muñeca.

Entonces él la atrajo hacia su cuerpo. Tan cerca estaba que Clare podía aspirar el olor a whisky y el aroma de su crema de afeitado. Ninguno de los olores era desagradable, pero Clare seguía intentando zafarse de él.

—¿Tanto te repelo?

Clare no respondió. Le pareció de pronto peligroso.

—¡Deja de temblar! —gritó Fen Marchand—. No voy a violarte. Tal vez haga mucho tiempo que no tengo a una mujer, pero no estoy tan desesperado.

No podía estar tan desesperado como para desearla a ella, pensó Clare. El insulto le dolió y deseó devolverlo.

—Su novia debe pensar lo mismo de usted.

—¿Novia?

—La mujer con la que ha salido esta noche. ¿Es que no le apetecía pasar para tomar café?

Clare suponía que ella era la que había conducido hasta la casa, debido probablemente al estado de embriaguez de Fen.

—Espera un momento. Tú crees que he salido con una mujer y que me ha rechazado, ¿no es así?

—Escuche, no intente volcar su frustración conmigo.

—¿Crees que no puedo conseguir que una mujer me desee? Ya lo veremos.

Clare trató de liberarse, pero no pudo.

Supo lo que él pretendía y ella se giró justo a tiempo. Luchó, pero él la tenía bien amarrada. Una mano la agarró del pelo e hizo que ella levantara la cabeza.

Si Clare hubiese tenido más experiencia habría sabido como

manejar esa situación. Pero no hubo nadie antes de Johnny. Ni tampoco después de él. Y ellos siempre hicieron el amor dulce, suavemente.

Pero aquello no era hacer el amor. Era sólo sexo. Sólo dolor y humillación.

La boca de Fen Marchand encontró la suya. Clare gimió cuando consiguió introducir su lengua dentro de su boca. Gritó un poco más fuerte y trató una vez más de volver la cara hacia otro lado. Pero él la agarraba fuertemente, la besaba, le hacía daño, la asustaba, hasta que las lágrimas comenzaron a rodar por el rostro de Clare.

De pronto todo terminó. Su boca libre. Fen relajó los brazos. Ella lo miró con una mezcla de acusación y miedo. Y él la miró a ella, con la cara ensombrecida, llena de furia. Estaba claro que él no había obtenido ningún placer con ese beso.

—Parece que tienes razón. Yo sé herir a la gente más que amarla. Quizás siempre haya sido así.

—Yo…

Clare oyó aquellos ecos de su doloroso pasado y el miedo la abandonó.

Ella levantó la mirada y vio la verdad en los ojos de Fen. Clare pensaba que él era duro e insensible. Y quizás así era. Pero los dos habían recorrido un mismo camino. Los dos habían amado una vez y ninguno volvería a enamorarse de nuevo.

—Lo siento.

Las palabras escaparon de la garganta de Clare sin apenas darse cuenta.

—¡No me tengas lástima! —exclamó él.

Y se hubiera marchado de allí de no haber sido porque Clare lo detuvo.

Ella pensaba que toda la compasión y toda su fortaleza había muerto con Peter. Pero su otrora dulce espíritu estaba en aquel momento con ella de nuevo.

Él miró esos dedos largos y blancos que lo agarraban del brazo. Debería haberlos rechazado, pero la mirada de Clare reflejaba dolor. Él lo advirtió y la tomó de la mano.

El contacto la impresionó un poco. Ella había actuado siguiendo un impulso, sin pensar cómo podía responder él. Cuando sus miradas se encontraron, el corazón de Clare se detuvo un instante. Él llevó la mano de Clare hasta sus mejillas. La piel de Fen era cálida y seca, y áspera también. Algo se removió dentro de Clare.

El movió la cabeza ligeramente hasta alcanzar con los labios la palma de la mano de Clare. Aquello era más íntimo, más fuerte que cualquier beso enfurecido. Despacio, fue dibujando su mano con los labios, probó su piel, y ella sintió la fuerza traicionera del deseo.

Clare cerró los ojos y pensó que debía negarse. Antes de darse cuenta, Fen puso la mano de Clare sobre sus hombros. Ella respiraba entrecortadamente y sintió que perdía la razón cuando él la besó en la sien. La agarró dulcemente de la cintura. Ella podría haberse negado, haber luchado contra ese lento e insidioso deseo que afloraba en ella. Pero, aunque su mente gritaba que no debía ocurrir aquello, sus sentidos no respondían.

Cuando él condujo sus labios hasta las mejillas de Clare, ella seguía paralizada. Cuando la boca de Fen buscó la suya, hizo un pequeño gesto de protesta.

—No, no…

Pero era demasiado débil, un leve susurro que se perdió entre los labios de él. Él lo ignoró y Clare le abrió los labios y sintió la necesidad de dar rienda suelta a la pasión.

Olvidó quién era él. Olvidó quién era ella. Olvidó todo mientras recordaba cómo era el amor. Mientras recordaba la dulce sensación de una boca cubriendo la suya, la calidez de un cuerpo tan cercano, la urgencia de las manos masculinas que la cercaban cada vez más.

Hacía tanto tiempo desde que la habían abrazado por última vez que no opuso resistencia. Él la besó suavemente al principio, y ella tembló de placer. La besó después con más urgencia, le traicionaba la necesidad, y ella respondió con una pasión que los envolvió a ambos.

Se besaron hasta perder el sentido. Tanto que Clare tuvo que colgarse de los hombros de Fen para no perder también el equilibrio. Ni siquiera se dio cuenta cuando él la transportó entre sus brazos hasta el sofá. Él siguió besándola, haciéndola sentir, necesitar, olvidar. No advirtió las manos que le quitaban la gabardina, pero sí las que desabrochaban la parte de arriba de su pijama.

Entonces ella abrió los ojos y ambos se miraron y recordaron lo que habían olvidado. Él era Fenwick Marchand, su jefe. Ella Clare Anderson, la sirvienta.

Pero a él pareció no importarle. Introdujo la cabeza en el pecho de Clare y, antes de que ella pudiera evitarlo, metió uno de sus pezones en su boca. Aquello envió un escalofrío de deseo a Clare

que casi le hizo olvidar todo. Despacio, Fen fue dibujando el pezón con la lengua, luego lo besó con fuerza. Ella sintió la agonía en todo su cuerpo, con espasmos de placer, y quiso sentir la dureza del sexo de ese hombre contra el suyo. Pero se obligó a regresar a la realidad, a verse como él la vería probablemente. Como una joven sin moral, sin importancia. Y el orgullo se impuso a la flaqueza.

—¡No!

La voz le salió sin darse cuenta. Clara, cortante. Puso las manos en los hombros de él para detenerlo.

Pero no hubiera hecho falta. Él la oyó y entendió. Con rostro frustrado, se levantó sin decir una palabra. Pero aceptó el derecho de Clare a cambiar de opinión.

Respiraba entrecortadamente. Y ella también. Él la observó mientras se colocaba la ropa y se levantaba.

—Lo siento —se disculpó ella una vez más.

—No lo lamentes. Era sólo sexo.

—Sólo sexo.

Clare repitió casi mentalmente esas palabras y sintió una oleada de humillación. Él tenía razón, por supuesto. Sólo sexo. Pero eso la dejaba aún más en evidencia.

—Es una de las pequeñas ironías de la vida —continuó él mientras agarraba el vaso de whisky—. Ni siquiera nos conocemos y, a veces, incluso parece que nos odiamos. Pero eso no me detiene para desearte, para desear llevarte a mi cama, desear…

Calló y su mirada dijo el resto. Y, una vez más. Clare se sintió invadida de una primitiva atracción hacia ese hombre. Él tenía razón. Ella podría irse a la cama con él en ese momento, dejar que él le diera placer, dárselo a él, sentirse viva después de tanto tiempo. Y quizás, precisamente por la falta de amor, no se harían daño.

—Yo… —balbuceó Clare mientras daba unos pasos hacia atrás.

Él rió a carcajadas.

—Vamos, vete, corre. No pienso seguirte. Supongo que estoy demasiado borracho.

Clare dudó mientras luchaba contra un inexplicable sentimiento de culpa. Era como si ella le estuviese volviendo la espalda a un hombre dolido. Tal vez así era.

Clare permaneció de pie mirando hasta que él le dio la espalda, claramente apartándola de su mente. Se sirvió otra copa más.

Entonces, ella huyó escaleras arriba, deseando que jamás

hubiese decidido bajar. Que jamás hubiese advertido su flaqueza, ni haber visto la de él. No quería sentir nada. No quería salir de la fría y vacía prisión en la que su corazón yacía. Se había impuesto una vida sin amor y no deseaba el indulto.

Capítulo 6

—Lamento lo de anoche —dijo Fenwick Marchand cuando apareció a media mañana en la cocina. Clare se giró sorprendida. Había temido la hora del desayuno, pero sólo Miles apareció y, tras el almuerzo, se marchó a jugar al jardín.

Clare no respondió a Fen Marchand. No deseaba hablar sobre la noche anterior y esperaba que él fingiese que nada había ocurrido.

—Bebí demasiado en la cena de la facultad —admitió apesadumbrado.

Clare lo comprendió todo enseguida. Sobrio, jamás se hubiese acercado a ella.

—No volverá a ocurrir —continuó.

—No.

Clare asintió y se obligó a mirarlo a los ojos. Quería que él entendiese que ella no era una mujer de quita y pon.

Él captó el mensaje.

—No me das mucho crédito, ¿verdad?

¿Qué esperaba? ¿Que se sintiese agradecida por sus disculpas?

—Olvídelo —dijo ella—. Yo ya lo he hecho.

Él arqueó las cejas.

—No pensé que fuese tan odioso.

Había una ligera nota de humor en su tono de voz, pero cayó en saco roto. Clare deseaba que la formalidad fuese la norma de comportamiento entre ellos.

—Bueno… quiero que entiendas que lo de anoche fue… podríamos decir… un error. No tengo intención de que hagamos el papel del señor Rochester y Jane.

Esa vez fue el turno de Clare de arquear las cejas.

¿Pensaba que era tan estúpida como para confundir el sexo con un romance?

Desde luego que debía pensar que era idiota porque Marchand sintió la necesidad de añadir:

—*Jane Eyre*. Es un libro…

—Escrito por Charlotte Bronte —le cortó Clare antes de que terminase de creer que era una competa estúpida—. Lo he leído… Yo sé leer, ¿sabe?

—Por supuesto. No pretendía hacerme el listo.

Él volvió a sorprenderla con sus disculpas.

Ella lo miró con sospecha. No sabía por qué se mostraba tan razonable. Ante la mirada insistente de ese hombre, Clare buscó refugio en la actividad. Se dedicó a llenar la cafetera mientras le daba la espalda.

—¿Qué desea para desayunar?

—Café solo, muy cargado —dijo con cierta ironía en la voz—. Lo tomaré en mi estudio.

—Desde luego.

Se alegró cuando escuchó que se marchaba. Pero se detuvo en el pasillo.

—Cuando veas a Miles, por favor, dile que venga a verme.

Clare soltó el aire que había estado reteniendo en sus pulmones desde que se había levantado aquella mañana. Temía el primer encuentro; esperaba que, sobrio, la trataría con desprecio. No había imaginado una disculpa, especialmente sin haberla pedido, pero era un alivio. El incidente tenía que olvidarse, debía cerrarse el asunto para que las cosas volvieran a su estado habitual.

En cierta medida así ocurrió. Intentaron comportarse animadamente en el cumpleaños de Miles, cuando por fin obtuvo su ansiado ordenador. Las clases de conducir terminaron, o al menos las que el profesor le daba. En lugar de eso, recibía las clases de un instructor profesional que Marchand pagaba porque, según él, necesitaba un ama de llaves capaz de conducir.

Ella aceptó las clases, ya que no tenía otra opción. Pero tuvo que reconocer que el condescendiente instructor le hizo apreciar mucho más a su antiguo profesor.

Ella supuso que también cesarían las cenas en familia, pero Fen Marchand siguió insistiendo en ello. Con Miles como aliado, las veladas transcurrieron de un modo entretenido.

Pero Clare sentía una especie de corriente especial entre ellos. Podía ser una palabra, una mirada o un gesto lo que le hacía recordar cómo se sintió entre sus brazos, dentro de su boca, cerca de su cuerpo. Ni la autodisciplina era capaz de controlar esos pensamientos, esos sentimientos. Y ella conocía la solución mejor para arreglarlo: debía irse de allí.

El problema era que no quería hacerlo. La vida en Woodside Hall era tranquila y agradable. Aunque había cierta ambivalencia en su relación con Fen Marchand, él la trataba con respeto. Y,

además, estaba Miles. Se había convertido poco a poco en un chico brillante y abierto y, aunque Clare decidió no involucrarse, sus sentimientos hacia él habían crecido hasta el cariño verdadero. El chico pasaba con ella muchas horas al día.

No sabía si a su padre eso le importaba. Él nunca había dicho nada. Tal vez, al principio, le preocupaban las cosas ella podría enseñar al niño, pero Clare pensaba que ya había ganado algo de confianza en ese terreno.

Clare mantenía escrupulosamente su promesa de no influir en el chico. Ella escuchaba sus quejas, pero jamás daba una opinión. Lo más que recomendaba a Miles era que se acercase a su padre.

El proyecto del internado estaba cada vez más cerca.

—No pienso ir —decía Miles—. Y él no puede obligarme.

—Sí que puede, Miles. ¿Por qué no le cuentas las razones por las que no quieres ir? Es por no poder regresar cada día a casa, ¿verdad?

—No me importa irme de casa. Es que no quiero estar todo el día con unos estúpidos niños ingleses.

—¿Qué tal te llevas con otros chicos?

—Bien. Puedo hacer amigos si quiero. Pero no me molesto.

—Preferirías ir a un colegio normal —concluyó Clare por él.

—Sí —admitió.

—Entonces, díselo a tu padre.

—Ah, ¿sí? ¿Tú crees que eso cambiaría las cosas?

—No lo sé. Pero merece la pena intentarlo, ¿no? Asegúrate de que se lo dices en un buen tono.

Miles consideró sus palabras un momento, después se encogió de hombros. Pero, cuando se levantó de la mesa, el chico murmuró algo.

—Gracias —pareció escuchar Clare.

Y luego desapareció.

Clare había olvidado la charla cuando sirvió el desayuno la mañana siguiente.

—Padre.

La voz de Miles rompió de pronto el silencio y los dos adultos lo miraron con sorpresa.

Era la primera vez que Clare le escuchaba utilizar esa palabra. Parecía un modo algo formal de llamar a su padre para un chico de su edad.

—Padre —repitió cuando su padre lo miró y se olvidó por fin del periódico—. He estado pensando en lo del colegio. Creo que no estoy preparado para ir a un internado, especialmente porque mi educación ha sido un poco… caótica estos últimos años.

Su padre seguía mirándolo por encima de las gafas.

Clare observó que el chico trataba de parecer razonable. Desde luego, había seguido su consejo y preparado el discurso. Esperaba que Fen lo escuchase hasta el final.

—Sigue —lo invitó Fen con mucha calma.

—He pensado… que sería mejor si fuese simplemente a un colegio durante el día.

—¿De verdad? ¿Has pensado en alguno en particular?

Miles negó con la cabeza.

—Iría al que tú quisieras. No tendrás que preocuparte por mí. Podría ir y volver en bicicleta. Y puedo quedarme solo en casa si no hay nadie. Y juro que no notarás siquiera mi presencia.

Sus ojos suplicaban a su padre de tal modo que Clare se emocionó. Sabía que el chico odiaba la idea de un internado; pero hasta ese momento no supo hasta qué punto.

¿Lo entendería Fen? Clare lo miró, pero su expresión era inescrutable.

—Lo siento, Miles, pero no es tan fácil. A veces tengo que trabajar hasta muy tarde, y tú no puedes quedarte solo en la casa. Es incluso ilegal que un chico de tu edad permanezca solo.

—Está Clare —dijo Miles desesperado—. Ella estará aquí. Ella cuidará de mí.

—Sí, bueno… —Fen miró a Clare y supo que ella lo deseaba así —. Es que Clare está aquí para limpiar, no para cuidar niños. Y, con su trabajo de mañana y noche, no creo que podamos pedirle que cuide de ti por las tardes también.

—No necesitaré que me cuide. Todo lo que tiene que hacer es dejarme en casa y yo puedo quedarme en mi habitación.

—Pero eso implicaría que tendría que quedarse aquí todas las tardes —señaló Fen.

—Pero eso no importa. Ella nunca sale, ¿verdad, Clare?

—Bueno, no —concedió ella.

—Entonces podrías pagarle un poco más y así no le importará —razonó Miles—. Y yo no la molestaré, así que podrá descansar. Y tampoco te molestaré a ti cuando estés en casa… Y te ahorrarás una fortuna en facturas de colegio.

Desde luego Miles tenía madera de negociante.

Clare esperó la reacción de su padre. Dudaba si los argumentos del chico le habrían convencido. El dinero no era algo que le preocupase demasiado.

—Por favor —añadió Miles con una voz que hubiese derretido el corazón más frío.

Y también pareció conmover a Fen, aunque su respuesta no fue la esperada por el chico.

—¡Lo ves! —gritó el chico dirigiéndose a Clare.

Se levantó airado de la silla y desapareció de la cocina antes de que ninguno de los adultos se diera cuenta.

Quizás Fen Marchand estaba acostumbrado a las repentinas salidas de Miles, porque ni siquiera reaccionó. Sólo miró a Clare algo desconcertado.

—¿Lo ves? ¿Ver qué exactamente?

—Yo… Mire, esto no tiene nada que ver conmigo —dijo mientras se levantaba para recoger los platos.

—¡Siéntate!

Clare obedeció ante esa inesperada orden.

Pero el orgullo le hizo murmurar:

—Usted sabe que no soy un perro.

—No. Ni yo soy un monstruo. Pero definitivamente mi hijo y tú parece que pensáis de forma diferente… Así que quiero oírlo. ¿De quién es la idea del colegio?

—De Miles, por supuesto. Yo simplemente le dije que debería hablarlo con usted.

Él arqueó las cejas incrédulo.

—¡Eso es todo lo que le he dicho! —insistió Clare—. Él me dijo que no quería ir a un internado y yo le sugerí que le diese a usted sus razones.

—Bueno, es la primera vez que Miles sigue los consejos de alguien —concedió él—. Parece que tienes mucha influencia sobre mi hijo.

Mala influencia, asumió Clare.

—Simplemente, lo escucho —dijo a modo de hiriente crítica.

—¿Y yo no? —contestó Marchand—. Tal vez tengas razón, pero él no me lo pone fácil… ¿De verdad se va a oponer al internado?

Clare asintió sin decir palabra.

—Escucha —dijo él—, si tú sabes cómo se siente, dímelo.

Ella dudó un momento antes de hablar.

—De acuerdo. Está asustado.

—¿Asustado? ¿Asustado de qué? —dijo levantando la voz furioso.

Clare se dio cuenta de que había cometido un error y decidió acabar con la conversación.

—No lo sé… Tengo que fregar.

Se levantó una vez más y empezó a recoger la mesa. Él también se levantó y llevó los platos a la cocina. Rompió una taza, pero pareció no importarle en absoluto.

—De eso nada. No puedes decir una frase como ésa y luego retirarte a tu papel de sirviente modelo. Si lo que quieres es inmunidad, la tienes.

—¿Inmunidad?

—De ser despedida.

Clare se quedó mirándolo. Parecía duro e implacable, pero ella sabía por experiencia que también tenía su carácter.

—¿De qué está Miles asustado?

Él había preguntado y ella respondería.

—¿De ser un inadaptado? —sugirió Clare.

—¿Un inadaptado? —su rostro se tornó aún más rígido—. Sigue.

Clare sintió que debía hacerlo. Ya había llegado más lejos de lo que el sentido común indicaba.

—Miles no sabe quién es, ni quién quiere ser. Durante los primeros siete años de su vida vivió aquí con usted y probablemente se esperaba que se comportase como un pequeño adulto. Después, se fue a vivir con su abuelo, que le dio todos los caprichos, excepto su compañía. Luego, su madre lo tuvo y le dejó hacer lo que le diese la gana con tal de que la dejara en paz. Y ahora está de nuevo aquí, y se pretende que vuelva a ser un modelo de educado niño inglés… Pero él no lo es. Está demasiado liado. Y él no espera poder adaptarse a un precioso internado de niños de clase alta. El lo sabe de antemano, aunque usted no tenga ni idea.

Hasta ese momento, Clare no se dio cuenta de la furia que sentía por el modo en que habían tratado a Miles. Pero estaba convencida de sus palabras.

Observó la cara de Fen y esperó su reacción enojada. Clare había venido a decirle que había fracasado como padre.

Él no pareció afectado, luego cerró los ojos. Era la mínima expresión de emoción en un rostro que jamás demostraba nada. Pero Clare lo observó y deseó haberse guardado sus opiniones para

sí misma.

—Lo siento. No debería haber dicho…

—No lo lamentes. Yo te pedí la verdad y tú me la has dado. Si no me gusta, ese es problema mío.

Clare no podía evitar admirar la capacidad de justicia y fortaleza de ese hombre.

—Entonces, piensas que un colegio sólo durante el día sería mejor para Miles —continuó él.

Por su tono de voz parecía que verdaderamente quería la opinión de Clare.

—Sí, mucho mejor. Y aun así tendrá problemas para hacer amigos. Pero, de esa manera, podrá regresar a casa para hablar con su padre.

Él asintió.

—Es lo que yo había pensado en un principio. Incluso había elegido ya un centro. Pero cuando no podía conseguir que una mujer se quedase en la casa más de una semana, se me ocurrió que un internado sería la mejor opción. Tal vez pueda conseguirle aún una plaza —obviamente estaba pensando en voz alta y Clare permaneció en silencio—. De todas formas, todo esto depende mucho de ti, de si estás dispuesta a estar con él cuando salga de clase.

—Yo… Bueno, si quiere que lo haga…

Fen malinterpretó sus dudas.

—No te preocupes, no debería habértelo pedido. Ya tienes bastante con la casa. Tendré que pensar en alguna alternativa.

—No, escuche, no es eso. Me gustaría estar con él. Es que me ha sorprendido, eso es todo…. Quiero decir, siempre que quiera que yo lo haga…

—¿Por qué no? Parece que te entiendes con Miles mejor que mucha otra gente, incluido yo —admitió.

—Es que había pensado… que con mis antecedentes…

—¿Que yo no confiaría en ti? Te he confiado mi casa durante casi dos meses. Supongo que, si hubieses decidido robar la plata de la familia, ya lo habrías hecho a estas horas.

—Gracias.

—Además, mi hermana tiene tanta fe en ti que me garantiza reemplazar cualquier cosa que tú decidieras llevarte.

Clare se puso colorada. Durante un momento, había pensado que él la estaba tratando como a una igual. Pero entonces se dio cuenta

de que ella era un riesgo calculado contra el cual él estaba asegurado.

—Por supuesto mi hermana cree que eres inocente —añadió escéptico.

Clare lo ignoró. Al menos Louise la creía.

—¿Lo eres? —preguntó de nuevo Fenwick.

Algo empujó a Clare a no decir la verdad.

—No, la verdad es que no.

Él pareció sorprendido con la respuesta y soltó una carcajada.

—Bueno, al menos eres sincera. Supongo que tú le dijiste a Lou lo que ella quería escuchar.

—Louise y yo nunca hemos hablado de mi condena.

—Ya veo. Típico de Louise. Ella imagina que eres inocente porque le gustas y te considera incapaz de hacer nada malo.

—¿Es eso tan terrible? —Clare sentía la necesidad de defender a Louise Carlton.

—No, simplemente, poco realista. Personalmente creo que la mayoría de nosotros somos capaces de hacer cualquier cosa, en unas determinadas circunstancias.

Él tenía razón. Clare lo sabía por su propia experiencia. Pero, si eso era una invitación para confesar, ella no la aceptó. Levantó la cara, muy digna, dispuesta a no confesarle sus secretos.

—No voy a robarle.

Suponía que eso era lo único que él necesitaba saber.

—Me parece bien… Entonces, volvamos al asunto principal: Miles. ¿Querrás hacer de tutora cuando vuelva a casa del colegio hasta que yo regrese?

¿Hacer de tutora? Miles no desearía una tutora. Necesitaba a alguien que le diese una limonada y un pastel y le escuchase contar lo que había dado de sí su día. Clare no estaba segura de que fuese ella la persona, pero en ese momento, nadie más podía hacerlo.

—Sí.

—Bien. Te pagaré un extra, por supuesto. Tendré que averiguar la tarifa correcta.

Clare se encogió de hombros. No iba a discutir por eso. Miles ya pasaba la mayor parte del tiempo con Clare. Si, entonces, iban a pagarle por ello, mejor.

—Preferiría que no le dijeses nada de esto a Miles hasta que me haya asegurado de conseguirle una plaza en el colegio.

—¿Resultará difícil? Las clases empiezan dentro de dos semanas.

—No lo sé. Conozco a uno de los administradores. Trabaja en el departamento de historia de mi facultad. Fue ella la que me recomendó ese centro. La llamaré ahora —relató dirigiéndose hacia la puerta—. Tengo que darte las gracias por el consejo.

—Esperaremos a ver si resulta positivo. Con Miles, es difícil saber qué es lo mejor —declaró con franqueza.

—Desde luego —dijo Fen antes de abandonar la habitación.

Durante unos días no volvieron a mencionar el asunto, hasta que una mañana en el desayuno él habló.

—Tengo esta tarde una entrevista con el posible jefe de estudios de Miles. Me pregunto si podrás quedarte con él durante un par de horas.

—Sí, por supuesto —asintió ella sin dudarlo.

Había empezado a pensar si él habría reconsiderado la cuestión de dejarla a cargo de Miles. Le agradó que no fuera así. Durante tres años, había sido tratada como una delincuente y se sentía bien cuando alguien confiaba de nuevo en ella.

—Aunque hay un problema —añadió Fen Marchand—. Le prometí ir a montar con él hoy.

—Sí, me lo dijo ayer.

El chico estaba deseando que llegase el día.

—Supongo que se mostrará algo… resentido… por perdérselo.

—¿Por qué no lo llevo yo? —sugirió Clare.

—¿Tú? ¿Te refieres a llevarlo a montar?

Ella asintió, pero no entendió por qué él se sorprendía tanto.

—Bueno, es muy amable por tu parte, Clare… pero no creo que sea posible. No hay que dejarlo simplemente en los establos. Hay que supervisarlo.

—Yo puedo hacerlo.

—Quiero decir, que hay que ir a caballo junto a él —dijo lentamente, como si estuviese hablando a un intelecto inferior.

—Yo sé montar —le recordó secamente—. De no ser así, no me habría ofrecido.

—Sí, por supuesto. Lo había olvidado. ¿Dónde aprendiste?

—Bueno, no fue a cuenta de Su Majestad —dijo sabiendo que él imaginaba la prisión como una especie de campamento de verano —. Yo recogía los establos cuando tenía la edad de Miles. Luego, más tarde, ejercitaba a los caballos.

—Entonces debes de ser una amazona muy competente.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, puedo controlar un caballo, al menos.

—De acuerdo, si lo llevas, te estaré muy agradecido. Los establos están al otro lado de Oxford, así que necesitarás tomar un taxi.

—Eso costaría una fortuna. Estoy segura de que debe haber un autobús…

—Olvídalo. Vas a necesitar toda tu paciencia con Miles en los establos. Yo que tú no la malgastaría en el transporte público.

—De acuerdo.

Tal vez Miles se comportaría indisciplinadamente si no le gustaba que su padre fuese sustituido por Clare.

De hecho, Miles se quejó ya en el taxi.

—Supongo que no tenía ganas de venir.

—No es eso, Miles —dijo Clare—. Dijo que tenía que hacer unas gestiones.

—Sí, claro. ¿Eso es lo que te dijo? Bueno, ¿viste el coche rojo con el que casi nos chocamos cuando salíamos de casa?

Clare asintió. Recordaba vagamente el coche, aunque no se había fijado en el conductor.

—Bueno, pues era la Profesora Millar —anunció con aire dramático.

—¿Y? ¿Quién es ella?

Miles hizo una mueca con la cara.

—La mujer de la que te hablé.

—Ah.

Clare lo recordó entonces, la novia. Supuso que era ella la que intentaría encontrar hueco para Miles en el colegio.

—Seguro que las gestiones tienen que ver con ella —afirmó Clare.

—¿Gestiones? —dijo el chico con cinismo—. Tendré que decirte algunas cosas de la querida Rosalind. Porque, te aseguro, que te echará de casa si consigue casarse con mi padre.

—Ah.

—No me lo estoy inventando —añadió Miles incapaz de interpretar el silencio de Clare—. No ha venido últimamente porque ha pasado el verano haciendo unas investigaciones en Harvard, en América. ¡Así es como pasa ella las vacaciones! Te aviso que no te gustará. A nadie le gusta.

—¡Miles! —le reprobó Clare—. ¿No crees que estás exagerando un poco? A tu padre se supone que le gusta, para empezar.

—Bueno, a tía Lou no. Se lo he oído decir. Es que habla como si

fuese una enciclopedia hablante. Super aburrida.

—Miles…

—Espera a conocerla. Espera a que empiece a decirte lo que tienes que hacer. A ver cuánto tiempo duras en casa.

Clare mantuvo la expresión inalterable, escondiendo la consternación real que sentía. No se había puesto a pensar cómo una esposa de Fen podría afectar en su trabajo. Odiaba la idea.

Tenía que admitir que, como jefe, Fen era ideal. Jamás cuestionaba sus comidas, nunca criticaba su modo de limpiar. Ella le presentaba las cuentas semanales y él las aceptaba sin más comentarios. Rara vez la hacía sentir como una sirviente, aunque ella era capaz de vivir sabiendo que lo era.

Pero las cosas cambiarían ante una nueva dirección. La señora de la casa querría que las cosas se hiciesen a su modo. Clare recibiría muchas más órdenes y no estaba segura de que su orgullo le permitiese aceptarlas.

Cuando era niña, Clare observaba, sin poder hacer nada, el modo en que los Holstead trataban a su madre. Delante de los invitados lady Abbotsford decía que Mary Anderson era un tesoro; pero en las cocinas privadas, le hablaba como si se tratase de una esclava. Su madre consentía aquello porque tenía una hija que mantener, pero Clare no tenía esa limitación. El sentido común le dictaría mantener el trabajo, pero ¿lo conseguiría a pesar de su temperamento?

Miles se dio cuenta de que había preocupado a Clare y trató de animarla.

—No pasa nada. No te echará porque ella no sabe cocinar. Y no creo que se ponga a limpiar. Así que papá te seguirá necesitando.

Clare sonrió al chico. Ella no podía engañarse a sí misma. Su padre necesitaba alguien para limpiar y cocinar. Pero no la necesitaba a ella como persona. Clare comprendió la diferencia.

—Yo no le dejaré que te despida —añadió Miles.

Clare se conmovió ante su demostración de lealtad y forzó otra sonrisa.

—No vamos a malgastar el tiempo pensando lo que ocurrirá… Vamos a concentrarnos en el día de hoy. ¿Cómo crees que serán nuestros caballos?

—Mansos —declaró Miles—. Siempre están en los establos.

—Puede ser—asintió Clare—. Pero será divertido de todas formas. Hace años que no monto.

—Bueno, no te preocupes, yo te enseñaré a hacerlo —se ofreció Miles generosamente.

—Bien.

Clare escondió una sonrisa. Dudaba que fuese a necesitar la ayuda del chico.

Los Holstead siempre habían criado caballos de carreras, y habían dado algunos campeones. De joven, Clare limpiaba los establos pensando siempre en que alguna vez le dejasen montar. Los caballos habían sido su pasión mucho antes de que Johnny Holstead se fijase en ella.

Sus pensamientos se dirigieron involuntariamente hacia Johnny. Él era entonces un joven moreno de ojos oscuros, muy guapo. Luego recordó la última vez que lo vio. La última vez que alguien lo vio. Seguía siendo atractivo, aunque la vida que llevaba estaba empezando a pasarle factura.

Llevaba mucho tiempo sin amarlo cuando todo ocurrió. En aquel momento, ni siquiera le gustaba… Pero ella no lo mató.

Capítulo 7

—¿Dime, Miles? El chico llamaba la atención de Clare tirándole de la manga de la camisa.

—Es aquí —dijo el chico.

Habían salido de la carretera principal y se encontraban atravesando un camino rodeado de bosque. Después de unos tres kilómetros, pudieron divisar una casa muy grande con establos.

Era media mañana y el sol brillaba en lo alto augurando un día despejado. El hombre que estaba a cargo de aquello les preguntó sobre su experiencia montando. Al ver que ninguno de los dos era novato, les proporcionó dos caballos bastante aceptables.

Aquel lugar estaba situado en medio de un parque nacional, por lo que los caminos estaban perfectamente señalizados entre el bosque.

Les permitieron montar sin supervisor. Clare había olvidado lo que disfrutaba montando a caballo; parecía que habían pasado siglos desde que esa actividad se convirtiera en una obsesión para ella.

Cabalgaron durante unas dos horas antes de regresar sudorosos a comer a la cafetería del centro.

Fue allí donde Fen los encontró. Clare no le había dicho al chico que su padre tal vez los visitaría, por si ocurría algún imprevisto.

—¡Papá! Has venido. Es estupendo. Ahora puedes venir con nosotros.

—¿Así? ¿Con esta ropa?

—Bueno, supongo que estarás un poco ridículo, pero no nos importará, ¿verdad, Clare?

—No, claro que no —dijo ella muy seria.

—Bueno, muchas gracias a los dos —respondió Fen sonriente.

—¡Bien! ¿Puedo ir a ver si tienen un caballo grande para ti?

—No, creo que será mejor que lo haga yo —aseguró su padre—. No quiero verme montando a un pony.

Clare no podía imaginarlo sobre un caballo sin que resultara ridículo, pero estaba equivocada. Le dieron un hermoso caballo negro con cara de pocos amigos. Con las mangas recogidas hasta los codos, el casco de montar puesto y la espalda muy recta, Fen tenía un aspecto magnífico allí encima.

Su caballo en cambio no parecía pensar lo mismo y, en cuanto partieron hacia el camino, comenzó un baile de protesta. Miles se divertía con ello, pero Clare lo miraba un poco preocupada. A Fen le costó un gran esfuerzo demostrar al animal quién era el jefe.

—No te preocupes —le dijo a Clare—. Tal vez no sea el jinete del año, pero seré capaz de mantenerme sobre él sin problemas.

—Lo está haciendo muy bien —dijo Clare.

—Mentirosa —dijo él soltando una carcajada—. Hace años que no monto, y eso se nota.

Clare se preguntó cuándo había montado antes, si de joven o ya mayor. Tal vez fue su mujer la que le incitó a practicar esa actividad.

—Mi padre tenía caballos de caza —respondió Fen leyéndole el pensamiento—. Él insistió en que aprendiese a montar, pero yo nunca le encontré sentido a correr tras un indefenso animal varios kilómetros para que otro grupo de animales pudiera matarlo.

—¡Muy bien! —dijo Clare.

Él inclinó la cabeza y murmuró divertido:

—Bueno, me alegro de que por fin apruebe algo de lo que hago, señorita Anderson.

Clare sintió que se sonrojaba y cambió de tema inmediatamente.

—Miles es un gran jinete.

—Sí —asintió él—. He pensado comprarle un caballo propio. Tal vez ahora que va a permanecer en casa lo haga.

—¿Le ha encontrado plaza?

Él asintió.

—Claro. Pero antes el director se aseguró de que yo apreciaba el honor que me estaba haciendo por dejar que mi hijo estudiara en Arnold. El hecho de que yo pague por ese privilegio supongo que le parece irrelevante.

—¿Le ayudó la profesora Millar? —Clare hizo la pregunta poco antes de arrepentirse.

—Sí, la señora Millar habló a mi favor. Supongo que Miles te ha hablado de ella.

—La mencionó vagamente.

—Me lo imagino —dijo él con voz seca.

Clare se preguntó qué lugar ocuparía esa mujer en su vida. Estaba claro que él no pensaba hablar de ella, porque enseguida sugirió que se acercasen hasta Miles.

El bosque se convirtió en un claro, pero Clare aún seguía

preocupada por Fen. Ella cabalgaba delante, pero miraba hacia atrás constantemente. No necesitaba haberse preocupado, porque él resultó ser bastante competente.

—¿Me darás el aprobado? —preguntó Fen mientras caminaban por un sendero algo dificultoso.

—Después de un poco de práctica —le dijo ella algo azorada al saberse descubierta.

Él soltó una carcajada.

—Montar no ha sido nunca uno de mis talentos. Tú lo haces muy bien, sin embargo.

—Gracias —contestó Clare sonriente.

—¿Montabas en competiciones?

—No. Nunca tuve mi propio caballo.

—Ah, sí. Trabajabas en los establos. ¿A quién pertenecían?

—Eh… No lo recuerdo —mintió Clare.

—¿O no quieres recordarlo?

—Tal vez —admitió ella—. Hace mucho tiempo de eso.

—Comprendo —dijo él y siguieron hablando de otros temas.

Clare se lo agradeció. Quizás él tenía derecho a conocer su pasado. Ella era la que cuidaba de su hijo al fin y al cabo. Pero Fen pareció aceptar su privacidad. ¿O significaba eso que no le interesaba lo más mínimo?

No sería de extrañar. No tenía sentido interesarse hasta ese punto por sus amas de llaves. Ella era sólo una de tantas.

Clare intentó ponerse en su sitio y reconocer cuál era su lugar, pero Fen se lo ponía difícil. Cabalgaban juntos, con Miles siempre delante, y Fen se dirigía a ella como a una compañera, como a una amiga.

Relajado, Fen Marchand era un hombre diferente del que ella conoció en un principio. La hacía reír y sentirse bien. Estaba empezando a gustarle ese hombre, a gustarle mucho.

Cuando regresaron a los establos, él desmontó primero y la ayudó a bajarse. Sus manos firmes en su cintura, fuertes, rodeando su delgada figura.

—Se te ha pegado el sol —dijo él, mirándola a la cara.

—Yo…

Clare supo que sus mejillas se encendieron y se preguntó si él lo habría notado.

Se alejó unos pasos de él y se inclinó hacia adelante mientras se frotaba la espalda.

Él advirtió el gesto.

—¿Duele?

—Bastante —confirmó.

Todos sus huesos protestaban por el día transcurrido sobre la silla de montar.

—Tendrás que darte un buen baño cuando llegues a casa —dijo él mirando directamente a los ojos de Clare.

Los ojos de Fen Marchand eran de un azul diferente. Ya no eran fríos cuando la miraban a ella.

—Miles lo necesita para desmontar —le dijo a Fen para desviar su atención.

Él sonrió y se acercó hasta el chico.

Clare se quedó pensando si Fenwick Marchand, profesor de historia política de la universidad de Oxford, había estado flirteando con ella. Pero enseguida desechó la idea.

Cuando fueron al coche, Fen le dijo a Miles que dejase a Clare ocupar el asiento delantero.

—Vale —contestó el chico a desgana.

—No, es igual —dijo ella dirigiéndose a la parte de atrás—. Estaré más cómoda aquí detrás.

Fen arqueó las cejas, pero no discutió el asunto. Con su hijo en el asiento de al lado, aprovechó la oportunidad para hablarle de su nuevo colegio.

Miles no disimuló su alegría y se volvió hacia Clare.

—Gracias —le dijo.

—Yo no he hecho nada —contestó ella—. Fue idea de tu padre.

—Gracias, papá.

—Yo tampoco hice mucho. Si tienes que agradecérselo a alguien es a la profesora Millar. Ella utilizó su influencia para conseguirte una plaza en Arnold.

—Ah.

—Así que espero que te muestres agradecido cuando venga a cenar a casa esta noche.

—¿Va a venir a cenar?

Miles no fingió que le agradaba la idea.

También aquellas eran noticias nuevas para Clare.

—Lo siento —dijo Fen mirando a Clare por el espejo retrovisor —. Debería habértelo dicho antes. Si es un problema, saldremos a cenar fuera.

—No, puedo arreglármelas.

Clare pensó que una buena ama de llaves debía ser capaz de improvisar una cena. Y se guardó sus opiniones para sí misma.

Pero, más tarde, mientras preparaba la cena, se descubrió imaginando cómo sería Rosalind Millar. Distinta de su esposa, supuso Clare. Por la descripción de Miles y por los hechos que conocía, la pasión por su mujer se debió a la atracción de los contrarios. Atracción que había terminado en un desastre anunciado.

Bien, pues ese no sería el problema con Rosalind Millar, pensó Clare cuando conoció a la principal candidata a convertirse en la segunda señora Marchand. Elegantísima con un traje verde de lino, tenía estilo sin resultar recargada. Su pelo negro estaba recogido en un moño perfecto que encuadraba un rostro de pómulos prominentes indudablemente atractivo. Llevaba las piezas justas de joyería para darle un toque femenino y la cantidad justa de maquillaje para cenar en familia. Parecía ser una competente mujer de unos treinta y pocos años, con una carrera que llenaba su vida y, bajo cualquier punto de vista, la mujer ideal para Fen Marchand.

A Clare no le gustó desde que la vio.

Quizás era ese aire de autosuficiencia, o quizás Miles había sembrado las semillas del prejuicio. No estaba segura, pero sus temores quedaron confirmados desde el primer momento en que abrió la boca.

—Tú debes de ser Clare —dijo la mujer mientras ella servía el primer plato—. Vaya. Salmón ahumado, ¿escocés o noruego? Escocés, supongo, por el color.

—Noruego —mintió Clare a propósito.

—¿De verdad? Bueno, hay gente que dice que es igual de bueno. ¿Lo has probado con puntas de espárragos? Está delicioso.

Clare supuso que esa mujer no se dirigía a ella y siguió sirviendo. El pescado no era de la nacionalidad adecuada, el apio no era la verdura ideal.

—¿No vas a probarlo, Miles? —preguntó Rosalind Millar amablemente.

—No me gusta —murmuró el chico.

Envió a Clare una mirada cómplice mientras ella le servía su plato favorito, melón con gambas.

—Tal vez te gustaría si lo probases —sugirió la mujer.

—O tal vez lo vomitaría.

—Miles —su padre lo reprendió con la mirada, pero enseguida pareció ponerse de su lado—. Me temo que Miles ha estado comiendo siempre lo que le ha apetecido.

—Por supuesto, pobre chico.

Rosalind Millar devolvió una mirada de lástima al muchacho por los años que había pasado con su madre y su abuelo.

Clare se preguntó mientras salía del salón si Miles aguantaría toda la cena allí sentado sin explotar.

Debió ser el alivio que sintió por no tener que acudir a un internado lo que le mantuvo sin moverse del asiento. Cuando Clare regresó, Miles se había sumido en un inescrutable silencio mientras Rosalind Millar hablaba de Harvard, donde había pasado parte de sus vacaciones.

Clare no pudo evitar escuchar al tiempo que servía la carne. Tuvo que admitir que la mujer tenía una conversación interesante. Hablaba de las diferencias entre las universidades británicas y las americanas. Fenwick escuchaba atentamente. Era evidente que consideraba a Rosalind una mujer inteligente. La verdad era que sí lo era.

Pero también era una maestra de estar en todo, como demostró cuando advirtió el segundo plato.

—Vaya, ternera *bourguignon,* huele deliciosa. La carne roja es casi fruta prohibida en estos días. Con tanta propaganda para comer sano yo llevo mucho tiempo comiendo sólo pollo y pescado. Pero supongo que una comida no va a bloquear mis arterias —concluyó Rosalind sonriendo a Clare.

Clare no le devolvió la sonrisa. Fenwick le había sugerido esa cena para la noche y ella llevaba dos horas como una esclava en la cocina. No tenía necesidad de escuchar si aquel plato iba a contribuir a que tuvieran un ataque al corazón.

—Tengo que admitir —dijo Fenwick, probablemente captando la mirada de Clare —que yo no tengo que preocuparme por eso. Clare es una cocinera muy buena y nos proporciona una dieta bastante equilibrada.

—Sí, claro. Yo me temo que no sé mucho de cocina. ¿Dónde aprendiste a cocinar, Clare? ¿En la escuela?

—No —contestó secamente sin dar más explicaciones.

Lo que sabía lo había aprendido en las cocinas de los Holstead, ayudando a la cocinera, a la sirvienta y a su madre.

—Lo siento —contestó Rosalind Millar—. Debería de haberlo

imaginado. ¿Fue… dentro?

Clare sintió dolor por lo que le pareció una traición de Fen Marchand. Pero, ¿cómo no iba a haber hablado a su novia de su pasado?

—Me refiero… a la cárcel —insistió Rosalind Millar.

—No, yo no cocinaba en la cárcel —contestó Clare—. Trabajaba en la biblioteca.

—¿De verdad? Qué interesante. ¿Ordenabas los libros o simplemente los distribuías?

—Hacía de todo. A veces, también recomendábamos lecturas.

—Ya. Supongo que la mayoría pedirían novelas románticas.

—Sí —asintió Clare algo airada—. No veo nada de malo en ello. Tal vez no sean muy buenas, pero entretienen a la gente.

—Ya. La verdad es que es una pena que esa gente no pueda utilizar su tiempo para algo más productivo. Para estudiar, por ejemplo. ¿No te ofrecieron ningún curso de formación profesional?

—Me gradué en inglés, historia y psicología —admitió Clare.

Fenwick Marchand la miró asombrado desde el otro lado de la mesa. Era obvio que había pensado que Clare era una completa iletrada y así se lo habría hecho saber a su novia.

—Estoy impresionada —mintió Rosalind Millar—. ¿Aprobaste?

—Sí —dijo secamente mientras se dirigía a Fenwick Marchand —. ¿Es todo, señor?

—Sí, Clare. Eso es todo —dijo Fen reprobando su tono de voz.

Cuando caminaba hacia la puerta, oyó reír a Rosalind Millar y decir:

—Parece divertido, ¿verdad? ¿Tú crees que se ha graduado como ella dice?

No esperó a escuchar la respuesta. Sin duda él tampoco lo creería. Pero, ¿es que importaba eso? Él estaba hecho para Rosalind Millar y ella para él, y a Clare no le afectaba el asunto.

Pero la afectaría poco después, cuando Clare sirvió el café en la sala de estar y encontró sola a Rosalind Millar.

—Déjalo por aquí —dijo la mujer—. Fen está buscando unos papeles en su estudio, así que quizás tú y yo podríamos charlar brevemente.

—¿Sobre qué?

—Bueno, corrígeme si me equivoco… pero siento cierta hostilidad en tu actitud hacia mí.

La mujer esperaba que la contradijese. Pero Clare permaneció en

silencio.

—Y sólo quiero que sepas que, en caso de que mi relación con Fenwick se convirtiese en algo de naturaleza permanente, tu trabajo no peligraría en ningún momento. Aunque yo tuviera tiempo para dedicarme al arte culinario, desde luego no tengo ninguna inclinación por ponerlo en práctica… ¿Me comprendes?

—Creo que sí. Quiere decir que si se casa con el señor Marchand no va a echarme porque usted no puede molestarse en hacer la comida.

—Yo… —Rosalind se quedó sin argumentos ante la claridad de Clare—. ¡Bueno, sí! Yo no sé…

—No, ¡no lo sabe! —dijo rudamente Clare.

Fue ese el momento en que Fen entró en la sala. ¿Cuánto habría oído?

La mayor parte de la conversación, supuso Clare. Ella los miró a ambos, sin pensar en disculparse. ¿Para qué?

—Te veré más tarde —murmuró Fen Marchand, lanzando a Clare una mirada reprobadora.

—Sí, señor.

Él advirtió la insolencia y se acercó hasta la otra mujer. Clare salió de la sala de estar, pero decidió dejar una rendija abierta deliberadamente.

—Fenwick —dijo Rosalind Millar—, es una chica bastante peculiar. Sólo le pregunté si se encontraba bien aquí y no se le ocurrió más que preguntarme si yo iba a casarme contigo y si la despediría.

—Sí, supongo que es algo peculiar —afirmó Fen antes de cambiar de tema—. Tengo que agradecerte otra vez que ayudases a Miles a conseguir la plaza en Thomas Arnold. ¿Dónde…?

¿Peculiar?, pensó Clare mientras se dirigía hacia la cocina. Era increíble cómo Rosalind Millar había dado la vuelta a la tortilla y lo pronto que Fenwick Marchand se había convencido. Tal vez se merecían el uno al otro, aunque a Clare no le gustase mucho la idea. Si Rosalind Millar se convirtiese en Rosalind Marchand, ¿querría ella trabajar para esa mujer?

Tal vez ni siquiera tendría la oportunidad de elegir, pensó cuando Fenwick se acercó a ella más tarde. Clare iba de camino hacia la cama cuando él la detuvo en la escalera.

—Señorita Anderson —dijo con estudiada formalidad—. Me gustaría que hablásemos.

Fenwick se dio la vuelta y se dirigió hacia la sala de estar. Ella bajó las escaleras y lo siguió en silencio. Asumió que iba a haber una charla frente a la señora Millar, pero no había ni rastro de la mujer. Debió de irse mientras Clare recogía la cocina.

Fenwick permaneció de pie junto a la chimenea y no invitó a Clare a sentarse.

—Tal vez quieras decirme lo que estabas discutiendo con la señora Millar hace un rato.

—Yo… no estábamos discutiendo nada —negó Clare—. Simplemente ella me informó de sus intenciones y yo quise confirmar que lo había entendido bien.

Recordó la forma pedante de hablar de aquella mujer.

—Creo que yo escuché tu «confirmación» —respondió secamente —. Lo que me gustaría saber es qué te llevó a mostrarte tan desagradable… ¿Es que la señora Millar sugirió que nuestro matrimonio era inminente?

—No —admitió.

—¿He sugerido yo eso?

—No —admitió de nuevo Clare.

—Ya veo, entonces tú has imaginado mis intenciones por tu cuenta. Así que habrás pensado que la señora Millar y yo estamos hechos el uno para el otro.

¿Qué pretendía que ella dijera?

—Yo… no creo que tenga importancia.

—No, no la tiene. Pero eso no impide que me des tu opinión —dijo.

Clare sabía que toda esa pantomima no era más que para ponerla a ella en su lugar y trató de aceptarlo.

—Pues sí —respondió por Fin—. Creo que están hechos el uno para el otro.

Ni su tono de voz ni sus palabras podían ser malinterpretadas. Pero Fenwick no era estúpido.

—Supongo que en esa afirmación se esconde un insulto. Me pregunto si debo molestarme en encontrarlo.

Clare no dijo nada. Ya había dicho bastante sin decir nada.

—Entonces, debo pensar que no te gusta la señora Millar.

Ella se encogió de hombros.

—¿Es que lo que yo piense es relevante?

—Podría ser —sugirió él—. Si yo fuese a casarme con ella y tuvieses que recibir sus órdenes.

Clare sintió su mirada sobre ella a la espera de su reacción. Ella tuvo cuidado de no demostrar sus sentimientos. Ni siquiera ella misma podía creer lo furiosa que se sentía sólo al pensar en el proyecto de boda con Rosalind Millar. No era sólo preocupación por su puesto de trabajo. Era rabia porque él tomase la opción más fácil, la de casarse con una mujer de ese tipo…

Bien. Que se casase con ella. ¿Por qué no? Los dos eran inteligentes, sensatos y aburridos.

—Recibiré sus órdenes —asintió Clare—. ¿La boda será una fiesta privada? Porque, de ser así, tal vez quiera el señor que yo prepare la comida.

—No, maldita sea. ¡No quiero que prepares la comida! —explotó Fen dejando atrás su fingida indiferencia.

Clare sintió miedo un instante y decidió que era momento de retirarse.

—Muy bien. Buenas noches, señor.

Lo dijo como la buena sirvienta que no era y se dispuso a salir.

Él la agarró del brazo ya en las escaleras y la hizo girar.

—¡Deja de llamarme «señor»! —casi le gritó.

—¡Déjeme ir!

Él la agarró aún más fuerte.

—No hasta que aclaremos algunas cosas. Para empezar, no va a haber ninguna boda. Ni con Rosalind ni con ninguna otra. Lo cual es en parte por ti, porque ninguna mujer soportaría a un ama de llaves hipócrita con complejo de superioridad.

—Yo… —Clare no podía contener su indignación—. Eso no es justo. Usted no sabe lo que esa estirada me dijo.

—¡Esa… estirada… resulta que es doctora en historia antigua y, como mi invitada, puede decirte lo que le dé la gana!

—¿Sólo porque soy la sirviente? ¿O quizás porque soy una ex presidiaría?

—¡Por cualquiera de las dos cosas valdría!

Fen la agarró también del otro brazo.

—¡Suélteme! —casi le gritó.

No esperó su respuesta y le propinó una patada en la espinilla.

Fue una tontería hacerlo. Él intentó librarse del golpe, pero la mantuvo agarrada con fuerza. Ella perdió el equilibrio y se cayó hacia atrás, llevándose a él con ella. Ambos resbalaron sobre un par de escalones y quedaron en una postura poco digna.

Él la atrapó con su cuerpo y Clare sintió que la invadía un

extraño calor, aunque le gritó casi al oído:

—¡Fuera!

—¡Tranquila! Tú has sido la que me has puesto encima de ti, ¿recuerdas?

Fen se sentó de inmediato en la escalera junto a Clare.

—¡No creerá que…!

—¿Que estabas tratando de seducirme? —concluyó él soltando una carcajada—. No, deberías emplear métodos más sutiles… Eso suponiendo que te importe.

—¿Qué quiere decir?

—Imagino que serás de las que esperan que tus hombres den el primer paso… ¿no?

—Yo… no tengo ningún hombre.

Clare detectó un cierto cambio en la actitud de Fen, y eso le puso nerviosa.

—Eso es difícil de creer. Estás demasiado delgada y llevas el pelo corto, pero tiene un color bonito. ¿Lo has llevado largo alguna vez?

Ella sintió automáticamente, recordando la época en que la melena le cubría la espalda. Cuando Peter murió, se lo cortó, y así lo había mantenido desde entonces.

—Y tus ojos, nunca he visto unos tan verdes. El color del jade… Te muestras enfadada, orgullosa, pero, ¿alguna vez sientes algo diferente, Clare Anderson?

Fen la tomó de nuevo del brazo.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó ella.

—No lo sé… Paseas por mi casa como una sombra silenciosa y sin embargo siempre estoy pendiente de ti.

—¿Quiere que me vaya?

—¿Tienes algún sitio donde ir?

Clare fue honesta. Negó con la cabeza.

—¿No tienes familia?

Ella volvió a negarlo sin palabras.

—Entonces, será mejor que te quedes.

—Escuche, siento lo ocurrido con la señora Millar. Me molestó que se lo hubiese contado.

—¿Contado? ¿Que estuviste en la cárcel? No fui yo. Al menos, no directamente. Se lo conté a un compañero cuando empezaste. Supongo que él se lo contó a Ros Millar.

—Ah.

Clare le creyó y se sintió un poco mejor.

—Lo siento. Debería haber sido más discreto.

Y dicho eso, se levantó de la escalera.

La ofreció la mano a Clare. Ella la tomó. La calidez de su piel contra la de Fenwick Marchand.

Él la miró fijamente. Sus ojos de intenso azul, las cejas firmes y oscuras. La boca tremendamente sensual. Ella sintió el poder de su atracción y una debilidad familiar que la invadió.

Movió la cabeza, pero no fue capaz de pronunciar una sola palabra. Él la agarró de la parte superior de los brazos. Clare observó que la cabeza de Fen se inclinaba hacia la suya y miró para otro lado. La besó en la frente; luego, despacio, buscó su boca.

—No.

Fue un susurro imperceptible.

Él lo ignoró. Y ella lo dejó hacer. La boca de Fen sobre la suya, cálida y firme, pero dulce. Ella lo deseaba. Tembló cuando él la atrajo hacia su cuerpo. Entonces la besó con más ímpetu y el deseo la hizo estremecer. Se sentía temblar mientras él atraía sus caderas hacia él. Quiso gritar, pero su boca no estaba libre. Abrió los labios y creyó perder el sentido cuando la lengua de Clare saboreó la esencia de Fen, cuando olió su aroma, cuando sintió su fuerza rodeándola.

Ella se aferró a sus hombros, resbalando sobre la seda de su camisa, y trató de encontrar la fuerza suficiente para rechazarlo. Pero había perdido la noción de la realidad, deseaba perderse entre los brazos de ese hombre, atraerlo hacia ella, saciarse de su cuerpo viril.

—Vamos arriba —musitó él con la voz cargada de excitación—. Te necesito. Nos necesitamos.

Clare negó con la cabeza. Ella no lo necesitaba. No necesitaba a nadie. Aquello no era más que un momento de debilidad.

Tuvo que emplear toda su fuerza de voluntad para verse libre, para alejarse de aquella boca que la buscaba, para gritar:

—¡No!

Él la dejó.

—¿Por qué? —preguntó Fen.

—Tú no me quieres. Sólo deseas una mujer. Y resulta que yo estoy muy a mano.

—¿Eso crees? No me tienes en alta estima, ¿verdad?

—No, me tengo en más alta estima a mí misma.

Él soltó una carcajada.

—Entonces, ¿crees que eres demasiado buena para mí?

—Esa es más o menos la idea. Manténgase fiel a Rosalind Millar.

Clare se dio la vuelta y comenzó a subir las escaleras.

—No te preocupes —dijo él—. Lo haré.

Clare no se detuvo. Cuando llegó a la habitación, no lloró. Estaba demasiado furiosa, con ella misma y con él. No lo necesitaba, pero lo había deseado. No a otro hombre. Sólo a él. No sabía por qué.

No era amor. Ella no era capaz de enamorarse. Pero admitía que sentía una atracción hacia él que no podía controlar. ¿Podría ser que bajo la apariencia dura y sus modales de academia subyaciese un hombre apasionado?

¿Sería ese el hombre con el que Diana Marchand se había casado para encontrarse después viviendo con alguien diferente?

Clare decidió dejar de pensar en todo eso. Todo daba igual. Fen Marchand no era para ella, y nunca lo sería.

Podría irse a su cama, dormir con él miles de noches… Nada cambiaría. Si alguna vez se casaba, no sería con alguien como ella.

Clare sólo tenía que recordar aquello. Sólo tenía que recordar cómo se sintió la última vez que le rompieron el corazón. Solamente eso.

Capítulo 8

Esa vez no hubo disculpa. Apareció en la cocina con Miles y tomaron el desayuno como si nada hubiera ocurrido. Él la miró y ella lo miró. Luego, todo siguió su curso normal.

Clare no se ofrecería voluntaria para marcharse. Si él no podía soportar aquello tendría que ser él quien la despidiese.

Pero no parecía que tuviera planes de hacerlo. Clare sabía que la necesitaba para llevar adelante los planes con Miles. Y ella sentía afecto por el niño como para querer dejarlo.

Miles se acercó a ella ese mismo día.

—Clare, ¿es verdad que has estado en la cárcel?

Ella asintió.

—¿Por qué?

—Por robo.

—Ah. Apuesto a que tenías una buena razón.

—Yo pensé que la tenía —confesó Clare—. Pero aquello empeoró aún más las cosas. La mejor política es la sinceridad.

—Cada vez que miento y papá lo descubre, me regaña. A él no le gustan esas cosas porque es muy duro consigo mismo.

Clare tenía constancia de que así era.

—Supongo que por eso tía Lou te recomendó para el trabajo. ¿Acababas de salir?

—Sí.

—Creo que papá no se lo tenía que haber dicho a la señora Millar. No es asunto de ella.

—Tal vez él creía que ella debía saberlo.

—Por si se casan, quieres decir.

—Claro.

Clare decidió no contarle que su padre había negado tal posibilidad. No sería el primer hombre que decía una cosa y que hacía otra distinta.

En días sucesivos, Clare comprobó que Fen estaba dispuesto a seguir su consejo. Mientras que ella había dejado de cenar con la familia, Rosalind Millar aparecía cada día en la casa, bien fuera a comer o a cenar.

En una de esas ocasiones Rosalind se pasó por la cocina. Clare acababa de darle a Miles un poco de limonada y unos pasteles.

—Ah, Miles, aquí estás… ¿Qué estás bebiendo?
—Eh… limonada.
—Bueno, pues ya puedes dejar de tomarla ahora mismo —le dijo en tono frío antes de volverse hacia Clare—. Imagino que no sabrás mucho de nutrición con tu pasado, pero te agradecería que no dieses de comer al niño porquerías.
—Es sólo un vaso de limonada —contestó Clare.
—Y una gran dosis de conservantes, colorantes y Dios sabe qué más.
Clare siempre compraba productos naturales, pero no veía la necesidad de decirle tal cosa a esa mujer.
—Ni voy a permitir que se pase el día tomando dulces —continuó Rosalind Millar—. No me extraña que sea un niño… hiperactivo.
—Miles no es hiperactivo.
—Vaya, ¿eres una experta en niños? No me lo digas. Lo has leído en una revista para mujeres… Bueno, creo que pronto buscaré la opinión de un experto psicólogo.
—Clare tiene razón —dijo Miles—. Mi madre me llevó a un psicólogo y le dijo que yo no era hiperactivo. Y cobró mucho dinero para decir eso.
Rosalind Millar dejó escapar un suspiro. Clare sonrió con cinismo y Miles hizo una mueca con la cara. Ambos aliados contra el resto del mundo.
—Me pregunto si Fenwick se ha dado cuenta de la influencia que tienes sobre su hijo. Tal vez sea hora de que alguien se lo diga —concluyó antes de salir de la cocina.
—Vaya, no me puedo creer que papá vaya en serio con ella —dijo Miles en el momento que desapareció.
—Miles —le reprobó Clare aunque ella sentía lo mismo.
Si esa mujer creía que tenía derecho de decirles a ambos, a Miles y a ella, lo que tenían que hacer, era porque su relación con Fen tendría muy pronto carácter permanente.
Pocos días más tarde, Clare corroboró esa opinión. Se levantó para preparar el desayuno y Miles apareció bastante tarde diciendo que su padre no lo había despertado. Veinte minutos más tarde, Fen Marchand seguía sin aparecer y Clare se preguntó si tal vez no habría dormido en la casa.
Sabía que había salido a cenar fuera porque le había pedido que cuidase de Miles la noche anterior. Su coche no estaba en el patio y

el garaje estaba abierto y vacío. Supuso que habría regresado en taxi, como el día que ella bajó pensando que habían entrado ladrones.

Su vida social empezaba a ser más entretenida, pensó Clare irracionalmente furiosa mientras subía a arreglar los dormitorios. Primero hizo el de Miles; luego los baños. Dejó la de Fenwick para el final y llamó despacio a la puerta antes de entrar. No obtuvo respuesta y Clare la abrió lentamente.

Allí no había nadie. Y no sólo eso, la cama estaba hecha. No sabía dónde habría dormido Fen Marchand, pero estaba claro que no había sido en su propia cama.

El estómago de Clare se contrajo involuntariamente y salió precipitadamente de la habitación. Se tropezó con alguien y dejó escapar un grito mientras unas manos masculinas la agarraban.

—Soy yo —dijo Fen Marchand.

—¡Sí! —casi le gritó.

—¿Qué estabas haciendo en mi habitación?

—Iba a limpiarla. Pero, como nadie ha dormido allí, no voy a molestarme.

—Tienes razón —asintió Fen—. No hay necesidad. Cada vez que duerma fuera, puedes olvidarte de ella.

—Muy bien —dijo dispuesta a irse.

Fen Marchand no dio por terminada la conversación y se apresuró a bloquearle el camino de salida.

—¿No quieres saber dónde he estado?

—No especialmente —dijo ella, aunque su mirada traicionó sus sentimientos.

—Crees que he estado con Ros Millar, ¿verdad?

—No me incumbe en absoluto —declaró ella.

—Vaya. Tu respuesta favorita. Y, por supuesto, técnicamente, es cierto. Si yo quiero dormir con la señora Millar, no necesito tu aprobación.

—Por mí puede hacer lo que quiera.

Intentó apartarlo de su camino, pero él la agarró del brazo.

—Mírame. ¡Vamos, mírame! ¿Te parezco un hombre que ha pasado la noche haciendo el amor?

—Yo…

Clare se puso colorada ante la pregunta tan directa. No sabía cómo responder. No tenía signos de fatiga; al contrario, parecía que había descansado especialmente bien aquella noche.

—¿Te lo parezco?

—¡No! ¡Pero no me extraña! ¡Imagino que la señora Millar debe ser tan excitante en la cama como lo es fuera de ella!

—No tan excitante como tú, seguro —replicó.

Lo dijo en un tono tan bajo que Clare apenas lo entendió. Pero fue mucho más evidente la mirada que le dedicó. Sus seductores ojos azules centrados en ella.

Ella pudo sentir la calidez de su deseo, la fuerza de su propia excitación, y se quedó paralizada. Luego, él sonrió irónicamente y ella advirtió la burla en sus ojos.

—¡Váyase al diablo!

Eso le gritó al hombre que era su jefe, que le daba casa y comida y un buen sueldo. Y, sin esperar su respuesta, salió al pasillo buscando el santuario que para ella representaba su ático.

Fen no la persiguió, pero sus carcajadas sí lo hicieron mientras huía de él. Él había ganado esa batalla y los dos lo sabían.

Más tarde reconoció que debería de haberse marchado entonces. Pero era difícil decidirlo sin tener a dónde ir.

Se sentía protegida en Woodside Hall, en su pequeño piso, con los libros que había ido adquiriendo poco a poco en sus visitas a Oxford.

Y también estaban sus clases de conducir. Pronto estaría preparada para el examen y había trabajado duro para conseguirlo. Y eso a pesar de su profesor, Paul Dyson.

Paul era el típico joven atractivo que, a pesar de estar casado y con hijos, no dudaba en flirtear con las demás mujeres. Un día invitó a Clare a tomar una copa. Pero ella no estaba ni remotamente interesada en hacerlo.

—¿Te refieres a que vayamos todos?

—¿Todos? —preguntó él asombrado.

—Sí. Tú, yo… y tu esposa.

—¿Esposa? ¿Qué te hace pensar que estoy casado?

—Bueno, aparte del paraguas de mujer y el libro de cuentos que llevas en el coche… nada.

—De acuerdo. Estoy casado. Pero no será por mucho tiempo. Estamos a punto de divorciarnos.

—No me imagino por qué —afirmó Clare irónica.

Cuando la clase acabó, Clare entró riendo a la casa, y así la encontró Fenwick.

—¿Qué es tan divertido? —preguntó.

—Nada. Una broma de Paul.

—Ah, ¿sí? Parece que os lleváis muy bien.

Clare se limitó a encogerse de hombros, poco dispuesta a darle explicaciones. Él lo tomó como un sí.

—Creo que está casado —afirmó con mirada reprobadora—. ¿Te parece divertido eso?

—Que esté casado, no. Lo que me divierte es que usted trate de controlarme. Me ha dado el empleo, pero no le pertenezco.

—Yo te he dado el empleo y yo puedo despedirte —respondió a modo de amenaza.

—Sí, claro que sí.

Ella le mantuvo la mirada desafiante. Algún día iba a despedirla. ¿Por qué no en ese momento?

—Si sales con Dyson, lo haré.

Y Fen se retiró a su estudio sin esperar la respuesta de Clare.

¿Qué le daba el derecho a criticar su vida privada? ¡Nada!

Una vez más pensó que tenía que irse. Empezó incluso a planear dónde ir, lo que podría hacer y a contar sus ahorros. Y de nuevo, la detuvo Miles. Tenía que esperar al menos hasta que comenzase la escuela e hiciese amigos. Si se marchase, lo dejaría en la estacada.

El lunes siguiente fue su primer día de colegio. Fen fue a llevarlo en el coche. El curso no había empezado aún en la universidad, así que enseguida regresó para trabajar en su estudio.

Fue un día triste para Clare. Estaba tan acostumbrada a la presencia de Miles, que la casa parecía demasiado grande y vacía sin él.

Fen le pidió un sándwich que día le llevó al estudio y eso fue todo lo que se vieron. Últimamente se limitaban a ser amables y mantenían siempre la distancia.

Clare se sintió sola, algo que nunca le había ocurrido en la cárcel.

Pero se había acostumbrado a Miles, y el silencio de Woodside Hall le resultó opresivo. Fue un alivio cuando el chico entró en la cocina, bien entrada la tarde, y no paró de hablar de su nuevo colegio. De lo que le disgustaba su profesor que, según él, parecía ser el hombre lobo.

—Bueno, suponiendo que sea así, creo que debes mantener el secreto.

—No te preocupes, lo haremos.

—¿Lo haremos? —preguntó Clare asombrada.

—Angus Petrie, él piensa igual que yo.

Y Miles le habló sin parar de las peculiaridades de su amigo.

—¿Crees que podríamos invitarlo a tomar el té? —concluyó el chico.

—No lo sé. No soy yo la que debe decidir, Miles.

—Puedes preguntárselo a papá entonces —dijo el chico.

—¿Preguntarme qué? —interrumpió la voz de Fen desde la puerta.

—Yo… —Miles miró a su padre antes de optar por lo de siempre —. Mejor voy a cambiarme de ropa.

—¿A qué se refería Miles? —le preguntó a Clare cuando el chico salió de la cocina.

—Nada importante. Sólo se preguntaba si podría invitar a un amigo a casa después del colegio.

—¿Un amigo? ¿Hablas en serio? ¿Miles ha hecho un amigo?

—Sí, así es.

—Bueno, eso es más de lo que me contó a mí. Se pasó el viaje diciendo lo horroroso que era el colegio. Vamos, que pensé que había sido un día nefasto.

—Creo que está exagerando. Pero ha hecho un amigo, y eso ya es algo.

—Supongo, aunque no quiero pensar cómo será.

—¿Podría venir a tomar el té? Yo les echaría un vistazo.

—Sí de acuerdo. Miles necesita muchos amigos. Le escribiré una nota a su madre y lo traeré un día desde el colegio… Eso me recuerda algo. ¿Crees que estás preparada para el examen de conducir?

—Eso espero.

—Estupendo. Intentaré que la fecha sea lo antes posible. En cuanto a Dyson… Olvida lo que te dije. Tu vida privada no es de mi incumbencia.

—Desde luego —contestó Clare airada.

Él intentó no molestarse con su respuesta. Estaba intentando ser razonable y ella ni siquiera se lo agradecía.

—¿Algo más, señor?

—No —respondió irritado—. Entonces, ¿piensas hacerlo?

Clare se dedicó a recoger mientras Fen Marchand la seguía. ¿A qué juego estaba jugando? Primero amable, luego formal, más tarde arrogante o imposible.

—¿Hacer qué?

—Quedar con Dyson.

—No lo sé. Tengo que pensarlo… ahora que el señor me ha dado su permiso.

—¡Dios! ¡Eres imposible! Intento ser razonable. Hago concesiones. Ignoro el hecho de que te comportas mal con mis invitados… Yo te pago un sueldo, ¿por qué diablos me haces sentir como si te estuviese haciendo un favor?

—Bueno, si no le gusta…

—Lo sé, puedo despedirte. No creo que lo haga. No eres tan importante para mí.

Se dio la vuelta y se marchó de allí.

Clare se quedó pensativa y bastante asombrada. Ella siempre había considerado ese trabajo como algo temporal. Pero, ¿por qué no la despedía?

¿Louise o Miles? Uno de ellos debía de ser la razón. Y a Clare no le gustó la idea. No deseaba ser importante para Miles. No quería que él contase con ella. No podía acercarse tanto a nadie de nuevo.

Los amigos de Miles eran la solución, pensó Clare unas semanas más tarde cuando el chico llegó a casa con Angus Petrie. Miles la buscó como hacía habitualmente pero se limitó a presentarle a su amigo antes de desaparecer. Cuando les sirvió la leche, los chicos no pararon de charlar entre ellos sobre los profesores y la cantidad de deberes que les mandaban.

Angus era un chico muy inteligente y Fenwick lo aprobó enseguida. Después de llevarlo a su casa y tras la cena, Fen buscó la opinión de Clare.

—¿Qué te ha parecido Angus?

Ella acababa de servirle el café en la sala de estar.

—Me gusta —dijo sorprendida de que le pidiese opinión.

—Sí. Parece muy inteligente y muy centrado, a pesar de su situación familiar.

—¿Es mala?

—Bastante —dijo Fenwick tras tomar un sorbo del whisky que él mismo se había servido—. Vive en el piso quince de un bloque. Hay pintadas. El ascensor estropeado. Ventanas rotas. Subí con él. Su madre no estaba allí, pero eso es normal. Trabaja hasta las dos de la mañana. Él cuida de sí mismo. El lugar es horrible y el niño lo sabe. Pero no intentó buscar excusas.

—Supongo que estará acostumbrado a eso.

—Cierto, pero eso no impidió que deseara traérmelo de vuelta a

casa —admitió enfurecido—. Lo cual es una ironía, tal y como están las cosas.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, estoy considerando como un éxito la educación de mi propio hijo, y eso es divertido.

—Eso no es culpa suya.

Él arqueó las cejas. Era evidente que no esperaba ese apoyo.

—No ha vivido con usted durante muchos años —añadió Clare.

—Cierto. Pero eso fue culpa mía. Si hubiese luchado más por la custodia…

—¿Más? ¿En qué sentido?

—Más sucio. Yo era demasiado orgulloso. Pensé que podría quedarme a Miles sin necesidad de sacar a la luz los trapos sucios de nuestro matrimonio. Diana no tuvo tantos miramientos. Cuando el juicio por la custodia terminó, casi llegué a creer que era el alcohólico violento que ella había demostrado.

—¿Eso dijo su mujer?

Esa descripción estaba muy alejada de la que ella haría de Fenwick Marchand. Apenas bebía y jamás había tocado a Miles.

—Y mucho más, pero por entonces yo le di razones.

—¿A qué se refiere?

—No a lo que piensas. Para mi desgracia, jamás le puse una mano encima a mi ex esposa. Sin embargo, en un momento menos racional, o menos sobrio quizás, la amenacé con matarla. Y no sólo eso, fui tan estúpido como para hacerlo en presencia de su padre. Él fue un excelente testigo en el juicio.

—¿Por qué la amenazó? —se atrevió a preguntar—. ¿A causa de su amante?

—¿Cuál de ellos? —preguntó con ironía—. No, cuando mi mujer empezó a interesarse por los jugadores de polo, a mí ya no me importaba nada… Aunque ella nunca aceptó el hecho. Le gustaba pensar que yo seguía enamorado de ella.

El vaso de whisky estaba entonces vacío. No parecía borracho, pero Clare pensó que tal vez lo estaría un poco. ¿Por qué otra cosa iba si no a confiarse a ella?

—¿Lo estuvo… al principio?

—Supongo que debí estarlo… ¿Te contó Lou que me casé con Diana seis meses después de conocerla?

—Algo me dijo.

—Para ganarse tu simpatía, sin duda. Lou considera mi desastre

matrimonial como una prueba de mi humanidad, en lugar de mi estupidez absoluta. Diana y yo nos casamos apresuradamente y nos arrepentimos enseguida. Nos habríamos separado antes si no hubiésemos tenido a Miles.

—Lou dijo que su mujer no estaba preparada para tener un hijo.

—Tal vez no —asintió—. A Diana le gustaba la idea al principio. Lo creas o no, Miles fue un niño buscado. Pero la realidad fue diferente. Un día hacía el papel de la madre perfecta, al siguiente se marchaba a Londres durante una semana. ¡Las veces que dejó a Miles solo! Una vez estaba el chico preparado para que se lo llevase de vacaciones y Diana apareció cuatro días más tarde.

—¿Fue por eso por lo que la amenazó?

Él asintió.

—No fue muy civilizado, más bien bastante estúpido, desde luego.

—Fue una provocación por parte de ella —afirmó Clare.

No se preguntó por qué estaba al cien por cien de parte de Fen. Simplemente, así era.

—Quizás. ¿Te apetece una copa…? Dime, ¿de verdad no bebes o no lo haces porque no quieres comprometer tu posición?

—¿Cómo?

—Esa postura que has adoptado de «yo la sirvienta tú el jefe» —dijo mientras se servía otra copa—. Imagino que por eso has dejado de cenar con nosotros. Es parte de tu política de no confraternización.

—Supuse que no querría que yo me uniese a la cena estando la señora Millar.

—Una justa asunción —concedió—. Pero la señora Millar no es una figura permanente en la casa.

—Podría haberse reído de mí.

Él escuchó el comentario y se limitó a sonreír ligeramente.

—De todas formas, preferiría que volvieses a unirse a nosotros, aunque sólo sea para que Miles no piense que te he echado de la mesa en favor de la señora Millar.

—¡Eso es ridículo! —dijo Clare irritada.

—Totalmente, pero Miles tiene su propia forma de ver las cosas. Y parece que ha desarrollado un cierto antagonismo hacia Ros.

Clare se sintió acusada y salió a la defensiva.

—Yo no lo he predispuesto contra ella, si es eso lo que piensa.

—No, no lo pienso. Miles se enfrentó a ella desde que la conoció,

y eso fue mucho antes de que tú aparecieras en nuestras vidas. Pero su empatia contigo hace más evidente la diferencia.

—Pero eso no es culpa mía. Tampoco le he pedido a Miles que se sienta ligado a mí. Simplemente ha ocurrido. Él se sentía solo y yo estaba cerca de él.

—¿Es así como ves lo que ocurre entre… nosotros? —la mirada de Fen lo decía todo, sus ojos hablaban sin decir nada de la relación entre ambos—. No tienes muy buena opinión sobre ti misma, ¿verdad?

—Yo… ésa no es la cuestión. Hablábamos de Miles… No creo que dure mucho su dependencia con respecto a mí. Cuando haga amigos…

—Pero, ¿y si se mantiene?

—No… lo creo —insistió Clare—. Él nunca se ha encariñado con ninguna de las demás amas de llaves durante mucho tiempo, ¿no es cierto?

—Sí, pero tú no eres como las demás. Eres más joven, más guapa y mucho más inteligente. No me extraña que te haya tomado cariño.

—Bueno, si eso le preocupa mucho, ya sabe lo que puede hacer…

—¿Despedirte? Sí, puedo hacerlo. ¿Es eso lo que tú quieres?

—¿Yo? ¿Por qué iba yo a querer ser despedida?

Fen se quedó pensativo un rato.

—Tal vez no se trate de una calle de una sola dirección, tú y Miles… tú y yo.

—No sé de lo que está hablando.

—Quizás estamos empezando a ser un poco importantes para ti —sugirió—. Y eso no puedes soportarlo.

Ella no iba a reconocer ese hecho y se defendió con furia.

—Claro que es usted importante para mí. Es quien me paga el sueldo.

—¿Y eso es todo? —sus ojos la acusaban de mentir—. Vaya, y Lou piensa que a mí me asustan los compromisos… ¿Es que sería tan horrible admitir que sientes algún cariño hacia Miles, al menos? Os he visto juntos a los dos, riendo, charlando. Lo haces de un modo natural, como si fuese tu hijo.

Aquello resultó doloroso para Clare pues cualquier recuerdo de Peter aún le dolía. A veces pasaban días hasta que pensaba en él, otros días no podía quitárselo de la cabeza. La expresión de su

rostro reflejó su dolor.

—¿Qué pasa? —preguntó Fen—. ¿Qué ocurre? ¿Algo va mal?

—Yo… nada —Clare intentó actuar con normalidad—. Nada va mal, yo… yo…

Intentó decir cualquier cosa que le quitara a Peter de la cabeza, pero ya era demasiado tarde. Fen Marchand no era un estúpido.

—Tienes un hijo —concluyó desconcertado leyendo la expresión del rostro de Clare.

Clare no dijo nada. Intentó decir que no. Tenía que hacerlo si quería que la conversación acabase entonces. Pero no pudo. No podía traicionar de ese modo a Peter.

—¿Dónde está? —preguntó Fen.

—El… Murió.

Cerró los ojos dispuesta a no llorar. ¿Por qué Fen Marchand quería saber de su vida? Para él no significaba nada.

—¿Qué edad tenía?

—Yo… —Clare luchaba por controlar las lágrimas—. Por favor, no.

—¿Qué edad tenía? —repitió Fen.

—Cuatro —consiguió decir—. Tenía cuatro años. Cumpliría siete el mes que viene.

—Vaya. Deberías habérmelo dicho. ¿Lo sabe Lou?

—No, yo no… no puedo hablar de ello.

—De acuerdo.

Fen no intentó averiguar nada más.

Ella lo agradeció. Tenía que irse de allí antes de empezar a llorar.

—Tengo que… —dijo mientras salía de la sala.

—Clare.

Pero ella no se detuvo. Empezó a llorar mucho antes de llegar a su cuarto y estalló cuando entró en su dormitorio. Hacía tres años que no lloraba de esa manera. Fue como si toda su pena saliera de pronto dejándola sola y perdida.

Sacó una fotografía que escondía en la maleta. Estaban los dos, Peter sentado en sus rodillas. Y su pequeño rostro le recordó también a Johnny. Pensó en la última vez que vio al padre de su hijo.

Tenía sólo veintiséis años, pero aparentaba cuarenta. Le temblaban las manos. Los ojos cansados y el rostro inexpresivo. Estaban en el piso de los Holstead en Londres cuando ella le entregó

a él el paquete, sin saber lo que contenía. Había sido una estúpida. Cuando lo ayudó a sacar de los establos uno de los caballos de carreras y recibieron el dinero del comprador en un lugar apartado, ella supo que le había ayudado a robarlo. Clare no protestó; si ése era el único modo de conseguir el dinero para su hijo, así tendría que ser. Fue a Londres con él, y mientras él esperaba en el piso, ella marchó a pagar las deudas de Johnny. Ellos le dieron un paquete y se rieron cuando Clare preguntó qué era lo que contenía. Lo metió en su bolso y regresó al piso a por su parte de dinero. Treinta mil. Suficiente para viajar a América y pagar el tratamiento.

Johnny agarró el paquete y se metió en su habitación. Cuando salió, se encontraba mucho mejor. Y entonces Clare supo lo que estaba ocurriendo. Fue a su cuarto y lo vio todo. Las papelinas, la droga…

Entonces tomó su dinero y salió de allí. Él le suplicó que volviera, pero ella huyó corriendo de aquel lugar. De Johnny. No volvió a verlo desde entonces.

Murió aquella misma tarde. Por sobredosis.

Peter murió un par de días más tarde en la habitación del hospital. Estaba demasiado débil para viajar; el dinero había llegado demasiado tarde. Ella meció su pequeño cuerpo durante horas, luego la obligaron a marchar.

Fuera la esperaban tres policías. Uno solo habría sido suficiente para detenerla. No opuso resistencia. Su vida se había acabado. Firmó la confesión. Había robado uno de los mejores caballos de carreras del condado. No tuvo defensa en el juicio. Ella no contradijo las mentiras de la familia Holstead. Su hijo estaba muerto y ella quería morir también.

Pero sobrevivió. Tres años de prisión. Jamás lloró ni se quejó ni contaba los días que le faltaban para salir de allí. No tenía vida. Su hijo había muerto.

Lloró como si todo hubiese ocurrido el día anterior y se durmió llorando. No se despertó cuando Fenwick entró en su habitación.

Él la observó dormir y le pareció vulnerable; ella, que parecía tan fuerte.

Miró la fotografía que guardaba entre las manos. Apenas reconoció a la joven alegre de pelo largo y brillantes ojos verdes. Era muy bella.

Fen quiso que fuese feliz, aplacar su dolor, pero no podía porque no sabía cómo.

Como si presintiera su presencia, Clare abrió los ojos y no dijo nada. Pareció no reconocerlo siquiera.

—Tranquila —dijo Fen—. Sé que te he preocupado. Y yo también lo estaba.

Pero Clare no se asustó. Él le acarició el rostro y ella se sintió reconfortada. Sus sueños habían sido peores que la realidad, por eso se alegró de despertarse.

Y a Fenwick le pareció muy bella. Él supo entonces que debía irse; tenía que irse.

Pero se quedó.

Ninguno de los dos pronunció una palabra.

Él le acarició los labios y la frente, y Clare sintió la calidez de su piel. De pronto, ella no quiso estar sola nunca más.

Fen buscó los labios de Clare y ella se dejó hacer. Sus bocas se unieron y se besaron como enamorados, larga e íntimamente, deseando mucho más.

Él se tumbó en la cama junto a ella y la atrajo hacia sí mientras acariciaba su cuerpo. Ella pudo sentir la necesidad que él tenía de ella, y la que ella sentía por él. Las caricias de Fen se tornaron más urgentes mientras despojaba a Clare de la ropa. Luego, se quitó la camisa.

Hicieron el amor apresuradamente, como si ambos quisieran aprovechar esos momentos de locura antes de que la cordura volviera. Fen se llenó las manos de los pechos de Clare y lamió sus pezones, y ella gimió y arqueó el cuerpo. Él volvió a buscar su boca mientras las manos se deshacían de la falda y las medias de Clare. Le acarició su parte más íntima y supo que estaba preparada para él.

Fen entró en ella, aún a medio desvestir. Clare gimió y sintió tanto placer que fue como volver a nacer. Se sintió gloriosamente viva.

Sus cuerpos se movían apresurados, uno contra el otro, una y otra vez, con la misma desesperada necesidad, y llegaron juntos al final.

No fue amor, sólo sexo. Ninguno pretendió otra cosa. Yacieron juntos después.

Ella se cubrió con las sábanas y él se sentó en la cama mientras se abrochaba el cinturón.

—No debería haberlo hecho —fue todo lo que Fen dijo.

Ni siquiera la miró. Tal vez no podía. Tal vez estaba demasiado

avergonzado de haberla deseado.

Ella también sentía vergüenza. Había vendido su orgullo por un momento de placer. ¿Había merecido la pena?

No, pensó cuando Fen Marchand se levantó de la cama y se marchó sin pronunciar palabra.

Pero el cuerpo de Clare gritaba lo contrario. Y su corazón le decía lo contrario, aunque esa voz era tan lejana que casi podía ignorarla.

Capítulo 9

Era su trabajo, así que Clare se obligó a levantarse y preparar el desayuno la mañana siguiente.

Fenwick bajó con Miles. Clare esperaba que la ignorase pues ella misma había planeado ignorarlo.

Sin embargo se dirigió a ella nada más llegar.

—¿Estás bien?

—Sí —contestó sin mirarlo.

—Tenemos que hablar —le dijo en baja voz para que Miles no lo oyera.

Pero ella no tenía ganas de hablar. Sirvió el desayuno y se excusó. Subió a su dormitorio y empezó a hacer la maleta.

Él llegó cuando estaba vaciando la estantería de libros.

—¿Qué estás haciendo Clare?

—¿Tú qué crees?

—No puedes irte.

—No puedo quedarme.

Él permanecía en la puerta del dormitorio, como si respetara su santuario.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que no volveré a ponerte la mano encima? ¿Es eso lo que quieres? —dijo Fen.

Clare mintió.

—Sí, eso es lo que quiero.

—Muy bien —dijo encogiéndose de hombros—. Tienes mi palabra. Te dejaré en paz si te quedas.

—No puedo quedarme —repitió Clare.

—Tienes que hacerlo, por Miles. La semana que viene no podré llevarlo al colegio. Alguien tiene que quedarse en casa para cuando vuelva. Tú estuviste de acuerdo, ¿recuerdas?

—Las cosas han cambiado. Tú las has cambiado —lo acusó.

—¿Sólo yo? —preguntó Fen mirando la cama donde habían hecho el amor.

Clare sabía que lo había deseado tanto como él.

—Es igual —continuó Fen—. Si no cumples con tus obligaciones, tendré que arreglar lo de Miles. No le gustará, pero no me queda otra opción.

—¿Qué quieres decir?

—Tendré que llevarlo a un internado.

—¡Eso es chantaje! ¡No puedes esperar que yo me quede aquí hasta que Miles crezca lo suficiente como para cuidar de sí mismo!

—Tal vez no, pero me gustaría que cumplieses tu contrato, lo cual requiere un mes de aviso con antelación. Eso me dará la oportunidad de encontrar otra mujer.

—¿Un mes? —dijo Clare pasmada—. Tres semanas.

—¿Hasta las vacaciones? Bueno, de acuerdo. Lou quiere que las pase con ella, así que entonces no te necesitaré.

—Así podrás quedarte a solas con la profesora Millar.

—No se me había ocurrido —dijo Fen—. Pero gracias por la idea.

Clare tuvo que reprimir las ganas de tirarle el libro que tenía entre las manos a la cabeza.

Él se dio cuenta y sonrió.

¿A qué estaba jugando con ella?

Durante la primera semana, Fenwick se comportó como si nada hubiera ocurrido. Ponía buena cara a los desplantes de Clare; se mostraba amable ante su hostilidad.

La segunda semana empezó a entrevistar a otras mujeres, siempre durante las horas de colegio. No le había dicho a Miles que Clare se iría.

A Clare no le importaba. Sabía que el chico estaba preparado para aceptarlo. Tampoco le importaba que entrevistase a otras candidatas. Lo que llevaba peor era tener que estar presente y, además, Fen le pedía opinión sobre cada una de ellas.

No sabía qué decir. En su opinión, ninguna era buena para cuidar de Miles. Él necesitaba a alguien especial.

En la cuarta entrevista, la candidata le preguntó directamente a Clare:

—¿Puedo preguntarle por qué se va, señorita?

—Vamos, señorita Anderson, no tema decírselo. Sea sincera —la animó Fen.

—De acuerdo —empezó Clare—. Quiere saber por qué me voy. Me voy porque… porque…

—La señorita Anderson es demasiado tímida para decirlo —continuó Fen ignorando la mirada de horror de Clare—. Pero la verdad es que me he enamorado de ella. Eso le ha causado una cierta confusión e, incapaz de corresponderme, ha decidido dejar el empleo.

Clare se quedó con la boca abierta. No podía creer lo que estaba escuchando. ¡Era un mentiroso compulsivo!

La mujer miró alternativamente a uno y a otro intentando dilucidar si aquello no era más que una broma. Pero la expresión del rostro de Fen no dejaba dudas de que era cierto.

—Qué… pena —concluyó la candidata.

Clare esperó en silencio a que la mujer se marchara para enfrentarse a Fenwick.

—¿Esas son las bromas que gastas? Porque si…

No podía amenazarlo con irse, porque ya tenía plazo de salida.

—¿Decías?

Él parecía serio. Pero Clare no era una estúpida. Los profesores de universidad no se enamoraban de las sirvientas, sobre todo si éstas habían estado en la cárcel.

—¡Vete al diablo! —gritó Clare.

Él dejó de organizar entrevistas. Clare asumió que habría contratado a alguna de las candidatas sin consultarle a ella.

Continuó siendo amable a pesar de la hostilidad de Clare.

Ella sabía que su comportamiento agresivo no era muy inteligente por su parte, puesto que necesitaba las referencias de Fenwick para un futuro trabajo.

—No te preocupes —le dijo Fen—. Si alguien me pregunta, diré que has sido la mejor ama de llaves que he tenido nunca.

Ella ni siquiera le dio las gracias. Tenía que mantenerse fría o… o se olvidaría de que no existían los cuentos de hadas.

La última semana todo cambió. Un mañana, Fenwick desayunó y se comportó con normalidad. Pero, cuando regresó para la cena, era una persona diferente.

Estaba distante, inaccesible. La miraba como si pudiese ver en su interior y no le gustase lo que veía. Clare deseaba que llegase el sábado, el día de su marcha.

No había hecho planes para ese día. Louise iría a buscar a Miles por la mañana. Cuando habló con ella por teléfono, Lou la invitó a pasar la semana de vacaciones con ellos, pero Clare rechazó la invitación. Se dio cuenta de que Lou no tenía ni idea de su marcha y decidió que sería Fen quien tendría que decírselo.

En principio, Clare había pensado quedarse en una pensión de Oxford durante unos días. El martes siguiente tenía el examen de conducir y sería una estúpida si perdiese la oportunidad de obtener el carnet.

Clare seguía recibiendo clases, aunque a Fen no le entusiasmaba la idea de que estuviese tan a menudo con Paul Dyson.

Un día, Fen regresó antes de tiempo.

—He vuelto para que hablemos —le anunció a Clare, que estaba a punto de irse a su clase de conducir.

—¿Hablar de qué?

—¿Tú qué crees? Sobre nosotros. Sobre lo que estamos haciendo…

—Yo sé lo que estoy haciendo. Me voy a mi clase de conducir… Así que si me disculpas… Paul me está esperando.

Clare se sintió mal. No podía estar bien cuando observaba esa mirada de odio en los ojos de Fen.

—Está bien —dijo Fen—. Te veré antes de ir a recoger a Miles al colegio.

La clase acabó muy pronto y, por primera vez, Clare aceptó que Paul la invitara a una copa en el pub. Escuchó su charla arrogante durante casi una hora hasta que calculó que Fen habría ido a buscar a Miles. Luego insistió en que Paul la llevase a la casa. Antes de despedirse, quedó con él el día del examen en Oxford.

El coche de Fen no estaba. Subió a su cuarto para seguir recogiendo, pero sonó el timbre de la puerta y tuvo que volver a bajar.

Una mujer muy elegante esperaba al otro lado de la puerta. Clare no la reconoció inmediatamente.

—Clare… ¿Clare Anderson?

Ella asintió medio desmayada cuando logró reconocerla.

—Soy yo… Sarah.

—Sí, lo sé.

Clare miró a la hermana de Johnny sin darle la bienvenida.

—Tengo que hablar contigo. ¿Puedo pasar?

Pero Clare no podía permitírselo. En cualquier momento, Fen regresaría con Miles.

—No puede ser… Mi jefe vendrá enseguida.

—¿Podríamos vernos más tarde en algún sitio?

—No lo sé.

—Tengo que verte. Es importante.

—Mañana, en Oxford, tal vez…

—Lo siento. Tiene que ser hoy —insistió Sarah—. Mañana me voy de vacaciones con mis tres hijos.

—Ah. ¿Saben tus padres que estás aquí?

—No. Papá murió el mes pasado. En parte es por eso por lo que quiero verte.

Clare no deseaba ningún contacto con la familia Holstead, ni entendía a qué venía todo aquello.

Iba a decirlo cuando el coche de Fen apareció en la puerta.

—Tienes que irte.

—De acuerdo, pero antes dame una hora.

—Después de la cena… a las nueve. Antes no puedo. Tendrá que ser en el pub. Se llama Oíd Corn Mili.

—Lo encontraré. Gracias. Buenas tardes.

Se dio la vuelta y salió sonriente. Saludó con la mano a Fenwick y se montó en su Mercedes deportivo.

—¿Quién era ésa? —preguntó Fen.

—Alguien que está buscando el pub de Oíd Corn Mili.

—Bien. Nosotros tenemos que hablar. Tendrá que ser después de la cena —insistió Fen.

—No puedo. Voy a salir.

—¿Salir? ¿A dónde?

—He quedado con alguien.

—Dyson —aseguró Fen.

Clare pensó que era mejor no dar explicaciones y él lo tomó como una confirmación. Entró a la casa sin decir palabra.

Durante la cena, fue como si ella fuese invisible. Ni siquiera la miró. No existía para él.

Eso puso furiosa a Clare, que ni siquiera se escondió cuando salió de la casa.

Lady Sarah ya la esperaba en el pub. Estaba con su marido, cosa que asustó a Clare. Pero él se marchó y se sentó en la barra cuando ella llegó.

Clare esperó pacientemente mientras Sarah hablaba nerviosa sobre sus hijos y su marido y sus vidas. Después, preguntó a Clare sobre la suya.

Entonces supo por qué estaban allí sentadas. Sarah debía de sentirse culpable. Culpable de no haber dicho nada en su defensa en el juicio. Ella sabía que su hermano tomaba drogas. Sabía que Peter era el hijo de Johnny. Sabía por qué Clare había robado el caballo. Y sin embargo, se sentó en el juicio con sus padres y calló.

Clare la dejó hablar. No pensaba en el pasado. Se preguntaba qué estaría haciendo Fen para celebrar su partida, ¿bebiendo quizás?

Entonces Sarah contó cómo la había localizado.

—¿Una mujer te llamó pidiendo referencias? —preguntó asombrada Clare—. ¿Qué mujer?

—No me dijo su nombre —afirmó Sarah—. Me dijo que era amiga del profesor Marchand y que tú trabajabas como ama de llaves en su casa y quería saber si eras de fiar. Ella parecía conocer todo lo referente al robo, a las drogas de Johnny… Intenté darle la versión real.

—¿Es que tú la sabes? —preguntó Clare.

—Creo que sí. Creo que robaste el caballo para conseguir dinero para ayudar a tu hijo. No creo que supieras que Johnny se drogaba, pero eso tampoco es relevante… Lo que nunca entendí es por qué no te defendiste en el juicio.

—¿Por qué no hablaste? —preguntó Clare.

—Tenía miedo de papá, supongo. Ellos no podían aceptar que fue Johnny el que arruinó su propia vida y no tú… Ahora quiero tratar de arreglarlo.

Clare no entendió hasta que la mujer le tendió el cheque. Treinta mil libras. ¿Era la cantidad una coincidencia o ella sabía cuál había sido su parte en el robo del caballo?

Clare tomó el cheque y lo hizo trozos.

—No, gracias.

—Clare, lo siento. Lo hice muy mal. Quiero que aceptes el dinero. Te lo mereces.

Clare negó con la cabeza. Ese dinero llegaba cuatro años tarde.

—¿Es el perdón lo que quieres? Muy bien —dijo Clare—. Te perdono. Estás libre de cargo.

Salió de allí precipitadamente. Caminó hasta la casa pensando qué le diría al profesor Marchand. Le parecía mentira que no hubiese sido él mismo quien hiciera las averiguaciones sobre ella. Hacer ese trabajo sucio a través de Ros Millar era lo más deplorable que podría imaginar de él.

La estaba esperando cuando regresó a casa. Empezaba a subir la escalera cuando él salió del salón.

—¿Se ha ido a casa con su mujer?

—¿Qué? No lo sé.

—Y no te importa —dijo Fen.

Ella se encogió de hombros. No tenía ganas de discutir y siguió subiendo las escaleras.

Pero él subió y la agarró del brazo.

—Déjame sola —gritó Clare.
—Tenemos que hablar.
Ella intentó zafarse y él la acorraló frente a la pared.
—¿De qué?
—De nosotros.
—No hay nosotros.
¿Por qué le estaba haciendo eso a ella?
El la rodeó el cuello con las manos forzándola a levantar la cabeza. Intentaba comprender la verdad en sus ojos. Unió su cuerpo al de Clare y la respiración de ambos se hizo entrecortada. Luego, él le acarició las mejillas.
—¿Ah, no? Entonces, ¿por qué estás temblando?
—Yo… ¿Por qué me haces esto? —sentía el deseo en la boca de su estómago. Tan intensa era la mirada de Fen.
—Te deseo —dijo Fen simplemente.
—Ya me has tenido, ¿recuerdas? —contestó furiosa.
—Te quiero otra vez y otra más.
Y antes de que ella pudiera evitarlo, Fen cubrió su boca con un beso.
Fue un beso denso. Ella intentó apartarse. La tomó de las muñecas y siguió besándola, forzándola a aceptar aquello inevitablemente. Era un sentimiento elemental para ambos y ella terminó separando los labios y abriéndose a él. Él saboreó la suavidad de su lengua, ella gimió y trató de liberar uno de sus brazos, no sabía si para golpearlo o para atraerlo más hacia ella. Pero él la tenía bien amarrada. Bajó entonces hasta el cuello de Clare y besó el lóbulo de su oreja.
—Yo no… —trató de decir Clare.
Pero él cubrió su boca una vez más. Y entonces dejó de agarrarla, pero sólo para abrazarla y acercarla aún más a él. Ella sintió que su corazón se estremecía con el dulce y terrible dolor, no del deseo, sino del amor.
Lo amaba. Por fin lo aceptó ante sí misma. Amaba a ese hombre y eso era terrible.
Intentaba mantener la cordura, pero la cabeza de daba vueltas. Fen, sin dejar de besarla, caminaba con ella por el pasillo.
—No, no… —se escuchó decir Clare.
—No hables —contestó él mientras llegaban a la cama en la oscuridad del dormitorio de Fen.
Clare aún llevaba el abrigo puesto. Él se lo quitó y se tumbó con

ella en la cama.

Ella sabía que podía detenerlo. Sólo tenía que decir «no». Pero era débil. Ella deseaba su amor… o lo que él fuese capaz de darle.

Volvieron los besos de nuevo y ella correspondió del mismo modo, rodeándole el cuello con sus brazos.

Fen interrumpió el beso sólo para encender la tenue luz de la mesilla.

Clare hubiese preferido la oscuridad.

—Quiero que sepas que soy yo —susurró Fenwick algo irritado.

¿Por qué estaba enfadado con ella?

La tomó de la barbilla obligándola así a mirarlo. Sus ojos se encontraron. Él la miraba con una mezcla de deseo y desdén. Clare cerró los ojos e intentó encontrar la fuerza interior suficiente para rechazarlo. Y la hubiese encontrado de no haber comenzado Fen a acariciarle el rostro.

—Eres muy bella —susurró.

Ella lo miró desconcertada. A él no podía parecerle bella. Había perdido todo su encanto hacía mucho tiempo.

Pero la deseaba al menos, y Clare lo sabía, aunque para ella las cosas no eran tan fáciles. Sería el amor que sentía por él lo que le dejaría nuevas heridas que tal vez no podría soportar.

Y permaneció allí tumbada mientras Fen desabrochaba lentamente los botones de su camisa, y se la quitaba. Y permaneció allí, temblando, mientras le desabrochaba y le quitaba el sujetador.

Miró sus pechos, pequeños pero bien formados, de oscuras aureolas.

—Son preciosos —dijo Fen para infundir en Clare la seguridad que ella no tenía—. Perfectos…

Con la mirada le acariciaba la piel, pero parecía no tener prisa por tocarla. Se quitó la camisa y la lanzó al suelo.

Clare no lo había visto nunca sin ropa y se sorprendió de su masculinidad. De pecho ancho, y cubierto de vello negro y rizado hasta la cintura.

Él tomó su mano y atrajo a Clare contra su pecho. Siguieron así en lo que les pareció un tiempo infinito, los pechos latiendo al unísono. Y Clare imaginó que eran amantes en el amplio sentido de la palabra.

Entonces Fen la recostó sobre la cama de nuevo. Y se besaron como se besa la gente cuando el amor es nuevo. Como si nunca fuesen a verse saciados el uno del otro.

Luego, sus labios buscaron el cuerpo de Clare, saboreando su calor, palpando el pulso acelerado en su cuello, bajando lentamente, demasiado lentamente. Hasta que ella le ofreció su pecho. Lamió, despacio al principio, la oscura aureola, luego jugó a morder la piel de alrededor y Clare gimió ante el salvaje placer que la apremiaba. Le clavó las uñas en la espalda, deseando que él se detuviera, que continuase, olvidándose de todo.

Las manos de Fenwick bajaron hasta las caderas de Clare y las atrajo hacia su cuerpo. Ella sintió la dureza de su miembro y esa confusa mezcla de miedo y excitación, pero no lo detuvo cuando bajó la cremallera de la falda y tiró la prenda al suelo.

Fen se levantó de la cama, dejándola desnuda, sólo con las pequeñas braguitas. La observó mientras se quitaba los pantalones. Con la mirada le decía que le parecía muy bella.

Volvió a tumbarse a su lado y comenzó a hacerle el amor despacio y sensualmente. Le besó la boca, los pechos, las manos resbalando por todo su cuerpo, entre los muslos, buscando la seda de su piel bajo las bragas, buscando, encontrando la humedad de su sexo. Y así le dio placer a Clare, reservándose el suyo para más tarde, preparándola para poder entrar en ella.

Se colocó sobre Clare y esperó hasta que ella abriera los ojos y lo mirase, y lo reconociese como su amante.

En aquel momento Clare vio amor en su mirada y se levantó, buscándolo. Se estremeció con él, y sus cuerpos cabalgaron juntos, más y más aprisa. Se entregaron el uno al otro en un acoplamiento tan perfecto como si hubiesen sido amantes durante años. Él susurró su nombre, Clare susurró el suyo y Fen le entregó la semilla de la vida y ella le entregó todo su amor.

Permanecieron entre los brazos del otro. Y, en silencio, volvieron a amarse una vez más. Luego, se durmieron.

Clare despertó primero. Aún no había amanecido y la luz seguía encendida. Miró junto a su almohada. Era muy guapo. Lo miró con todo el amor del mundo y se forzó a levantarse.

Estaba ya vestida cuando Fen despertó.

—¿A dónde vas?

—A mi habitación.

Se dirigió hacia la puerta, pero él se levantó para impedirle el camino de salida. Aún estaba desnudo. Pero el día había vuelto y de nuevo eran enemigos.

Clare fue hasta la ventana mientras él se ponía los pantalones.

—Tenemos que hablar —dijo Fen—. Tenemos que saber qué haremos ahora.

—Yo me marcho, ¿recuerdas? —dijo en un tono poco conciliador.

Él la tomó de la mano y la dio la vuelta.

—¿Te vas? ¿Así? ¿Es que esta noche no ha significado nada para ti?

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que ha sido maravilloso? De acuerdo, ha sido fantástico…

—¡Eres imposible! ¿Es por Dyson? ¿Te vas con él?

—¿Dyson? Paul es mi profesor de conducir, punto. Todo lo demás son imaginaciones tuyas.

—Entonces, ¿qué quieres de mí? ¿Dinero? ¿Matrimonio? Dímelo.

—¿Matrimonio? ¡Tú jamás te casarías conmigo!

—¿Por qué no?

—¡No seas absurdo! ¡Lo sabes perfectamente!

—No, dímelo tú.

Clare lo miró sintiéndose víctima de una broma cruel.

—Porque los profesores de la universidad de Oxford no se casan con las sirvientas, aunque no hayan salido de la cárcel.

—Yo no tengo ningún prejuicio. Y, en cuanto a tu historia, yo lo sé todo de ti.

—Ah, ¿sí?

—Sí, me contaron lo que había ocurrido.

—¡Te contaron! —repitió ella—. ¿Por qué no admites de una vez que fue Ros Millar la que te hizo el trabajo sucio? Supongo que disfrutó haciéndolo.

—Yo no le pedí a Ros que investigase tu pasado. Lo hizo ella por su cuenta.

—Pero tú la escuchaste, ¿no es cierto? ¿Fue una conversación de almohada?

—No. Nunca me he acostado con Ros Millar. Las noches que no he dormido en casa las he pasado en el dormitorio de la facultad, para alejarme de ti. ¡Me importa un bledo Ros Millar! Y tampoco me importa tu pasado.

—Sí te importa. Me has tratado como a una leprosa desde que supiste que había estado en la cárcel.

—De acuerdo, me importa —admitió—. Pero puedo vivir con ello, si es que tú quieres vivir conmigo.

—¿Durante cuánto tiempo? ¿Una semana? ¿Un mes? ¿Un año? ¿Recibiré sueldo por los extras? No, eso no va a ocurrirme de nuevo.

—¿Es eso lo que ocurrió entre John Holstead y tú? ¿Te pagó para que te fueras cuando tuviste a su hijo?

—¿Importa?

—¡Sí, importa!

—No, yo no se lo dije. Él estaba con otra mujer que le convenía más. Mi madre me ayudó… Me dio dinero para abortar. Lo utilicé para empezar una nueva vida.

—Pero volviste, ¿es que no podías estar lejos de él?

—¿De Johnny? Volví porque mi madre estaba muriendo de cáncer. No tenía ningún interés en ninguno de los Holstead.

—Sólo en su dinero.

—Sí, su dinero.

—Y les robaste uno de sus caballos. Y, con ese dinero, le compraste heroína a Johnny Holstead, con la que sufrió una sobredosis.

—Algo así.

Era demasiado orgullosa como para contárselo.

—No te creo —afirmó Fenwick—. ¿Por qué no me dices la verdad?

—¿Para qué? ¿Cambiaría eso algo las cosas?

—Tienes razón —dijo Fen mirándola a los ojos—. No cambiará nada. Te querré de todas formas.

Intentó acariciarla, pero ella se apartó.

—No…

—Y tú también me quieres. Lo demás es irrelevante. Tienes que quedarte.

—No puedo quedarme. Tengo que irme. Si no…

—¿Por qué te asusta tanto? ¿Crees que voy a tratarte como Johnny Holstead?

—No. Pero te cansarás de mí. Es inevitable. Tú necesitas a alguien inteligente, con estudios, alguien como…

—¿Ros Millar? Yo no quiero a Ros Millar. Te quiero a ti. ¿Es que crees que no me he dado cuenta de lo inteligente que eres?

—Dices que me quieres, pero no es así. ¡Sólo quieres acostarte conmigo!

—Pues tengo cosas pensadas para nosotros más interesantes que acostarme contigo. Quiero que te quedes, como ama de llaves, como

invitada, como quieras. Así tendremos tiempo de formalizar nuestra relación. Si te quedas, prometo mantenerme alejado de ti, y esta vez lo haré, aunque no pueda soportarlo.

—¿Lo haces por Miles? Porque si es así no tienes que fingir…

—¿Fingir? ¿Tú crees que he fingido esta noche? ¿Fingiste tú?

—Yo…

Fen la besó de pronto y la dejó inmediatamente.

—¡Dime que no has sentido nada!

—Tú dijiste que era sólo sexo.

—Bueno, ¿qué esperabas que dijera? ¿Crees que es fácil amar a alguien a quien le importas un bledo?

—¡Tú no me quieres! —gritó Clare—. No puedes quererme. No si aún crees que soy una ladrona y una traficante de drogas.

—Yo no sé lo que creo. Ni mi cabeza ni mi corazón admiten que seas tal cosa. Si al menos me hubieses confesado la verdad…

—Pensarías que es mentira. Pero de acuerdo, te la contaré…

Y lo hizo. De un modo escueto, sin implicarse emocionalmente. No le llevó más de cinco minutos.

—¿Sabías que estabas robando el caballo?

—Johnny me dijo que tenía el permiso de su padre, pero sí, supongo que sabía que no era cierto. Pero no me importaba.

Le contó lo de las drogas y, cuando terminó, esperó que él dijera algo. Pero Fen se quedó en silencio.

—Piensas que es mentira.

Fenwick la abrazó.

—Al contrario. Conociéndote, creo que es lo que verdaderamente ocurrió. ¿Se han disculpado contigo los Holstead? Ellos deben saber que su hijo fue el responsable.

—Les resultó más fácil pensar que él era la víctima. Eso es lo que hablé con su hermana la pasada noche.

—¿Era la mujer que dijiste que buscaba el pub?

—Sí. Quedé allí con ella, era Sarah Holstead.

—¿Qué quería?

—Ofrecerme dinero. No lo acepté.

—Podrías haberlo hecho. Así podrías haberme acusado también de casarme contigo por tu dinero.

—Tú no vas a casarte conmigo. Aunque me creas…

—Te creo.

—Aunque me quieras…

—Te quiero.

—Y aunque yo te quiera…

—¿Me quieres?

—Esa no es la cuestión.

—¿De verdad? Yo diría que es exactamente la cuestión. Te quiero y creo que tú también me amas. Pero, ¿qué te detiene? Nada, excepto tu orgullo.

—¿Mi orgullo?

—Sí. Piensas que el resto del mundo no te considerará mujer adecuada para un profesor de universidad. Sin embargo, eres orgullosa y sabes de sobra que eres merecedora de mi amor. Entonces, decides hacernos infelices a los dos para que nadie pueda pensar mal de ti.

—¡Eso es ridículo!

—Desde luego. Entonces, ¿por qué no te casas conmigo y te olvidas del resto del mundo?

—Yo… eres…

De pronto, tras una leve llamada en la puerta, Miles apareció en la habitación.

Viendo a su padre medio vestido y a Clare despeinada, salió de allí inmediatamente con una sonrisa en los labios.

—Pillados in fraganti. Ahora tendrás que casarte conmigo.

—Puedes ir a buscar a tu hijo y explicárselo.

—Demasiado complicado. Es mejor aceptar el sonido de la música.

—¿Cómo?

—El de la marcha nupcial —dijo Fen, que empezó a tararearla.

Clare llevaba cinco años sin reír. Sin bailar. Se había limitado a sobrevivir. Y allí estaba, a punto de comenzar una nueva vida. Era maravilloso y terrible al mismo tiempo. Era un salto a lo desconocido y estaba asustada.

Y permaneció allí, mirando a Fen, deseando saltar de alegría, pero temerosa de hacerlo. Hasta que él la tomó de la mano y los dos saltaron y rieron juntos.

Fue un noviazgo poco convencional. Todo el mundo lo dijo. Y una boda precipitada. Sospechosamente precipitada. Pero, con el tiempo, la fuerza de su amor se hizo evidente. El bebé llegó dos años después de la boda. Y, después de eso, todo el mundo comentaba que eran la pareja perfecta.

Nada de eso les importaba a Clare o a Fen. Vivían el uno para el

otro, ignorando al resto del mundo. Discutían y regañaban y volvían a reconciliarse, pero eso tampoco importaba.

Porque su amor era fuerte y seguro, y real e imperfecto… Tal y como ellos eran.

Fin